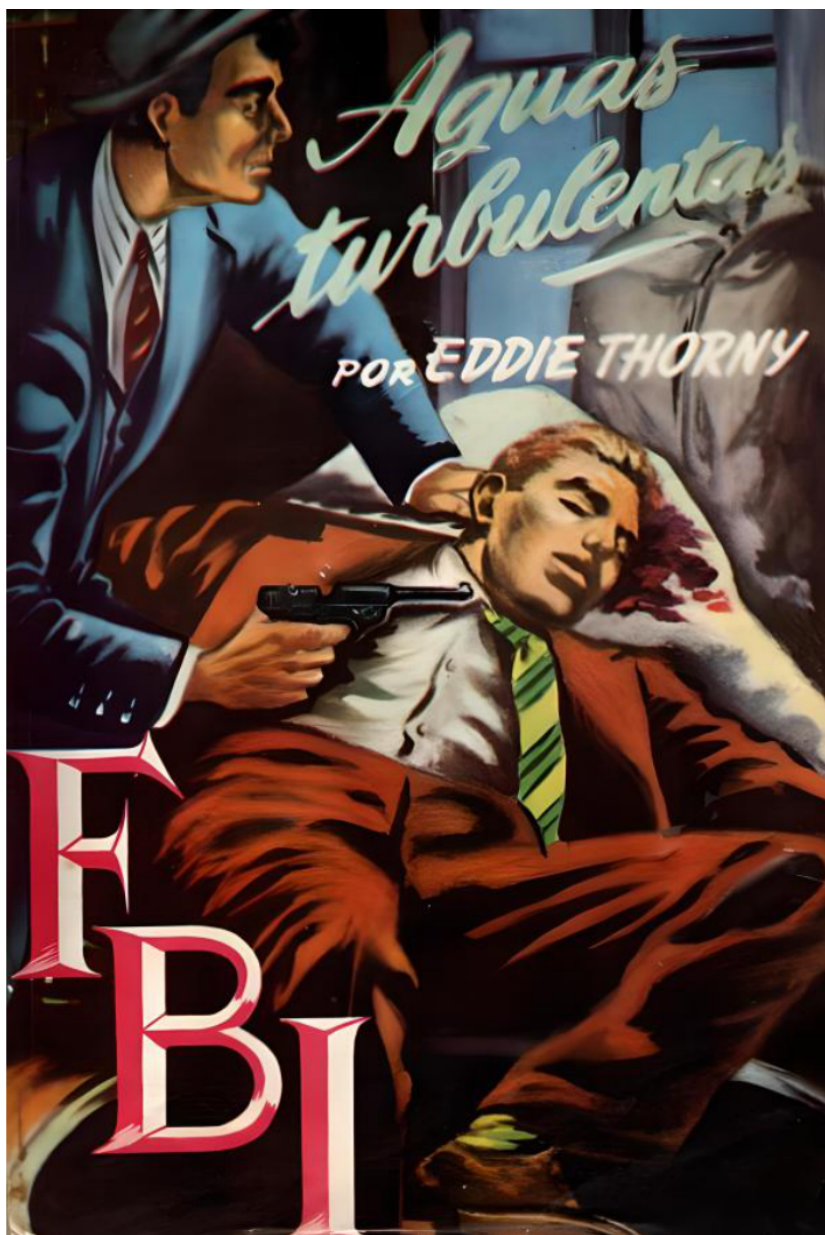




EDDIE THORNY

AGUAS TURBULENTAS



PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición) (4).
19. Alta tracción (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (5).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varká (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).

41. Billetes malditos. (3).
 52. Camino de perdición. (12).
 63. Camaradas enemigos. (3).
 84. A la deriva. (8).
 85. ¡Odio! (1).
 86. Cita de madrugada. (3).
 87. «Killer» a sueldo. (5).
 88. Muerte en el atardecer. (4).
 69. Loup-Garou. (3).
 70. Punto final. (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura. (13).
 74. El confidente. (8).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco. (5).
 77. El vengador negro. (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado. (6).
 80. Secreto de Estado. (4).
 81. Alias «Luggers». (5).
 82. Hora «D». (3).
 83. Carne de horca. (4).
 84. Tráfico mortal. (8).
 85. Jack el Invencible. (8).
 86. Rastros perdidos. (8).
 87. Contrato siniestro. (3).
 88. Traición sangrienta. (14).
 89. Al borde del abismo. (5).
 90. Crimen y justicia. (1).
 91. Hombres sin alma. (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica. (5).
 94. Misión suicida. (4).
 95. Lucha a muerte. (5).
 96. Rebelión. (3).
 97. Corazones heroicos. (1).
 98. Caza mayor. (4).
 99. La muerte falsifica dolores. (15).
 100. Yo, Director del F. B. I. (1).
 101. De Harvard a Quantico. (16).
 102. El asfalto es rojo. (5).
 103. Tragedia en Chinatown. (14).
 104. Soborno. (3).
 105. Vida en deuda. (17).

En preparación:

La araña verde.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|-------------------|
| (1) Alf Monz. | (8) Lewis Haroc. | (14) F. N. Graso. |
| (2) Fred Baxter. | (9) J. L. Martin. | (15) Robert Deaf. |
| (3) Frank McFair. | (10) Jack Brooklyn. | (16) Alan Carson. |
| (4) Eddie Thorny. | (11) Thomas Settee. | (17) Al Cortroa. |
| (5) O. C. Tavtn. | (12) John Nebot. | (18) Jack Grey. |
| (6) Alar Benet. | (13) Thomas Wanton. | (19) Edgar Ford. |
| (7) A. G. Murphy. | | (20) Andre O'Sun. |

I

VIAJE PELIGROSO



L sol caía implacable como lluvia de plomo derretido; en tierra firme el suelo despedía fuego; sobre el mar flotaba una neblina húmeda y pegajosa a cuyo conjuro todas las cosas parecían estremecerse y temblar. Al fondo, los agudos picachos de Bataan oscilaban cual si les sacudiera un violento terremoto y la isla del Corregidor, que cerraba la boca de la bahía, tan pronto se elevaba hasta los cielos como parecía hundirse en las profundidades marinas. Era, naturalmente, un simple efecto óptico producido por el calor, un fenómeno de espejismo que nadie miraba ni a nadie llamaba la atención.

A las gentes que hormigueaban por el Muelle Nuevo sólo les

interesaba el barco a punto de zarpar. Era un buque de unas cuatro mil toneladas, ni demasiado nuevo ni demasiado limpio, en cuya popa se leía el nombre escrito con grandes letras doradas: «Pacific Ocean». Enarbolaba una bandera con cuatro franjas horizontales y dos estrellas, azul una y roja la otra: la enseña de Panamá. En torno al navío reinaba una actividad febril. Las grúas terminaban de llenar apresuradamente sus bodegas; por la pasarela, que no tardaría en retirarse, subían con aire diligente los últimos pasajeros.

Abriéndose paso a codazos por entre la multitud vocinglera y gesticulante, Curtis G. Hammond, seguido de dos criados que llevaban su equipaje, avanzó hacia el arranque de la pasarela. Era un hombre de treinta y tantos años, con el cutis tostado por los aires del trópico, una extraña expresión entre cínica y burlona, ojos azulados de penetrante mirar y pelo rubio en el que brillaban las primeras canas. Vestía un traje claro de buen corte, aunque bastante arrugado; iba sin corbata, con el cuello desabrochado y se tocaba con un sombrero de paja.

—Perdone, amigo, pero llevo prisa.

La forma en que desplazó al tipo corpulento que le obstruía el paso demostraba unas fuerzas poco comunes. Su víctima quiso protestar, pero se contuvo al advertir la elevada estatura, los hombros anchos, las manos grandes y el gesto de resolución de Curtis. No; no sería agradable tenerle como enemigo en una pelea a puñetazo limpio.

—¿Otro viajecito, Hammond? ¿No le parecen ya demasiados?

Era el teniente de Policía encargado de comprobar la identidad de los pasajeros que subían al «Ocean». Medía a Curtis de pies a cabeza, con una mirada desdeñosa, y su tono nada tenía de amable ni cordial.

—Desde luego, teniente —repuso con una sonrisa irónica—. Me gustaría descansar una temporada. ¡Qué le hemos de hacer...! Los negocios son los negocios.

—¿Negocios? ¿Y no teme que esos negocios le hagan verse un día entre cielo y tierra con una buena cuerda al cuello?

—Nadie tiene asegurada la vida en estos tiempos, amigo. Todos corremos constantes peligros y no sabemos cómo podemos terminar. Ni siquiera usted.

—Pero hay quien se empeña en perderla metiéndose en asuntos

turbios que...

—No perdamos más tiempo, teniente —le interrumpió, ligeramente irritado, Curtis—. ¿Tiene algo contra mí?

—Concreto, no. Es usted, o se cree, demasiado listo. Algún día, sin embargo...

—Aguarde con calma ese día, amigo. Ahora no puedo hacer esperar al «Ocean».

Despidiéndose con una reverencia burlona, recogió sus papeles, volvió la espalda a su interlocutor y subió a cubierta. Viéndole alejarse, *mistress* Dewey, una inglesa cincuentona, seca, cuyo marido no debía echarla mucho de menos durante sus frecuentes ausencias de

Hong-Kong,

y cuyo pasaporte tenía ahora en las manos el teniente, preguntó curiosa:

—¿Por qué trataba tan mal a ese joven?

—¿Mal? —exclamó, sorprendido, el interpelado—. Si le tratase como se merece, hace tiempo que le habría agujereado la cabeza.

—Le oí hablar de negocios. ¿Los tiene realmente? ¿En qué consisten?

—¡Cualquiera lo sabe! Gana mucho dinero y está siempre de viaje. Hace años no hubiera tenido la menor duda sobre sus actividades: opio, juego o trata de mujeres. Ahora... ¡Hay tantos medios para enriquecerse un individuo sin escrúpulos!

—Y *míster* Hammond, ¿lo es?

El teniente, que conocía a *mistress* Dewey, esposa del dueño de uno de los mejores hoteles de

Hong-Kong,

que solía pasar largas temporadas en Manila, se echó a reír al escuchar la pregunta. Riendo, contestó:

—Los escrúpulos y él son incompatibles, señora. Pero no se preocupe; creo que es bastante correcto con las damas. Si no se emborracha, puede tener un compañero de viaje divertido y encantador.

Minutos después, *mistress* Dewey abordaba al capitán del buque. Eran viejos conocidos. A Jan Hobbema, un marino holandés naturalizado australiano, el comienzo de la guerra le sorprendió como primer oficial de un buque de carga que hacía tres veces por

semana la travesía entre Macao y Hong-Kong.

Estuvo algún tiempo prisionero de los japoneses hasta que logró fugarse. (Eso, por lo menos, decía él, aunque no faltaba quien aseguraba que estuvo al servicio de los nipones como piloto de un cañonero que navegaba por el río de las Perlas, cuyas aguas conocía a las mil maravillas).

—No haga caso al teniente, *mistress* Dewey. Conozco bien a míster Hammond. Le he llevado varias veces a Formosa y Macao. Jamás nos dio la menor queja.

—Pero creo que sus actividades no son del todo limpias...

—¡Bah! Lleva usted demasiado tiempo en Oriente para asustarse de nada. Cada uno se gana la vida como puede. ¿Por qué vamos a meternos en los asuntos de los demás, mientras los demás no nos molesten?

Se encogió de hombros, y alejándose de *mistress* Dewey, continuó preocupándose de los preparativos de la partida. Pero la inglesa estaba demasiado interesada por aquel Curtis Hammond para renunciar a enterarse a fondo. Tuvo suerte en su deambular por cubierta. Pronto encontró a otra dama que parecía conocerle bien, aunque su opinión no tenía nada de halagüeña para el interesado.

—Es americano, pero tuvieron que echarle de la Military Police hace seis años, por no sé qué asunto poco limpio. Después desapareció una temporada. Volvió a Manila hace veinte meses convertido en un hombre de negocios.

—¿Y lo es?

—Bueno. Todo pueden llamarse negocios. Pero los de ese tipo son de los que merecen pasarse la vida en presidio. Ayer mismo me dijeron...

Ajeno al interés que *mistress* Dewey mostraba por él, Curtis, tras entregar su equipaje a un camarero chino para que lo llevase a su camarote, se había acodado a la borda, y encendiendo un cigarrillo contemplaba con una sonrisa irónica el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Entre la cubierta del buque y la tierra firme se cruzaban voces de despedida y adioses en los más diversos idiomas. Palabras en el inglés corrompido de los grandes puertos orientales iban y venían

como pelotas de tenis, mezcladas con sonoras expresiones castellanas y frases cortadas y guturales en chino, malayo o tagalo.

Las gentes, por igual sudorosas, ofrecían en su rostro y atavío los más rudos contrastes. Ingleses y americanos altos y fornidos, pasando entre la multitud con un aire de condescendiente superioridad; españoles nerviosos, de movimientos rápidos, cuya piel había adquirido un tinte oliváceo como consecuencia de una prolongada estancia en los trópicos; chinos menudos, silenciosos, con una sonrisa estereotipada en el rostro y el espinazo presto a toda clase de genuflexiones; filipinos vestidos a la europea con los ojos ligeramente oblicuos, los pómulos salientes y la tez de un verde aceitunado.

En los minutos que precedían a la partida, todos, aunque algunos procuraban disimularlo, parecían inquietos y desasosegados. Curtis comprendía los motivos. Recordaba, inevitablemente, el espectáculo tantas veces presenciado, en los días lejanos de su infancia, de la partida de los grandes trasatlánticos. Entonces las gentes, nerviosas y alborozadas, hablaban también a gritos. Pero las despedidas no tenían el carácter desgarrador de ahora ni quienes partían lo hacían con el temor de emprender un viaje sin retorno posible.

—Y, sin embargo, todo es perfectamente lógico...

Lo era, en efecto... Quince años atrás, una travesía como la que se disponían a emprender no ofrecía peligros, riesgos, ni emoción casi. Ciertamente que los tifones amenazaban siempre y que en China había —¿cuando no la ha habido?— una guerra civil. Pero se podía ir desde Manila a Shanghai, Cantón o Macao con la misma seguridad que a París, Londres y Nueva York. Ahora, en cambio...

Ahora, Mao-Tso-Tung era dueño de la China continental y soñaba con extender su dominio a los países vecinos, mientras Chang-Kai-Chek, encastillado en Formosa, preparaba con calma la hora de lanzarse a la reconquista del imperio perdido. Hacía año y medio ya que la guerra levantaba gigantescas llamaradas en Corea y que en la Indochina francesa, en Malaca, en Birmania y en las Indias que fueron holandesas los hombres morían oscuramente en los arrozales pantanosos, las plantaciones de caucho o las sombrías espesuras de la selva virgen. Y hasta en las mismas Filipinas, que despertaban con la independencia a la esperanza de un mañana

mejor, bandas de «huks» —extraña mezcla de nacionalistas exacerbados, tagalos impulsados por una sed de sangre inextinguible, revolucionarios movidos por intereses extraños y bandidos sin otro anhelo que un lucrativo botín— sembraban el terror en las montañas y a veces perpetraban sus atentados en el corazón mismo de las grandes ciudades.

Sí; era todo un mundo en plena convulsión; seiscientos millones de seres entregados al vaivén de las más violentas pasiones. A odios ancestrales de razas oprimidas, se juntaban confusos nacionalismos; ideas occidentales mal digeridas en revuelta mezcolanza con el turbio sedimento de milenarias culturas, en cuyos orígenes adquirirían siniestra preponderancia los bestiales sacrificios humanos, Gentes que habían padecido durante toda su existencia hambres, miserias, privaciones y sufrimientos se lanzaban, enloquecidas, sobre quienes consideraban culpables de su situación.

—El respeto al hombre blanco —murmuró Curtis, siguiendo en alta voz el curso de sus pensamientos— era el dique que contenía la explosión de la violencia. Pero los japoneses terminaron con el mito de su invulnerabilidad.

Perdido ese respeto, ni los plantadores ingleses de Malaca, ni los orondos colonos holandeses de Java y Sumatra, ni los comerciantes anglosajones de China podían considerarse seguros. Su vida corría un constante peligro, que no bastaban a disipar bayonetas ni soldados. Y ni siquiera en las viejas ciudades fortines como

Hong-Kong,

Singapur o Macao estaban a cubierto de todo riesgo ni navegando sobre los mares al amparo de la bandera inglesa o de las barras y estrellas de los Estados Unidos.

—Y a nosotros sólo nos ampara la de Panamá, una minúscula república centroamericana, sin marina de guerra ni ejército, sin nadie que pueda hacerla respetar. Hasta es posible que ni el mismo capitán sepa dónde está Panamá ni si realmente existe.

—Puede jurarlo, Hammond. Para Hobbema, la bandera panameña es un pequeño truco: lo ampara todo y no pide cuentas por nada. Así tiene las manos más libres.

Curtis volvió, ligeramente sorprendido, la cabeza. A su lado, con un puro en la boca y una sonrisa cínica en el rostro, estaba Claude Griffith. Era un hombre de cincuenta años, gordo, corpulento, de

pronunciada nariz, cejas pobladas, grandes bolsas debajo de los ojos y la cabeza casi totalmente calva.

Vestía con cierta elegancia, y en su mano izquierda lucía una sortija con un soberbio diamante. Quienes se fiaran de la primera impresión, le tomarían por uno de los muchos caballeros americanos enriquecidos en Filipinas. Los que le conocían un poco mejor —y entre ellos se encontraba Hammond—, pensaban de distinta manera. Era americano, en efecto, y se había hecho rico en Oriente —no sólo en Filipinas, sino también en Formosa,

Hong-Kong

y Macao—, pero de caballero sólo tenía el traje y los modales.

Llegó a Manila quince años atrás, procedente de California, donde, al parecer, la vida se le había hecho difícil ante la imposibilidad de explicar satisfactoriamente sus medios de vida. En los tiempos que precedieron a la guerra anduvo por todas partes, aunque recalando siempre en Filipinas al regreso de cualquiera de sus viajes. Explotaba un canódromo en Shanghai, una casa de juego en Macao, una lotería en Singapur y diversos garitos en la propia Manila.

Al producirse la traición de Pearl Harbour y la invasión japonesa, podía considerarse millonario en dólares. Durante cuatro años se le perdió la pista. Aseguraba que los nipones le prendieron en Sumatra y había permanecido en un campo de concentración hasta el final de las hostilidades. La guerra debió arruinarle, lógicamente. Sin embargo, se rehízo pronto. Volvía a tener negocios en todas partes y en ninguna demasiado limpios.

—¡Ah, es usted! No sabía que fuera en el «Ocean». Creí que prefería el avión para sus viajes...

—Es más rápido y más cómodo —repuso con una sonrisa Claude—. Pero me voy haciendo viejo y el corazón empieza a fallar. Tendré que resignarme con el barco. Aunque sea más peligroso.

Curtis asintió con un leve movimiento de cabeza. La ruta que había de seguir el «Ocean» no tenía nada de tranquilizadora. Desde Manila iría directamente a Kuohsiang, en el extremo sur de la isla de Formosa; desde allí seguiría a

Hong-Kong

y Macao, para marchar después a Hue y Hanoi y regresar a Filipinas. En torno a Formosa vigilaban la Séptima Flota americana

y las unidades nacionalistas chinas. Entre Formosa y el continente hacían constantes incursiones lanchas rápidas y submarinos de las huestes de Mao-Tso-Tung. En el estuario del río de las Perlas no faltaban piratas cubiertos por una u otra bandera, como si estuvieran en los buenos tiempos de la filibustería andante. Y, por último, en las costas de Indochina la aviación francesa y los juncos rebeldes del Viet Minh significaban la posibilidad de cualquier accidente desagradable y desgraciado.

—Sí; el viaje puede terminar antes de llegar al punto de destino. Aunque no sepa, desde luego, cuál es el suyo.

—Acaso el mismo de usted.

Curtis iba a responder cuando advirtió un brillo extraño en las pupilas de su interlocutor. Siguiendo la dirección de su mirada, comprendió la causa. Un lujoso «Cadillac» acababa de detenerse a corta distancia del «Ocean». De su interior descendió un hombre alto, delgado, impecablemente vestido a la europea, aunque sus rasgos fisonómicos y el color de su piel no dejaban lugar a posibles dudas respecto a su raza. El chino, de rostro inexpresivo, movimientos pausados y aire autoritario hizo ademán de dirigirse a la pasarela del buque. Sin embargo, se detuvo a contemplar cómo las grúas subían un montón de cajas, indudablemente de su propiedad.

—¿No será Sun-Li-Yen su objetivo, Griffith?

—Posiblemente. ¿El suyo también? ¡Oh, no se moleste en negar! Entre nosotros podemos ahorrarnos las mentiras. No lograríamos engañarnos.

Curtis no se molestó en contradecirle; sería perder el tiempo. Sun-Li-Yen, un negociante de Formosa que había acumulado una fortuna fabulosa como abastecedor del ejército de Chang-Kai-Chek, era una presa envidiable. Podía valer muchos millones.

—Que serían nuestros si trabajásemos de acuerdo.

—¿Debo interpretarlo como una proposición en serio?

—Tan seria como si hubiésemos firmado un contrato en regla. Usted ha sabido ganarse su amistad durante el tiempo que estuvo en Manila; yo dispongo de lo necesario para el golpe. ¿Qué tal el cincuenta por ciento?

Hammond lanzó unas bocanadas de humo antes de responder. Parecía estar meditando el ofrecimiento de Claude. Al cabo...

—¡Gracias! Prefiero trabajar solo.

—Mala costumbre en casos como éste. Se expone uno a fracasar.

—También a conseguir mejores beneficios.

—Y correr riesgos mayores.

—Estoy acostumbrado a afrontarlos. Al cabo de los años es difícil que nada...

Se detuvo sin concluir la frase, mientras su gesto expresaba un asombro sin límites. Y no era su interlocutor, al que ni siquiera miraba en aquel instante, quien se lo producía. Claude, que advirtió con extrañeza su actitud, preguntó:

—¿Qué le ocurre, Hammond? Parece que ha visto algún fantasma...

Curtis estuvo tentado de darle la razón. Por la pasarela del buque, del brazo de un individuo de mediana estatura, cuyo rostro desaparecía bajo las amplias alas del sombrero de Panamá, subía una mujer joven y bonita. Era la que tan profunda conmoción había causado en el ánimo de Hammond. Podría tener veintisiete o veintiocho años; era morena, con pómulos ligeramente abultados y los ojos grandes, negros y rasgados, sombreados por enormes pestañas.

Llevaba el pelo recogido sobre la nuca en un amplio moño, y mostraba al desnudo un cuello grácil, de suavidades aterciopeladas. Vestía un traje sencillo y ajustado, que más que disimular hacía resaltar la maravillosa perfección de sus formas.

—Sí, Griffith. Acabo de ver un fantasma...

Por un segundo, desconcertado ante la visión de la muchacha, había llegado a pensar que fuera Luisa Logan, la misma Luisa Logan que unos años atrás significó tanto en su vida que al perderla lo dio todo por perdido. Pero un instante después rechazó, sin vacilaciones, el pensamiento. Hacía años que Luisa partió de Filipinas para no retornar; años incluso que había muerto y su cuerpo reposaba en un cementerio de Java o Borneo.

La siguió, no obstante, con la vista, hasta que desapareció entre las gentes que llenaban la cubierta. Con un leve movimiento de cabeza, alejó las tristes ideas que le acometían al recuerdo de la mujer que un día quiso como no había vuelto a querer a ninguna. Volvió a fijar la mirada en Sun-Li-Yen, que seguía vigilando con atención el embarque de las cajas, mientras conversaba con

Malcolm

O'Neal,

un americano de origen irlandés, que desempeñaba las funciones de primer oficial a bordo del «Ocean».

—Por última vez, Hammond. ¿Acepta mi proposición?

—Sólo tengo una palabra, Griffith, y se la dije antes: no.

—Le daré unas horas para que medite, amigo. Acaso varíe de manera de pensar cuando comprenda que es peligroso enfrentarse conmigo.

—¿Enfrentarme con usted? ¡De ninguna manera! Cada uno trabajaremos por nuestro lado, y el que tenga más suerte...

—Seré yo. Y no pretenda engañarme, Hammond. Ahora, como siempre, quien no está conmigo está contra mí, y eso...

Un grito de agudo terror seguido, acompañado mejor, por una violenta explosión impidió oír sus últimas palabras. Alguien, oculto entre la multitud, acababa de lanzar una granada de mano contra el punto exacto del muelle en que se hallaban Sun-Li-Yen y Malcolm O'Neal.

Siguieron unos minutos de terrible confusión y de espantosa algarabía. La muchedumbre, despavorida, echó a correr en todas las direcciones; los soldados que vigilaban el muelle y los policías que revisaban la documentación de los pasajeros del barco, intervinieron sin demora, empuñando, nerviosos, fusiles y pistolas. Hasta resonaron algunos disparos, sin que fuera, posible decir si partieron de quienes cubrían la retirada al individuo que arrojó la bomba o se le escaparon a cualquier agente de la autoridad, cuyos nervios estaban demasiado excitados.

Cuando pudo restablecerse la calma, el muelle había quedado casi vacío. Una ambulancia acudió, presurosa, para llevarse a un cargador que resultó con graves heridas en el pecho y el vientre. Era la única víctima. Tanto Sun-Li-Yen como Malcolm O'Neal

estaban ilesos. El chino mostraba un semblante impasible, como si su vida no hubiera estado a punto de tener un sangriento final. El irlandés, en cambio, estaba ligeramente pálido y nervioso.

—¡Otra hazaña de esos malditos «huks»! —Gruñó, malhumorado, el teniente de Policía—. Mientras no terminemos con ellos de una vez...

—Será un poco difícil —repuso con una sonrisa untuosa Sun-Li-Yen—. Emplean métodos demasiado suaves. En Formosa habríamos acabado ya con todos.

—Empalándolos vivos ¿no? —replicó irritado el teniente—. Nosotros no somos tan salvajes. Y, además, para lo que les ha servido... Tenían toda China y ahora...

Altivo, desdeñoso, no queriendo perder el tiempo en discusiones inútiles, Sun-Li-Yen se despidió de su interlocutor con una ligera inclinación de cabeza y le volvió la espalda sin dejarle terminar.

En la cubierta del barco, Curtis se volvió hacia Griffith.

—Han estado a punto de estropearnos el negocio. Y sin beneficio para nadie.

—Para nosotros, no. Pero quizá hubiera beneficiado a un tercero que tenga más interés que nosotros aún.

Se separaron sin llegar a un acuerdo. Peor aún: con una hostilidad apenas encubierta por unas frases corteses y glaciales de despedida. Ambos tendrían que convivir durante los próximos días. Y los dos sabían que había muchas probabilidades de que uno no llegase con vida al final del viaje.

El incidente obligó a aplazar unas horas la partida del «Ocean», mientras la Policía realizaba las investigaciones propias del caso. No fue mucho lo que consiguió averiguar. Según dos o tres testigos presenciales, había sido un chino quien arrojó la bomba, aunque otros tantos afirmaban que la agresión había partido de un tagalo.

—Para mí —afirmaba muy convencido el teniente—, no hay duda posible. Es un atentado más de los «huks». La audacia de esos bandidos les hace meterse ya en la propia Manila.

Era la opinión general, si bien existían algunas personas que discrepaban de una manera rotunda. Posiblemente, el más convencido en este aspecto fuera el propio Sun-Li-Yen; de todas formas, no fueron muchos los que conocieron su parecer, porque se encerró en su camarote del barco, negándose a hacer comentarios sobre lo sucedido y pareciendo desentenderse del curso de las investigaciones.

Malcolm

O'Neal,

en cambio, estaba profundamente interesado. Estuvo en la Comandancia del puerto, hablando con el comisario encargado de

poner en claro el suceso y regresó al «Ocean» más preocupado que al marcharse. Al hablar con Curtis Hammond —al que conocía desde unos años atrás y con el que le unía cierta amistad— se expresó sin ambages.

—Tengo la plena seguridad de que, contra lo que cree la Policía filipina, no se trata de un atentado de los famosos «huks». El que tiró la bomba era un chino, y eso...

—Demuestra que eran gentes de Mao-Tso

que pretendían cargarse a Sun-Li-Yen, ¿no?

—En absoluto. Es posible que, en efecto, fueran rojos chinos. Pero también que la víctima elegida no fuera Sun, sino yo.

—¿Usted? —inquirió, sorprendido, Curtis—. No sabía que se hubiese metido nunca en política, ni que los «commies» tuvieran el menor interés en borrarle del mundo de los vivos.

—Ni me he metido en política jamás, ni las gentes de Chang o de Mao tienen motivos para odiarme o tenerme simpatía. Sin embargo, estoy seguro de que ese chino se proponía liquidarme. Y acaso, acaso, no le faltase razón.

Hablaba con perfecta sinceridad, con aire inquieto y apesadumbrado. Aunque Hammond tenía por costumbre no meterse en los asuntos de los demás, aventuró ahora una pregunta:

—¿Podría saber en qué se basa para suponer tal cosa?

—En algo que durante años procuré olvidar —repuso, meditativo, Malcolm—. A veces he llegado a pensar que todo era producto exclusivo de mi imaginación. Pero últimamente tengo la corazonada de que mi final está cercano, de que no moriré en la cama, y que cuando me hundan un cuchillo en la espalda o me hagan volar por los aires, quien tire la bomba o maneje el cuchillo no cometerá la menor injusticia.

Hizo una breve pausa, como tratando de reunir sus recuerdos. Se bebió de golpe el «whisky» con hielo que tenía en la mano y luego continuó:

—Fue hace casi veinte años. Yo tenía entonces toda la alegre irreflexión de la primera juventud. Acaso por eso hice algo de lo que nunca me arrepentiré bastante. Soñaba con una carrera rápida y afortunada y no quise que nadie ni nada me la echase a perder.

Desempeñaba entonces el cargo de tercer oficial en un buque

desvencijado que hacía la travesía del Pacífico entre las costas de China y las de California. El barco conducía carga de todas clases, y con cierta frecuencia, hacinados en sus bodegas, unos centenares de emigrantes.

Una parte de los chinos eran rechazados siempre por las autoridades americanas y tenían que ser devueltos a su punto de origen. Una noche en San Francisco, a

O'Neal,

que estaba de guardia, se le escapó sin saber cómo uno de los emigrantes que habían de ser reintegrados a China. Quedó aterrado. Cuando las autoridades de inmigración advirtieran su falta, multarían a la Compañía y acaso ésta le despidiera. Resolvió saltar a tierra en busca del fugitivo.

No le pudo encontrar. Al cabo, desesperado, se le ocurrió una solución salvadora. ¿Qué más daba un chino que otro, si no había manera de distinguirlos? A un pobre individuo de raza amarilla que encontró en Chinatown le invitó a beber hasta que estuvo borracho. Entonces le subió a un «taxi» y le condujo al puerto, encerrándole en la bodega del barco.

A la mañana siguiente, las autoridades de inmigración autorizaron la salida del buque sin hacer caso de las protestas del pobre chino, al que cerraron la boca a palos. Dos semanas después lo desembarcaban en

Tien-Tsin

en unión de los emigrantes a quienes se había negado la entrada en California.

—En tierra ya, juró que me mataría. Entonces me reí; ahora no me río. Sé que seguirá soñando en vengarse de quien, contra toda la razón y derecho, le trató peor que al último de los asesinos.

—¿Y no ha vuelto a saber nada de aquel individuo?

—No. Ni recuerdo su nombre ni aunque le viese reconocería su cara. Pero estoy seguro de que él no habrá olvidado mi aspecto ni mi nombre. Y jamás renunciará a su venganza. Quizá haya fracasado esta tarde al lanzar la bomba. Pero otro día cualquiera acertará.

Curtis procuró animarle. Permanecieron una hora larga en el bar charlando y bebiendo. Se separaron cuando el barco desatracó al fin. Hammond marchó entonces a cubierta y acodado a la borda

estuvo contemplando el soberbio panorama que se ofrecía a sus ojos.

Había caído la noche, pero el calor seguía siendo sofocante. Las luces de Manila iban desapareciendo tragadas por la lejanía. El «Ocean» bordeaba ahora las abruptas costas de Bataan, pasando por el angosto estrecho de Corregidor para salir a mar libre. Por un instante, el pensamiento de Curtis voló hacia la pasada contienda. Allí mismo, en las alturas de Mariveles, combatió con heroísmo durante varias semanas contra una superioridad aplastante de los nipones, y tuvo la suerte de ser herido. Suerte, porque la herida le permitió ser evacuado en un submarino antes de que los japoneses se apoderasen de la península.

—Si me llego a quedar, hubiera muerto como tantos otros.

Pero ¿merecía la pena haberse salvado? Empezaba a dudarlo. Nuevamente la figura de Luisa acudió a su memoria. ¡Pudo ser tan feliz a su lado! ¿Por qué le dejó cuando parecía más enamorada? ¿Por qué prefirió a otro, huyendo con él y yendo a buscar una muerte oscura y triste? Millares de veces se había hecho la misma pregunta en los años transcurridos desde entonces sin acertar con la respuesta.

Y, en fin de cuentas, ¿qué importaba ya? Luisa era la única que podría responderle y había muerto. Ciertamente que aquella tarde creyó por un segundo volverla a ver. Pero no era la primera vez que le sucedía algo parecido, ni, posiblemente, la última. Siempre que encontraba una mujer extraordinariamente hermosa, le parecía volver a encontrarse con la mujer amada. Desgraciadamente, ninguna era como ella.

Con un esfuerzo alejó los tristes pensamientos. No era el momento más adecuado para entretenerse en soñar. Tenía un gran negocio entre manos y muchos peligros se interponían en su camino. Claude Griffith le había amenazado y no solía hacerlo en vano. Si le perdía de vista, si se descuidaba, si abandonaba un solo instante la vigilancia, lo más probable era que no viese el final del viaje.

Resolvió marchar al camarote. Quería tener la seguridad de que su equipaje estaba intacto y que la cerradura funcionaba a la perfección. Era de vital importancia si no quería tener cualquier noche el más desagradable despertar.

Llegaba a la puerta cuando le pareció escuchar un ligero ruidito a su espalda. Sin pensarlo dos veces, se volvió agachándose al mismo tiempo. Oyó silbar un objeto por encima de su cabeza y algo duro fue a chocar con ruido metálico contra la puerta del camarote. Mirando al fondo del pasillo pudo ver confusamente un individuo que se alejaba sin hacer el menor ruido.

Corrió hacia allá con la pistola en la mano. No encontró a nadie. El agresor se había dado buena prisa en escapar. Volvió pensativo a su camarote. En la puerta, a la altura del pecho, pudo ver un agudo cuchillo clavado varios centímetros en la madera. De no agacharse con tanta rapidez le hubiese partido el corazón.

—Sí —murmuró pensativo—. Griffith no perdona. Me parece que vamos a tener un viaje bastante divertido...



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO
de la Colección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.
por **A L F M A N Z**

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas interiores, doble dibujo en cubierta, al precio de
OCHO PESETAS

II

CHANTAJE



EJANDO atrás la costa de Luzón, el «Ocean» subía con dirección a Formosa. Aunque apenas soplabla viento, el mar estaba bastante agitado. El barco, demasiado viejo y desvencijado, bailaba más de la cuenta. Acostumbrado a navegar con cualquier tiempo, Hammond estaba inmunizado contra el mareo, pero no todos los pasajeros podían decir lo mismo.

—Cenaremos casi en familia —dijo sonriente el capitán Hobbema—. Parece que la mayoría de los viajeros no se encuentran en condiciones de venir al comedor.

En las veinticuatro horas transcurridas desde la partida de

Manila, Curtis había estado bastante atareado. Anduvo de un lado para otro por todo el barco, tratando ver las caras no sólo de los tripulantes, sino también de los pasajeros. Su interés primordial consistía en identificar al autor de la agresión sufrida. Fracasó, naturalmente. Sólo le había visto un instante, casi de espaldas y en la penumbra del pasillo. En tales condiciones resultaba punto menos que imposible reconocerle.

Sin embargo, no creía tener la menor duda acerca del autor moral de la agresión, y se lo dijo con entera claridad a Claude cuando se lo encontró de cara a la mañana siguiente.

—Gracias por el regalito de anoche, Griffith. ¡Qué pena que le fallase un poco la puntería!

—Si no se explica con mayor claridad, no podré entenderle, Hammond. Ni yo le he hecho ningún regalo ni sé a qué se refiere.

—Es posible. Pero también es posible que empiece a comprenderlo cuando se encuentre con la respuesta.

—Que puede ser una aceptación de mi propuesta, ¿no?

—O un pasaporte de plomo para un viaje sin retorno posible.

—Si tiene dos dedos de sentido común acabará aceptando.

—Acaso no los tenga, pero mi contestación es la misma de ayer.

Aparte de la tripulación, en el «Ocean» iban más de doscientas personas. La mayoría eran viajeros de segunda y tercera, que difícilmente podían penetrar en la parte del buque reservada a los pasajeros distinguidos.

Los de primera serían unos cuarenta en total, de ellos únicamente catorce o quince mujeres. Aparte de *mistress* Dewey, iban las esposas de otros tres comerciantes británicos establecidos en

Hong-Kong,

una señora de belleza llamativa que se hacía llamar *mistress* Carole Whitney, acompañada de su supuesto marido —un americano de turbios antecedentes, muy conocido en todas las grandes casas de juego del Extremo Oriente—, y varias filipinas y chinas, todas ellas, según las apariencias, en desahogada situación económica.

Hammond pudo hablar durante la comida con varias de ellas. Con otras charló en el bar. Era un hombre correcto, de modales distinguidos y cierta facilidad de expresión y a nadie le disgustaba hablar con él. Las cosas que se contaban podían ser verdad o

mentira, pero un caballero inteligente y amable resultaba siempre agradable durante un viaje por mar.

Le hubiese gustado ver a la muchacha que le hizo pensar en Luisa. Indudablemente se trataba de una filipina con algo de sangre tagala en las venas. Pudo averiguar su nombre —la señora de Blasco—, pero no verla. Al parecer, estaba un popo mareada y ni ella ni su esposo abandonaron el camarote durante las primeras veinticuatro horas de navegación.

—No sé si conoce al coronel Granger, Hammond —dijo Jan Hobbema—. De cualquier forma, como son compatriotas...

Aunque Curtis expresó con claridad su satisfacción al estrechar la mano de Granger, fue perceptible el poco entusiasmo del coronel. El caso no tenía nada de sorprendente, y menos que para nadie, para el propio interesado. Howard Granger llevaba unos meses en Manila, donde desempeñaba un cargo importante cerca del general Hobbs, comandante en jefe de la 13 Fuerza Aérea encargada de la defensa de las Filipinas. Sin duda había oído hablar de Hammond y sus informes no resultaban muy halagüeños.

—El coronel va a Formosa, donde se propone pasar una temporada.

—¿En misión oficial?

Granger no pudo disimular un gesto de disgusto ante lo impertinente de la cuestión. Conteniéndose con visible esfuerzo, replicó:

—Hay preguntas que no deben formularse por un mínimo de discreción. Sin embargo, puedo satisfacer su extemporánea curiosidad, míster Hammond, porque mi viaje tiene un carácter exclusivamente particular. Voy a pasar unas semanas de vacaciones en Taipeh, huyendo del calor asfixiante de Manila.

El tono desabrido de la respuesta bastó para que Curtis no insistiera en seguir conversando con el coronel sentado a su lado. Mirando al otro lado de la mesa, pudo ver una sonrisa burlona en los labios de Claude Griffith, que tuvo, no obstante, la habilidad precisa para no hacer el menor comentario.

Hammond no tardó en tomarse su revancha. Fue poco después de la cena cuando su abierto adversario, se atrevió a dirigirse en tono amistoso y cordial a Sun-Li-Yen. Hizo unas cuantas preguntas que el chino escuchó con rostro inmutable. Al final, repuso en

perfecto inglés, pero con cierto olvido de las normas de la tradicional cortesía oriental:

—Lo siento, señor, pero ni me gusta el juego ni me agrada recibir en mi camarote a las personas que no son de mi absoluta confianza.

La repulsa fue dada en tono lo suficientemente alto para que lo escucharan cuantos se encontraban alrededor. Nadie hizo el menor comentario, pero cuando Griffith dirigió la mirada hacia Curtis pudo ver que estaba riéndose de su fracaso sin el menor disimulo.

—De todas formas —le dijo momentos después, en un momento en que pudo hablarle aparte—, seré yo quien triunfe.

—Podría ser —contestó Hammond—, si no me adelantase yo.

Tanto uno como otro sabían perfectamente a qué atenerse. En torno a la codiciada presa que representaban los millones de Sun-Li-Yen había de entablarse, estaba entablada ya, una pelea a muerte. Ambos recurrirían a todos los procedimientos imaginables para librarse de un rival peligroso. Y sólo un verdadero milagro —en el que no creía ninguno de los dos— haría posible que Hammond y Griffith llegasen vivos al final de aquel corto viaje.

Cuando tras pasear un rato por cubierta Curtis se decidió a marchar a su camarote, lo hizo tomando ciertas precauciones. No tenía el menor deseo de que se repitiera la intentona de la noche anterior, que ahora podría tener mayor éxito. Al avanzar por el pasillo lo hacía con los ojos y los oídos muy abiertos, mirando en todas las direcciones, escuchando los menores ruidos y sin sacar la mano derecha del costado izquierdo, donde, pendiente de una sobaquera, llevaba una moderna «Colt» en condiciones de ser utilizada sin peligrosas demoras.

No advirtió nada alarmante durante su recorrido. Llegó sin el menor contratiempo hasta la puerta del camarote, y antes de abrir no sólo miró hacia atrás, sino que escuchó con atención por si del interior llegaba algún rumor sospechoso. Tranquilizado, se dispuso a abrir.

El camarote permanecía en la misma oscuridad en que lo había dejado unas horas antes. Cerró la puerta a su espalda y puso la mano en el interruptor de la luz. Casi en el mismo instante, del fondo de la estancia salió un grito agudo de mujer en demanda de auxilio.

Encendió la luz, requirió la pistola y miró hacia el punto de donde salían los chillidos. Pronto vio de qué se trataba. Sentada sobre la cama, volviéndole la espalda, estaba una mujer. Se había quitado la blusa, mostraba al desnudo los hombros y los brazos, tenía el pelo alborotado y la falda sobre la rodilla. Aunque Curtis estaba un poco desconcertado por la escena advirtió en el acto que la mujer era joven, morena y bonita.

Advirtió algo más también. Aunque la muchacha seguía lanzando gritos de alarma, no parecía existir motivo alguno para aquel susto. Ni había nadie en el camarote ni la mujer, pese a que las voces comenzaron con su entrada, se molestó en volver la cabeza para mirarle, aunque tampoco hacía nada por cubrir un poco sus formas. Seguía inmóvil, con la mirada fija en el extremo opuesto, gritando de una manera tan extraña como sorprendente.

—¡Oiga, amiguita! —Gruñó irritado Hammond, avanzando pistola en mano hacia ella—. ¿Quiere decirme qué hace en mi camarote y por qué lanza esos alaridos?

La mujer se estremeció de pies a cabeza al escuchar su voz. Cesaron en el acto los chillidos. Con movimiento rápido recogió la blusa, con la que procuró taparse los hombros. Luego, volviendo un instante la cabeza, miró al hombre que la hablaba. De sus labios se escapó un grito de asombro:

—¡Curtis Hammond!

—¡Naturalmente! ¿Acaso no sabía que era mi camarote? Pues si lo sabía, lo más lógico...

Se detuvo sin concluir la frase. En gesto instintivo la mujer se había echado atrás el pelo que le caía sobre los ojos. Ahora estaba de pie, arreglándose las ropas con gesto nervioso, mientras un intenso, rubor le encendía las mejillas. Curtis tardó medio minuto en reconocerla, resistiéndose a creer lo que veían sus ojos. Pero entonces...

—¡Tú! ¡No es posible! Me dijeron que habías muerto hace años...

—Y es una pena que no fuera verdad —murmuró la joven, con los ojos clavados en el suelo, sin atreverse a sostener la mirada de Hammond.

—Acaso —replicó feroz Curtis—. Pero ¿quieres decirme de una vez qué hacías en mi camarote?

—No sabía que fuera tuyo. De saber que lo era, no hubiera venido de ninguna de las maneras. Pero...

—¿Quieres decirme qué hacías aquí, sí o no?

—Puedes figurártelo por mi aspecto. Me dijeron que el ocupante de este camarote...

En la puerta resonaron unos golpes enérgicos de llamada. Oyeron voces apremiantes que pedían que abrieran, amenazando incluso con echar la puerta abajo. De repente, comprendió Curtis. Mirando con asco y desprecio a la muchacha, preguntó:

—Un chantaje, ¿no?

—Algo por el estilo. Pero yo no sabía que fueras tú. No lo sabía. ¡Te lo juro!

—¡Bah! ¿Crees que puedo creer en tus juramentos? Hace años me juraste que me querías y...

—¡Era verdad! —le interrumpió con acento desgarrado la muchacha.

—Pero te largaste con otro, dejándome tirado. ¡Y todo para esto! ¡Puaf! ¡Qué pena que hayas caído tan bajo!

Dolida por el tono de las palabras de Hammond, que la cruzaban el rostro como latigazos, Luisa Logan se estremecía angustiada sin saber qué responder. En la puerta seguían las llamadas.

—¡Abra de una vez, Curtis! Si tarda tres minutos...

Mirando a la joven, Hammond inquirió poniendo en las palabras el máximo desprecio:

—¿Tus cómplices?

—Sí.

—Me tomaban por un caballero asustadizo que soltaría la «pasta» ante la amenaza de un escándalo, ¿eh? Pues van a llevarse una pequeña sorpresa. Porque no soy lo que habían supuesto, aunque todavía esté mucho más alto que tú.

Golpeaban con mayor fuerza a la puerta. Curtis vacilaba en abrir mirando a Luisa. La joven pareció tomar una resolución. Abrochándose rápidamente la blusa y arreglándose el pelo pidió en voz baja a Hammond:

—¡Abre! Yo lo explicaré todo.

Encogiéndose de hombros, Curtis abrió la puerta. En la parte de fuera había varias personas: el camarero que atendía los camarotes de aquel lado, un caballero chino de aire correcto al que había

conocido en el barco y del que sólo sabía que se llamaba
Tso-Ling,
el primer oficial, Malcolm
O'Neal,
y dos o tres curiosos.

—¿Qué ocurre, señores? ¿A qué vienen esos golpes y esas llamadas?

—Eso quisiera que nos explicase usted, Hammond. Según el camarero, de aquí salieron voces de una mujer demandando auxilio.

—Yo las oí personalmente —intervino
Tso-Ling

—. Puedo afirmar que partían de este camarote.

—¿Quién tiene con usted y qué ha pasado? —inquirió en tono grave

O'Neal.

Hasta aquel instante, tapada por el cuerpo de Curtis, Luisa había permanecido invisible para ellos. Ahora avanzó hasta un primer plano. Había terminado de arreglarse y al hablar lo hizo con serenidad y aplomo:

—No ha pasado nada, míster
O'Neal.

Simplemente que creí ver una rata, me puse nerviosa y di unos cuantos gritos.

—¿Usted? Pero ¿qué hace usted aquí?

—Charlar —mintió con serenidad la muchacha—. Míster Hammond y yo somos antiguos amigos. Al encontrarnos esta noche me invitó a tomar una copa de «*whisky*» en su camarote, recordando tiempos pasados. Y esto es todo, absolutamente todo.

Tanto Malcolm como
Tso-Ling

parecían darse por satisfechos con la explicación, haciendo ademán de retirarse. Pero entonces surgió Claude Griffith. De una sola ojeada se dio cuenta de la situación. En tono irónico preguntó a la muchacha, a la que indudablemente conocía:

—¿Y qué dirá su esposo cuando se entere?

—Eso es cuenta suya y mía —contestó Luisa con entereza—. A los demás debe tenerles sin cuidado.

—Quizá no. Los filipinos suelen ser bastante celosos; no en balde

llevan sangre española en las venas. Si llega a saber que su hermosa mujercita estaba en el camarote de otro a las doce de la noche...

—No tiene por qué saberlo —le interrumpió brusco

O'Neal

—. Si es usted un caballero no dirá una sola palabra.

—¡Claro que lo soy! Por mí nadie sabrá absolutamente nada. Pero...

—¡Basta! —chilló irritado Curtis, haciendo esfuerzos para no saltar sobre Griffith, a quién instintivamente consideraba como culpable de lo sucedido—. Han visto que no sucede nada anormal. Creo que pueden retirarse.

—Sí —afirmó Malcolm—. Lo mejor es que nos vayamos.

Desde el umbral, Curtis les vio alejarse hablando animadamente a lo largo del pasillo. Cuando hubieron desaparecido de su vista, se volvió hacia el interior del camarote, dejando entornada la puerta. Advirtió que Luisa parecía dispuesta a marcharse sin mayor demora. La contuvo.

—Espera. Necesito que hablemos.

—¿Para qué? Vine con un propósito turbio; luego, al reconocerte, enmendé mi conducta. ¿Qué más quieres saber?

No parecía que fuera necesario hacer nuevas preguntas. La actitud de la muchacha cuando la sorprendió en su camarote era más elocuente que todas las palabras. ¿No había reconocido que se trataba de un chantaje?

—Buscabas dinero, ¿eh? ¿Es así como te ganas la vida?

Luisa levantó la cabeza para mirarle con los ojos arrasados en lágrimas. Dolorida, angustiada, preguntó:

—¿Puedes pensar eso de mí?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Comprenderás que después de lo sucedido no voy a creer que tu vida sea un cuento de hadas...

Luisa se estremeció al oírle. Curtis se expresaba con brutalidad, pero no carecía de lógica. La tomaba por una aventurera sin escrúpulos. Era natural. ¿Quién, al sorprenderla medio desnuda en su propio camarote, dando gritos para atraer la atención de las gentes, a fin de hacerle someterse a un vergonzoso chantaje, sería capaz de suponerla una mujer decente?

—Nada me importaría que otro me dijera eso mismo; pero tú...

—Debía creerte santa y buena aunque mis ojos vieran lo

contrario, ¿no? ¡Gracias! Hace años acaso hubiera sido tan tonto; ahora la vida me ha enseñado mucho. Y tú, más que nada en la vida.

—¿Yo?

—Sí, tú. Hubo un día que me juraste cariño y yo te creí. Te seguí creyendo, contra toda razón, incluso cuando me dijeron que te habías marchado con otro. Imaginé no sé cuántas explicaciones inverosímiles, cuando la verdad era tan fácil, tan clara y tan sencilla.

—Que te quería más que a nadie en el mundo.

—¡Mentira! —protestó airado Hammond—. De haberme querido...

—Habría hecho lo que hice. Créeme, Curtis. Era lo mejor para los dos.

En las palabras de la muchacha vibraba un acento de profunda sinceridad. Por un instante, Hammond estuvo a punto de creerla. Luego reaccionó con violencia:

—¡Déjate de cuentos! ¿Por qué iba a ser lo mejor?

—Porque entre tú y yo no podía haber nada. Aun queriéndote cómo te quería, eras un imposible para mí.

—¿Un imposible? ¡Pero si te pedí que fueras mi mujer, si me hubiera casado contigo con los ojos cerrados...!

—Pero yo hubiera tenido que abrírtelos. Era demasiado noble para engañarte; te amaba demasiado para poderte mentir.

—¿Pretendes que me lo crea después de todo lo pasado? —Gruñó, agresivo y receloso, Hammond.

—Sí. Por desgracia para mí, llegaste tarde a mi vida. Pará ser tu mujer te sobraba a ti dignidad; para ser tu amiga, tenía yo excesiva vergüenza. ¿Lo comprendes ya?

Curtis movió la cabeza en gesto negativo. Era ahora cuando lo comprendía menos. Acaso de encontrarla en distintas circunstancias, las palabras de Luisa le hubiesen hecho alguna impresión. Pero ¿podía hablar de vergüenza y dignidad una mujer que se metió allí para hacerle víctima de un chantaje?

—Me parece que todo está perfectamente claro —murmuró, colérico.

—¿Me crees, entonces?

—Yo sólo creo lo que veo. Y lo que he visto esta noche no deja

lugar a posible duda. Eres... lo que nunca hubiese querido que fueras. Una mujer como, tantas, una...

—¡Eso no, Curtis! —protestó, dolorida y angustiada, la muchacha.

—¿No? ¿A qué viniste esta noche aquí? Y no mientas. No digas que por verme, porque ni siquiera te acordabas de mí. ¿Qué pensabas sacarme? ¿Unos miles de dólares para ese compinche que pasa por tu marido?

—Que lo es.

—Peor para él y para ti, porque seríais dignos el uno del otro. Pero no lo creo. Allá en América conocí algunas individuos que empleaban un trquito parecido. Un supuesto marido aumenta la cuantía del chantaje.

—Te engañas, Curtis. No hay nada de lo que supones. Por lo más sagrado te juro...

—No jures. Responde a lo que te he preguntado: ¿qué buscabas aquí?

Luisa vaciló un instante. Entreabrió los labios como si estuviera dispuesta a responder con la verdad. Se contuvo. Retorciéndose las manos con desesperación, replicó:

—No puedo decírtelo, Curtis. Acaso no me creyeras si te lo dijese. Y es preferible que calle, aunque me duela en el alma que puedas tomarme...

—Por lo que eres; simplemente, por lo que eres. Hace años pudiste engañarme; ahora, no, porque conozco tus trucos. Miras con ojos a los que parece asomarse la verdad; juras con un acento de profunda sinceridad; aparentas terribles secretos que te impiden confesar la verdad, cuando la verdad es la más sencilla y la más sucia de todas las verdades.

—Si yo hablase...

—Y ¿quién te lo impide? ¡Habla de una vez! Confiesa todos esos secretos; no van a asustarme. Pero da una explicación, di de una vez por qué viniste aquí esta noche, qué hacías en mi camarote...

—¿Le sería igual que fuese yo quien se lo explicase?

Hammond se volvió sobresaltado al escuchar la voz que sonaba a su espalda. La puerta del camarote había vuelto a abrirse sin que se diese cuenta, abstraído en su discusión con la muchacha. En el umbral aparecía ahora un hombre de mediana estatura, pero

fornido, moreno, de ojos que relucían como brasas y rostro contraído en gesto de amargura y resolución al tiempo. Tenía una pistola en la mano y apuntaba con ella a Curtis.

—¿Usted? Y ¿quién es usted y qué le importa nada de esto?

Pero antes de que el desconocido pudiera contestar se le adelantó Luisa, exclamando con gesto de susto y zozobra:

—¡Andrés! ¿Quién te avisó que estaba aquí? ¿A qué has venido?

—Sería más lógico que fueras tú quien contestara a esas preguntas —repuso, irritado, el recién llegado—. ¿Qué haces a solas con ese hombre?...

—Todo tiene una explicación muy sencilla —contestó la muchacha—. Pero vámonos. Hablando a solas...

—No —negó, firme, el llamado Andrés—. Quiero que sea aquí. Necesito saber lo que hay entre tú y ese individuo.

—¡Bah! —Se encogió de hombros, despectivo, Curtis—. Hay lo que sabe de sobra. ¡Déjese de farsas, amiguito! Estoy al cabo de la calle.

En los ojos del recién llegado se pintó un estupor sin límites al oírle. Por un instante fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Luego, apartando de un empujón a Luisa, se encaró furioso con Hammond.

—¿Quiere explicarme de una vez sus palabras? ¿Qué pretende insinuar?

—¿Insinuar? ¡Afirmo! Que le ha fallado por completo la jugada, amiguito. Ni yo me dejo robar por nadie ni es fácil hacerme víctima de un chantaje. Explícaselo tú, Luisa. Parece empeñado en no comprender que estoy enterado de sus turbios manejos.

Si las palabras resultaban duras, aún era más insoportable para su interlocutor el tono de asco y desdén con que Hammond las pronunciaba. Perdida la paciencia, el recién llegado quiso lanzarse sobre Curtis, gruñendo:

—¡Canalla!

Luisa se cruzó en su camino, abrazándose a él, luchando para contenerle. Mientras lo hacía se volvió hacia Hammond, suplicando:

—¡No sigas, Curtis! No sabes lo que dices. Andrés es... mi marido.

—¿Tu marido? —rió, irónico, Hammond—. ¡Ah, sí! El que te mandó aquí para ver lo que podías sacarme. La verdad es que tanto

él como tú...

—¡Voy a matarte, miserable! —chilló, iracundo, Andrés.

Logró desprenderse de la muchacha con un esfuerzo y levantó la pistola. Pero Hammond no le dio tiempo a manejarla. No acababa de creer que todo aquello pasara de ser una comedia; pero recordando que había en el «Ocean» quién recibiría con agrado su muerte, no quiso esperar a ver si el supuesto marido de Luisa era capaz o no de disparar. Se exponía a recibir unos cuantos balazos, y resultaba un precio excesivo para su curiosidad.

Saltó hacia adelante en el instante preciso. De un violento manotazo obligó a su contrincante a soltar la pistola. Luego, mientras le lanzaba contra la puerta de un puñetazo en la cara, murmuró, despectivo:

—¡Imbécil! A mí es un poco difícil asustarme...

—¡Te mataré, canalla!

Ligeramente sorprendido, advirtió Curtis que su enemigo no se daba por vencido a las primeras de cambio. Le tenía encima cuando intentó agacharse para recoger el arma caída. Andrés pegaba con mucha mayor dureza de lo que hubiera podido esperarse en un hombre de su contextura. Parecía conocer, además, todos los recursos de la lucha japonesa.

Durante tres minutos, los dos hombres lucharon en silencio, con salvaje encarnizamiento. Luisa quiso intervenir para separarlos, sin conseguir otra cosa que ser apartada violentamente. Por un instante, Curtis, más corpulento que su adversario, llevó las de ganar. Andrés retrocedía bajo la lluvia de golpes precisos y contundentes que descargaba el americano. De pronto, Hammond sintió que su enemigo le cogía el dedo pulgar de la mano izquierda, retorciéndoselo con tal brutalidad que le obligó a soltar un ahogado gemido.

Cambió entonces el cariz de la pelea. A la torsión del dedo siguió un rodillazo en el estómago: a continuación, un golpe en el cuello, asestado con el borde de la mano, le hizo rodar medio atontado por el suelo. Antes de que pudiera reponerse estaba tumbado de espaldas. Colocado encima, el filipino apretaba con furia, tratando de estrangularle.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de Curtis por desasirse; le faltó aire en los pulmones y la sangre pareció agolpársele en la

cabeza, por una décima de segundo lo dio todo por perdido. Fue entonces cuando Luisa intervino, resuelta, en su defensa. Arrojándose sobre Andrés, clamó:

—¡Suéltale! ¡Suéltale! Si le matases...

—¡Apártate, estúpida!

Pero tuvo que soltar una de las manos aferradas al cuello de Hammond para rechazar a la muchacha. Curtis aprovechó aquella oportunidad, posiblemente la última que se le presentaba. Haciendo acoplo de energías, golpeó con los dos puños el rostro de Andrés; al mismo tiempo logró doblar la pierna izquierda, asestando un terrible rodillazo en la ingle del enemigo que tenía encima.

El efecto fue instantáneo. Soltando su presa, Andrés quedó de rodillas en el suelo, llevándose las manos al bajo vientre, con la boca abierta y el rostro contraído, en gesto de terrible sufrimiento. Un segundo más tarde, Curtis estaba en pie de un salto, empuñando su moderno «Colt».

—Se cambiaron los papeles, amiguito. Ahora...

—¿Qué? —preguntó, angustiada, Luisa.

—Si me descuido, me ahoga. Voy a pagarle como se merece, matándole como a un perro.

Le repugnaba tirar a sangre fría sobre un hombre que no podía defenderse. Andrés se incorporaba en aquel instante con un gran esfuerzo, pero bastaba mirarle a la cara para comprender que nada podía intentar momentáneamente para salvarse. Hammond estaba furioso por lo sucedido; doblemente furioso por haber estado a punto de ser vencido con tanta facilidad en presencia de Luisa. De haberlo sido, seguramente, de no ser por su intervención.

—Sí; un chantajista cobarde que utiliza a la mujer para ciertos menesteres no merece nada mejor que un balazo.

—¡Te engañas, Curtis! Andrés no tiene nada que ver en lo sucedido...

—No mientas. Ese tipo tiene que morir, y voy a ser yo...

Levantaba la pistola con ánimo resuelto. Todavía le dolían los golpes recibidos y parecía sentir en torno a su cuello la presión de aquellos dedos de acero. Estaba decidido a no pasar por una prueba semejante. Por lo menos, con el mismo contrincante. Tiraría sin vacilaciones. En definitiva, sería un acto de legítima defensa. ¿No había venido allí aquel individuo con propósito de asesinarle?

—¡No, no, Curtis! Si disparas, tendrás que matarme a mí...

De un salto se había colocado delante de Andrés, cubriéndole con su cuerpo. Medio inconsciente aún, sosteniéndose difícilmente en pie, el filipino parecía ajeno a cuánto sucedía en torno suyo.

—¡Apártate, Luisa! Ese miserable...

—No me apartaré. Antes de que llegues hasta él tendrías que pasar por encima de mí. ¿Serías capaz de matarnos a los dos?

Un segundo vaciló Hammond. Había querido a Luisa con todas sus ansias; la seguía queriendo, incluso en este momento. Acaso por ello sintió mayores deseos de apretar el gatillo. Le había hecho mucho daño antaño; la veía ahora hundir de mucho golpe todos sus viejos sueños. Pero ni aun así...

—No podría matarte, aunque lo merezcas, Luisa —murmuró, bajando la pistola. Luego, con voz ronca, afirmó—: Ya veo que le quieres.

—Es mi marido.

—Pero le quieres a pesar de todo lo que hace contigo, ¿no?

—No podía dejar que le matases. Si lo hubieras hecho, habría tenido que odiarte tanto como antaño te quise.

—¿Quererme tú? Ni ahora ni nunca fui ni signifiqué nada en tu vida.

—Te equivocas, Curtis —repuso la joven, con lágrimas en los ojos y tono de profunda sinceridad—. Acaso no puedas comprenderme, pero lo has sido todo para mí.

Hammond tuvo deseos de echarse a reír al escucharla. Cuatro años atrás, incluso el día antes, la hubiese creído sin la menor dificultad y habría sentido una íntima y profunda satisfacción al oírla expresarse en términos parecidos: pero hoy, después de todo lo ocurrido, era difícil que ni aquella mujer ni cualquiera otra pudiera engañarle ya. Iba a decir algo con aire de burlona incredulidad cuando se le anticipó Andrés.

Saliendo de su abstracción, el filipino lanzó un rugido de rabia. Luego, echando las manos al cuello de Luisa, preguntó, fuera de sí:

—Entonces, ¿fue ése, ése, el que...?

—Sí —repuso con entera serenidad la muchacha—. Es el único hombre a quién he querido. Pero ni entonces, ni ahora, ni nunca faltaré a mis deberes, y tú lo sabes.

—Merecías que te matase —gruñó sordamente Andrés—, y no sé

si apretar con fuerza para acabar de una vez.

Uniendo la acción a la palabra, con los ojos inyectados en sangre, había empezado a apretar. El rostro de Luisa reflejó una súbita angustia, pero no intentó defenderse. Fue Curtis quien intervino, amenazador:

—¡Quieto, o te levanto la tapa de los sesos! Suéltala, y déjate ya de comedias.

Tras una perceptible vacilación, obedeció Andrés. Dejó caer los brazos en gesto de completo hundimiento. Sordamente murmuró:

—¡Ojalá fuera todo una comedia!

—¡Y lo es! ¿Supones que voy a creer que Luisa me quiso jamás? Tendría que estar loco, sobre todo después de lo que ahora sé.

—¡Pronto! —exigió, nuevamente colérico, Andrés—. ¿Qué sabes ahora?

—¡Vámonos! —se interpuso de nuevo entre los dos hombres la mujer—. Yo te lo explicaré todo, pero fuera de aquí.

—Sí —chilló, irritado, Curtis—. ¡Largo de aquí los dos, antes de que me vuelva loco y empiece a balazos!

Tendía, amenazador, la mano armada con la pistola. Cogiendo del brazo al filipino, Luisa se esforzó por llevárselo hasta el pasillo. Andrés se dejó llevar. Desde fuera del camarote ya, amenazó:

—Hablaremos los dos, y pronto. Tendrá que lamentar todos los insultos cobardes contra mi mujer.

—¡Tu mujer! —rió, nervioso, Hammond—. Si lo fuera, merecerías cien veces la muerte. Y aun no siéndolo...

—¿Qué?

—Tendré que partirte el corazón. Aunque sólo sea por haber hundido en el fango a la mujer que un día quise por encima de todas las cosas del mundo...

III

«UNO DE LOS DOS SOBRA EN EL MUNDO»



Normales, el pequeño escándalo del camarote de Curtis Hammond —donde varias personas le vieron en compañía de la bella esposa de otro pasajero de primera— hubiera sido al día siguiente tema único de los comentarios entre viajeros y tripulantes del «Ocean». Pero aquéllas no eran circunstancias ordinarias, y además se produjeron en el transcurso de la misma noche otros dos sucesos de mayor gravedad y trascendencia.

El primero tuvo por escenario el departamento ocupado por Sun-Li-Yen alrededor de la una y media de la madrugada. Hacía ya dos horas que el comerciante chino se había retirado a descansar,

cuando la puerta del camarote se abrió lenta y suavemente, sin hacer el menor ruido, y dos hombres se precipitaron en el interior.

Mientras uno de los intrusos se dirigía hacia un baúl colocado al fondo, el otro —que empuñaba un largo cuchillo— se encaminó hacia la litera. Debía de estar acostumbrado a ver en la oscuridad, porque, hablando con su acompañante, murmuró en voz que era apenas un susurro:

—Duerme.

—Mejor. Líquidale pronto, sin alboroto.

La mano izquierda del intruso cayó con fuerza sobre la boca del individuo tendido en la litera, mientras la derecha descendía con rapidez vertiginosa y una hoja de acero buscaba el corazón de su víctima. Se oyó el ruido sordo del cuchillo al desgarrar las carnes, un ahogado gemido y una voz que decía en tono apagado:

—¡Listo!

En la puerta del camarote apareció entonces un tercer individuo, indudablemente de acuerdo con los dos primeros. No llegó, sin embargo, a penetrar en el interior. Porque en el mismo instante, por debajo de la litera donde un hombre acababa de ser asesinado asomó una mano armada con una «Browning» que comenzó a disparar en todas las direcciones.

Los disparos provocaron la alarma en aquella parte del barco. Cogidos por sorpresa, los asaltantes se batieron inmediatamente en retirada. El primero en huir fue el último en llegar, que, dando media vuelta rápida, corrió con dirección a la cubierta. Los otros dos pretendieron seguirle, pero sólo uno pudo conseguirlo. El coronel Granger, que dormía en el camarote inmediato al de Sun-Li-Yen, se asomó al sonar el primer tiro. Vio a los que huían, y les dio el alto.

La respuesta fue un balazo, que se clavó en la pared, a unos centímetros de su cabeza. Replicó en la misma forma. Uno de los individuos lanzó un alarido agónico y se derrumbó, con un balazo en mitad de la espalda. Sin molestarse en mirarle, Granger saltó por encima de él, precipitándose en seguimiento de los otros dos.

A diez o doce metros, el pasillo tenía un recodo, pasado el cual, se prolongaba hasta desembocar en el entrepuente. Cuando el coronel llegó al recodo, permaneció un instante desconcertado, sin dar crédito a sus ojos, porque el pasillo parecía totalmente desierto.

El primero de los forajidos había tenido tiempo, quizá, de llegar hasta el entrepuente; pero el otro, al que iba pisándole los talones, no era posible que hubiera corrido tanto.

—Por fuerza se ha metido en cualquiera de los camarotes.

Del entrepuente llegaba a la carrera Malcolm

O'Neal,

que estaba de guardia en aquel momento, seguido de dos marineros. El coronel esperó su llegada, dándose a conocer a voces para evitar un choque desagradable. Cuando el irlandés estuvo a su lado le contó en breves palabras lo ocurrido, añadiendo:

—Temo mucho que hayan asesinado a Sun-Li-Yen.

—Se equivocaron —dijo en aquel instante una voz a su espalda

—. Quería terminar conmigo, pero el muerto fue el pobre Chang.

Al volverse vieron al comerciante chino avanzar a lo largo del pasillo. Venía con una pistola en la mano y un gesto de profunda contrariedad en el semblante. Explicó:

—Dormía en unas mantas, debajo de la litera ocupada por Chang. Los asesinos le confundieron conmigo. Lo demás...

—Y ¿no sospecha quién podía tener interés en matarle?

—¡Oh! ¡Pueden ser tantos, que sería inútil señalar a éste o aquél!

—Pues uno de los fugitivos, si no los dos, deben de encontrarse en alguno de estos camarotes. Iba tras ellos, y míster

O'Neal

vino en dirección opuesta; no tuvieron tiempo de escapar.

Pero el registro de los camarotes no dio el menor resultado. Estaban ocupados por *mistress* Dewey, unos matrimonios ingleses por encima de toda sospecha; Martin Whitney, en compañía de su presunta esposa, Carole y

Tso-Ling.

Nadie había visto a los forajidos, y todos se expresaban en términos de dura condenación contra ellos.

—Tuvieron que ser comunistas chinos —afirmó, ceñudo,

Tso-Ling

—. Si pudiera cogerles...

—No sé si serán chinos o blancos —replicó el coronel Granger.

De lo que estoy seguro es de que no deben de andar muy lejos.

Acompañado de

O'Neal,

examinó los distintos apartamentos, especialmente los ocupados por Tso-Ling

y el matrimonio Whitney. Eran quienes le parecían menos de fiar; pero no hallaron nada de interés.

Tampoco el reconocimiento e identificación del individuo caído delante del camarote del coronel sirvió para aclarar el enigma. Más bien contribuyó a intensificarlo. Resultó ser un anamita que viajaba en tercera clase. ¿Cómo había conseguido llegar hasta allí, atravesando tres rastrillos donde permanecían día y noche de guardia otros tantos marineros?

—Procure averiguarlo,

O'Neal

—ordenó el capitán Hobbema, que salió a medio vestir de su camarote—. Vaya a la bodega donde viajan estos tipos e interroga a todos los que dormían a su lado. Acaso alguno pueda darnos la pista.

Malcolm se apresuró a cumplir la orden. Trabajó con afán y entusiasmo por espacio de dos horas interminables. El resultado no pudo ser más desolador. Nadie sabía cómo el muerto había podido salir de la bodega ni atravesar los rastrillos hasta llegar al pasillo de los camarotes de primera. Los marineros de centinela afirmaban con absoluta unanimidad:

—Por aquí no pasó.

—Creo que no lograremos averiguar nada —afirmó Malcolm, desesperanzado, en el camarote del capitán, donde también se hallaban presentes

Sun-Li

y Granger, al dar cuenta del resultado negativo de sus trabajos.

—Bien. Mañana habrá que reforzar la vigilancia en los rastrillos. También convendría registrar a los de segunda y tercera para quitarles las armas que puedan llevar. No me fío de ellos; entramos en aguas peligrosas, y todas las precauciones son pocas.

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando se produjo el segundo y dramático suceso de la noche. Terminadas sus horas de guardia, Malcolm abandonó el puente de mando para irse a tomar un bien ganado descanso. Pasaba a lo largo de la borda de estribor, con rumbo a su camarote, cuando le sorprendió ver a un individuo medio oculto en el quicio de la puerta que daba acceso a una parte

de los camarotes de primera.

Recordando lo ocurrido antes y recelando que pudiera tratarse de alguno de los facinerosos, se dirigió hacia él. El individuo no se movió de donde estaba, aunque, evidentemente, le había visto. La alarma de

O'Neal

se intensificó al advertir que se trataba de un chino, a juzgar por las ropas que llevaba. Echando mano a la pistola, gruñó:

—Oye, muchacho. Vas a salir de ahí y decirme...

No llegó a concluir la frase. El desconocido debía de aguardarle empuñando un arma de fuego. Resonó un disparo; Malcolm sintió un dolor agudo en la sien derecha, se le doblaron las piernas y perdió la noción de cuánto le rodeaba.

Al abrir de nuevo los ojos se halló tendido en la cama de su propio camarote. A su alrededor se hallaban el capitán Hobbema, Granger, Hammond y Joseph Peter, el médico del barco, un viejo amable, sonriente y bromista.

—Tuvo suerte, Malcolm. Medio centímetro a la izquierda, y no lo cuenta. Así, todo ha sido un simple rasguño.

Hobbema habló a continuación para informarle de lo sucedido. Hammond, que estaba desvelado, oyó con claridad el disparo. Acudió a la carrera, pero no pudo ver al agresor. Tan sólo halló a O'Neal

tendido en el suelo y con sangre en la cara.

—Sus explicaciones me han parecido un tanto confusas —añadió—. Por eso está aquí. No me gusta molestar a ningún pasajero, pero después de lo ocurrido esta noche...

—Déjale que se marche, capitán, y dele las gracias en mi nombre. Es casi seguro que me salvó la vida.

—¿No cree que tuviese nada que ver con el agresor?

—¿Por qué iba a tenerlo? Hammond y yo somos viejos amigos. El que disparó, en cambio, tiene motivos sobrados para odiarme.

—¿Le conoce, acaso? ¿Pudo verle la cara?

—Ni le vi la cara ni conozco su nombre. Pero podría jurar, sin temor a equivocarme, que es un chino al que hace veinte años invité a tomar unas copas de «*whisky*» en un tugurio de San Francisco. ¡Y que no parará hasta matarme!

Entre tripulantes y pasajeros de las distintas clases, iba en el

«Ocean» más de un centenar de chinos. ¿Cómo descubrir entre ellos al que esperó el paso de

O'Neal

para meterle en el cuerpo todos sus rencores, transformados en cuchillos de plomo? Aunque llevaba muchos años en los mares de Oriente, todavía le resultaba difícil distinguir un chino de otro. Al de la noche anterior no llegó a verle la cara; al que obligó a salir de California en contra de su voluntad y contra toda ley y derecho apenas le recordaba. Aparte, claro está, de que habría cambiado mucho en los cuatro lustros transcurridos desde entonces. Ahora lo mismo podía ser gordo que flaco, viajar como hombre adinerado, en un camarote de primera, que ser uno más entre los coolies miserables que regresaban a

Hong-Kong

luego de meses o años de trabajar como braceros en las Filipinas.

Hizo, sí, algunas averiguaciones que no dieron el menor fruto. Exactamente igual ocurrió con las dirigidas por el propio Hobbema tratando de encontrar a los que pretendieron asesinar a Sun-Li-Yen. Todo lo que se pudo hacer fue arrojar al mar los cadáveres del pobre Chang y del anamita que cayó bajo los certeros disparos de Howard Granger.

—Los dos primeros muertos —comentó Curtis, hablando con Malcolm durante la fúnebre ceremonia—. ¿Cuántos le seguirán antes de que lleguemos al final del viaje?

Por su parte, procuró vivir prevenido y alerta. Constantemente llevaba la pistola al alcance de la mano y estaba dispuesto a saltar sobre cualquier posible enemigo. En el bar se encontró de cara con Griffith, que charlaba amistosamente con Tso-Ling.

—Supongo que sería usted quien avisó al marido de la muchacha. Es una lástima que no le sirviera de mucho.

—Sí —comentó, displicente, Claude, sin molestarse en negar—. Parece que esos filipinos son menos celosos de lo que yo suponía. De cualquier forma, ¿por qué no acepta mi invitación? Podríamos salir ganando los dos.

—¿No teme que hable al interesado para denunciarle su intento? Es posible que resultase un poco comprometido después de lo de anoche.

—Perdería el tiempo, muchacho. A esa hora estaba jugando al póker en mi camarote con tres caballeros distinguidos. Pueden atestiguar que no me moví un solo momento. Usted, en cambio...

Curtis comprendió la gravedad de la insinuación. No podría probar con nadie que estaba en su litera en el momento de perpetrarse el asesinato del criado de Sun. Griffith, por el contrario, disponía de una coartada perfecta. Con esto y la amistad que le unía con el capitán tenía más que suficiente.

—Además, sus antecedentes no son muy halagüeños. Bastarían por sí solos para hacerle sospechoso si hablásemos los dos. Sin contar, naturalmente, que Hobbema recela algo. ¿No le parece que lo mejor es callarnos la boca?

A media tarde tuvo un nuevo encuentro. Paseando por cubierta, estuvo a punto de tropezar con Luisa, que salía en aquel instante del pasillo de los camarotes. Quiso hablarla, pidiéndole explicaciones por lo sucedido la noche anterior. La muchacha se negó:

—Aquí, no; podrían vernos, y sería peligroso.

—¿Dónde, entonces?

—Espérame en tu camarote. Procuraré ir después de cenar, cuando Andrés esté con sus amigos. Hablaremos, y te explicaré lo que todavía no comprendes. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Que no intentarás nada contra él. No podría perdonarte que le hicieras daño, y tendría que odiarte tanto como te quise un día.

Se alejó sin esperar la respuesta de Hammond. Curtis pensó mucho en lo que la muchacha tuviera que decirle, pero acabó por dar de lado el asunto. En definitiva, podía esperar, y tenía cosas más urgentes en que ocuparse.

—Estoy un poco extrañado —le decía una hora después Sun-Li-Yen—. Debíamos seguir en línea recta hacia el Norte para llegar pasado mañana a Kaohsiung, y nos hemos desviado considerablemente hacia el Oeste.

Pero un rato después, luego de hablar con el capitán del «Ocean», parecía totalmente tranquilizado. Se habían recibido noticias por radio de que un fuerte tifón azotaba las costas meridionales de Formosa, desplazándose lentamente hacia el Sur.

—Hobbema quiere apartarse de su recorrido. Veremos si lo consigue.

Al entrar en el comedor a la hora de la cena, Hammond coincidió con Andrés Blasco. Los dos hombres se miraron un instante con aire de reto. El filipino se llevó en movimiento instintivo, la mano derecha al bolsillo del pantalón, pero la retiró un segundo después sin sacar ningún arma. Ante el gesto de Curtis, se creyó en el caso de explicar:

—No merece la pena. Anoche estaba cegado por los celos y dije algunas tonterías. Hoy me siento un poco avergonzado de lo sucedido.

—Lo comprendo —comentó Hammond—. Sin embargo, anunció que me pediría algunas explicaciones. Si lo desea, puedo dárselas en el acto.

—No servirían más que para complicar las cosas. Es preferible que todo quede así.

—¿Podría saber qué le ha hecho cambiar de actitud?

—Es posible que no llegue a comprenderme, Hammond, porque usted y yo tenemos distinta mentalidad. De todas formas, le diré que hay cosas que sólo al pasar por nuestro pensamiento, sin llegar siquiera a los labios, ya resultan ofensivas para quien debe estar por encima de todas estas pequeñas miserias.

—¿Su mujer?

—Sí. Y le agradecería, en bien de todos, que no volviese a mencionar nada de lo ocurrido.

Curtis tuvo muchas cosas en la punta de la lengua, pero se contuvo a tiempo. ¿No había dicho Luisa que iría a verle a su camarote? Pues ella le explicaría todas las cosas que seguía sin comprender y que sería demasiado duro preguntarle al marido. O lo que fuese, porque cada vez estaba menos convencido de que Andrés y la mujer que un día amase estuvieran unidos por ningún vínculo matrimonial.

Cenó deprisa y se retiró a su camarote. Una vez allí, esperó con impaciencia, paseando nervioso de un lado para otro. Los minutos se le antojaron siglos, y transcurrieron no minutos, sino dos horas interminables. Al cabo, cuando ya comenzaba a desconfiar de que Luisa cumpliera su promesa, oyó pasos precipitados de mujer en el pasillo y una suave llamada en la puerta.

Abrió con rapidez, sintiendo que el corazón aceleraba el ritmo de sus latidos. Conforme esperaba, se encontró de cara con la

muchacha. La hizo pasar con rapidez, cerrando la puerta a su espalda. Por un instante, los dos se contemplaron en silencio, sin acertar a pronunciar palabra.

Luisa estaba nerviosa, agitada, respirando con precipitación; sus pupilas tenían un brillo extraño y sus mejillas estaban muy encarnadas. Vestía un traje sencillo. En su fuero íntimo, Curtis hubo de confesarse que el paso de los años no había dejado la menor huella en su fragante hermosura, que parecía más bonita que nunca y que, incluso y a pesar de todo, seguía enamorado de ella.

—Temía que no vinieras...

—Yo siempre cumplo mi palabra —repuso la joven en tono apagado, sin levantar los ojos del suelo.

—¿Siempre? —replicó Hammond, recordando de pronto todas sus viejas rencillas—. ¿También cuando me dejaste, luego de jurar que me querías?

—También —aseguró con firmeza Luisa—. Y acaso entonces cumpliera mi palabra con mayor dolor y sacrificio que nunca.

—¿Por qué no te quedaste a mi lado? —preguntó Curtis, impresionado, a pesar suyo, por la sinceridad y tristeza que reflejaban las palabras de la muchacha.

—No podía. Si te hubiese conocido seis meses antes, todo hubiera sido distinto. Cuando te vi ya resultaba demasiado tarde para que pudiéramos ser felices. Entre tú y yo se interponía la sombra de otro hombre.

—¿Al que querías?

—Eso creía, por lo menos. Estuve segura de quererle hasta que tropecé contigo. Después comencé a dudar. A Andrés le tenía afecto, simpatía, incluso cariño; pero no el amor encendido y arrebatado, la pasión capaz de llenar por sí sola toda una vida de mujer.

—¿La sentiste por mí, quizá?

—Sí —repuso la joven, tras un ligero titubeo, poniéndose más colorada aún—. Te quise desde el primer instante como nunca había querido a Andrés. Tuve la seguridad de que eras el gran amor de mi vida. Nada me importaba que entre tú y yo hubiera grandes diferencias, que fuéramos de raza distinta y no hablásemos un mismo idioma. A tu lado, sólo a tu lado, podía y debía ser feliz. Por desgracia, eras un imposible.

—¿Por qué, si yo te pedí que te casaras conmigo, si te quería

también y hubiera sido dichoso a tu lado?

—Porque había dado mi palabra a otro hombre. Aún no podía llamarme legalmente su esposa, pero ante Dios y mi propia conciencia, Andrés era mi marido ya y tenía todos los derechos sobre mí. ¿Lo comprendes?

Sí. Curtis comprendía. Sin embargo, ¿cómo había llegado a darle esperanzas?

—¿Todavía no lo has adivinado? Porque en aquella época tenía la casi certidumbre de que Andrés había muerto.

Habló sin necesidad de que Hammond la preguntase. Andrés Vélez —lo de Blasco era una simulación—, médico filipino con sangre española en las venas, soñaba con la independencia absoluta y total de las islas que le vieron nacer. Antes de la segunda guerra mundial, afiliado al nacionalismo extremo, ya luchó contra los americanos, y hubo de sufrir persecuciones y exilios.

—Cuando los japoneses desembarcaron en Luzón, prometieron a Filipinas su absoluta independencia. Andrés los creyó en un primer instante. Pero a los dos meses, viendo su manera de comportarse y actuar, emprendió contra ellos una lucha a muerte.

En las calles de Manila, primero; en las montañas y las selvas, después, combatió sin vacilaciones ni desmayos, en las más duras condiciones, a lo largo de tres años interminables. Fue entonces cuando surgieron los «huks», guerrilleros tagalos audaces y desesperados que procuraban vengarse de las tropelías niponas a fuerza de emboscadas, asaltos y sorpresas de patrullas aisladas o de batallones completos.

Aunque Andrés fue, quizá, el más resuelto y heroico de todos los guerrilleros, cuando la guerra terminó con la rendición japonesa, enemigos personales le acusaron de colaboracionismo. La acusación, fácil de destruir, no habría tenido importancia si para entonces no hubiera tenido ya varios choques con elementos militares americanos. El resultado fue que un mal día le detuvieron, encerrándole en prisión.

Se fugó de la cárcel y volvió a las montañas. En lucha con una patrulla americana, se le dio por muerto, y la noticia apareció en los diarios de Manila. Y fue en aquellos días precisamente cuando Luisa conoció a Hammond.

—Me creía libre, desligada de todo compromiso. Esperaba ser

plenamente feliz contigo, aunque antes de casarnos te hubiera confesado todo lo que había habido entre Andrés y yo. Una noche...

Se presentó en su casa uno de los mejores amigos de Vélez. Venía en su busca. Andrés se hallaba herido en un pueblecito de la montaña y la llamaba a su lado para casarse cuanto antes. Había estado a punto de morir en su lucha con los americanos; podía caer en cualquier otro instante.

—Quería legalizar, santificar sus relaciones conmigo. Además, me necesitaba y quería. No supe ni pude decirle que no.

Partió precipitadamente antes del amanecer. Con premura escribió unas breves líneas de despedida para Hammond. En ellas puso la gran verdad de su vida: que le quería y le seguiría queriendo, aunque posiblemente jamás volviese a verle. ¿Qué no la creería? En el fondo, lo deseaba. Sería triste que la olvidase, pero acaso más doloroso aún que sufriera recordándola a todas horas...

—Con la misma amarga desesperanza que yo he experimentado a lo largo de estos años.

—Es precisamente lo que ha sucedido —repuso con voz ronca Curtis—. He sufrido creyéndote indigna y despreciable. Anoche mismo, al sorprenderte en mi camarote... ¿Por qué no fuiste personalmente a contármelo todo? Habría sido mejor, porque yo hubiese comprendido tus razones.

—No me atreví. De haberte visto otra vez, de haber sentido el calor de tus besos, no habría tenido fuerzas para separarme de ti. Y el deber me exigía dejarte.

Callaron los dos. Ambos comprendían ya que las palabras eran innecesarias. Con el gesto, con la mirada, con cada uno de los latidos de sus corazones se decían más que pudieran expresar las frases más elocuentes. Por vez primera acaso, cada uno comprendía la intensidad del cariño del otro. Permanecieron un rato en silencio. Curtis lo rompió para preguntar:

—Escapáis de Filipinas, ¿no?

—Sí. Los «huks» han degenerado en una partida de forajidos, y Andrés se negó a seguir con ellos. Llevábamos tres meses escondidos en Manila. Pero el cerco se estrechaba cada vez más. Sólo quedaba una solución: huir.

—¿Dónde?

—No lo sé exactamente. Por el momento, a Macao. Andrés pasó

allí una temporada antes de la guerra: tiene algunos amigos que nos ayudarán. Después...

El porvenir le inquietaba menos que el presente. Aunque hubiesen dejado muy atrás las costas de Luzón, no podían considerarse a salvo. Las autoridades militares americanas tenían tanto interés como las filipinas en atrapar a Andrés; los «huks», con los que se le había identificado, estaban considerados como simpatizantes de los «commies», recibiendo ayuda en armas, propaganda y dinero de la China continental.

—La escala en Kuohsiang es peligrosa para nosotros. Si la Policía de Chang-Kai-Chek sospecha su verdadera personalidad, le sacarán del barco. Y acaso no se molesten siquiera en llevarle de nuevo a Manila.

De pronto, una sospecha cruzó por el cerebro de Luisa. Recordó que Hammond, en la época que le conoció, pertenecía al Servicio de Información del Ejército. ¿Seguiría perteneciendo? Entonces debería considerarle como enemigo mortal de su marido. En cualquier caso, era un americano con residencia en Filipinas, para quien todos los que tenían el más ligero contacto con los «huks» no pasaban de ser peligrosos bandoleros.

—Descuida —afirmó Hammond, tranquilizándola—. Es posible que hayas oído cosas desagradables de mí; que te hayan dicho que caí muy bajo. Pero nunca tanto como para convertirme en un delator, traicionando la confianza de una mujer que se fió de mí.

Bien. Luisa le creía. Estaba segura de que, cualquiera que fuese la actual posición de Hammond, no la vendería. Pero todavía flotaba en el ánimo de Curtis una duda. ¿Por qué pretendió hacerle víctima la noche anterior de un vergonzoso chantaje?

—¿Buscabas dinero y te mandó Andrés?

—No; ni necesitaba un centavo ni él hubiera consentido, de saberlo, que diera ese paso.

—¿Entonces...?

—Alguien me amenazó con denunciarle al llegar a Kuohsiang. Para salvarle, yo tenía que prestarme a su juego. No tuve más remedio. Pero si hubiera sabido que la víctima eras tú...

—Claude Griffith, ¿no?

—No me preguntes. Si intentases algo, agravarías la situación de Andrés. El que sea, está furioso. Si no logro aplacarle entre hoy y

mañana, me temo lo peor.

—Lo peor puede ocurrirle a él mucho antes de que avistemos las costas de Formosa —afirmó secamente Curtis.

Se habían dicho cuánto necesitaban decirse. ¿Podían añadir algo más? Quizá sí, pero ninguno se sentía con la audacia precisa para traducir el pensamiento en palabras. Ambos permanecieron en silencio. Nunca sabrían con exactitud si aquello duró unos segundos o media hora, porque hay momentos en que el tiempo carece de todo valor.

Al fin, la muchacha avanzó hacia la puerta. En gesto de despedida, tendió las dos manos a Curtis, que se las estrechó con fuerza. En tono apagado, esforzándose por dominar la emoción, por contener las lágrimas que asomaban a sus ejes, Luisa habló:

—No debemos volvernos a ver, Curtis. Éste tiene que ser nuestro adiós definitivo. Quiero que seas muy feliz, pero también que al pensar en mi tengas la seguridad de que te amé de verdad y por entero.

—Adiós, Luisa. Adiós, aunque mientras aliente vivirás en mi corazón. No sé si eres buena o mala, si me quisiste o te burlaste de mí. Sólo sé y me importa que eres la única mujer que he amado yo.

Permanecieron inmóviles y silenciosos en el centro del camarote, con las manos enlazadas, mirándose a los ojos, hundidos en sus pensamientos. Era como si vivieran en un mundo soñado y mejor, al margen y por encima de todas las miserias terrenas. Por un instante perdieron la noción de dónde se hallaban y de los peligros que podían amenazarles.

—¡Así quería cogeros, miserables! El uno en los brazos del otro. Sólo merecéis que os aplaste la cabeza como serpientes venenosas...

La voz dura, hiriente, amenazadora, en la que vibraba una tristeza desesperada, les hizo tornar a la realidad. Al volver la cabeza vieron que en el camarote, parado a dos pasos de distancia, aparecía Andrés Vélez. Tenía ojos de loco, tembloroso, desencajado, con los ojos inyectados en sangre y una intensa palidez en el semblante. Empuñaba una pistola y parecía ansioso de apretar el gatillo.

—¡No tires, Andrés! —clamó, desesperada la muchacha—. No es verdad lo que supones. Yo te juro que...

—No jures nada; no había de creerte. Ayer me juraste cuanto se

puede jurar, y acabo de ver que mentías. ¿Qué es, que ha sido ese hombre para ti? ¿Tu amigo? ¿Tu...?

—¡Eso, no, Andrés! Entre Curtis y yo no ha habido nada indigno ni denigrante. Debías conocerme y saber...

—¡Bah! Todas las mujeres sois iguales. Responde tú, Hammond, antes de que se me agote la paciencia y empiece a tiros. ¿Qué hubo entre mi mujer y tú?

Hammond vaciló un instante. Incapaz de doblegarse ante ninguna amenaza, estuvo a punto de replicar con violencia insultante. Le contuvo el gesto angustiado y dolorido de Luisa. Resuelto y altivo, dijo toda la verdad:

—Nada que nos obligue a bajar la cabeza avergonzados en tú presencia; mucho, porque ella me ha querido, y yo la quise y la quiero cómo sólo se puede querer una vez en la vida.

—¿Y no es para avergonzaros? ¿Ignoras, acaso, que es mi esposa?

—Lo sé ahora, no cuando la conocí y me enamoré de ella. Tampoco Luisa es culpable. Al huir de Manila la dejaste creer en tu muerte. Entonces se consideró libre de todo compromiso. ¿Culpable? Si alguno hay, no puede ser otro que tú mismo.

Las palabras de Curtis hicieron en su interlocutor el efecto de un latigazo. Comprendía en su fuero íntimo que tenía razón, que de nada podía acusar a quienes un momento antes consideraba como embusteros y traidores. La entereza de Hammond y, sobre todo, la mirada que Luisa le dirigió al terminar de hablar le causaron un profundo dolor. Dominando el deseo de disparar, volvió ligeramente la cabeza para preguntar a su mujer:

—¿Es cierto que tú le quisiste también?

—¡Qué importa eso ya! Cuando supe que vivías le abandoné para correr a tu lado. Lo demás...

Vélez adivinó lo que había en el fondo de las palabras de Luisa, y sintió centuplicada su amargura. Sin embargo, aún quería saber más, y tornó a preguntar:

—¿Le sigues queriendo aún?

—Hay cosas que un marido no debe preguntar a su esposa —repuso, angustiada, la muchacha—. Soy tu mujer, y jamás haré nada que pueda avergonzarte. ¿No te basta con eso?

Andrés quedó en silencio, meditando, sin duda, el alcance de las

frases de Luisa. Sin gran esfuerzo se dio cuenta de su significado. Cuando habló de nuevo se había acentuado la tristeza de su voz:

—Comprendo. Le quieres y te quiere: pero yo te quiero también. Es un grave problema que requiere solución inmediata. Uno de los dos sobra. Tenemos que decidir quién sale vivo de este camarote.

—No es difícil adivinarlo —repuso, con una sonrisa, Curtis—. Tienes una pistola en la mano, mientras que yo...

—La tienes en la sobaquera. Yo la colocaré en el mismo sitio. Luego, los dos tiraremos a un tiempo, y el que sea más rápido y certero ganará.

—¿Me propones un duelo, cuando tan fácil te sería matarme?

—Sí. Mis enemigos podrán cubrirme de insultos, pero no soy un asesino. Jamás maté a nadie sin darle posibilidades de defensa. Ni siquiera a ti.

Curtis parecía dispuesto a aceptar complacido. Luisa, en cambio, horrorizada ante el desafío, trató de oponerse con toda clase de razonamientos. Su marido la interrumpió:

—¡Basta! Uno de los dos sobra en el mundo, después de lo que hemos hablado.

—Y al que viva tendré yo que odiarle con todas mis fuerzas —repuso, desesperada, la muchacha.

Cogiéndola de un brazo, Andrés la apartó hasta hacerla caer en uno de los sillones. Sordamente afirmó:

—Aun así, el duelo es la única solución. Prepárate, Hammond. Tiro bien, y lo haré a matar.

Curtis vacilaba ahora. Las últimas palabras de Luisa le habían causado una profunda impresión. Si su abandono de antaño estuvo a punto de hundirle, ¿qué ocurriría ahora si tenía que sentir de cerca su odio y su desprecio? Y ¿podía esperar otra cosa si mataba a su marido? Resolvió:

—No dispararé...

—¿Miedo? Te creía más hombre. Tenías antaño cierta fama de valiente. O era exagerada, o los años te han convertido en un cobarde.

Aquello era más de lo que Curtis estaba dispuesto a soportar. Sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Colérico, replicó:

—¡Tú lo quieres, amigo! Voy a demostrarte que me sobra entereza y valor.

—Perfectamente. Me situaré al otro extremo del camarote. Pondré la pistola en la sobaquera. Al contar tres, «sacaremos» los dos. ¿Entendido?

Hammond asintió con una leve inclinación de cabeza. De soslayo miró a Luisa, que sollozaba, desolada, retorciéndose las manos, incapaz de articular una sola palabra. Tomó una rápida resolución.

—¿Listo, Hammond?

—Sí.

—Empiezo a contar. Uno... Dos... ¡Tres...!

Todo sucedió entonces con la rapidez del relámpago. Andrés apenas empleó una décima de segundo en empuñar la pistola, pero ya resultó demasiado tarde. Veloz como un rayo, Curtis se le anticipó. Sonó un disparo, y su adversario sintió que el arma se le escapaba de entre los dedos. Dispuesto a cargar con las consecuencias de la derrota, Vélez se irguió altivo, esperando un nuevo balazo que pusiera fin a sus dolores. Como Hammond tardase, le apremió:

—¡Tira, y mátame de una vez!

—No. Sólo quería darte una lección. Con eso tengo más que suficiente.

Luisa lanzó un grito de alegría al oírle; su marido, otro de rabia. Quiso decir algo, pero en aquel momento se oyeron pasos precipitados de gente que se acercaba por el pasillo. Curtis advirtió a los otros dos:

—¡Cuidado! Hay que disimular. Dejadme hablar a mí. A ninguno nos conviene que trascienda lo sucedido.

Abriendo de par en par la puerta del camarote, hizo frente a los curiosos que acudían alarmados por el disparo. Eran siete u ocho, personas, a cuyo frente venía el tercer oficial del «Ocean».

—Tranquilícense, caballeros. No ha ocurrido absolutamente nada, como pueden ver. Este amigo y yo estábamos examinando una pistola, y se escapó un disparo, que no hirió a nadie, afortunadamente. Eso ha sido todo.

No sin cierta incredulidad, los curiosos aceptaron sus explicaciones. Acabaron marchándose al cabo. Volviéndose hacia el matrimonio, Hammond indicó:

—Podéis iros también. Ya nada tenemos que hablar.

—¡Mátame! —exigió, dolorido, Vélez—. Prefiero la muerte a la generosidad de perdonarme.

—Tú, sí; pero yo, no. Si te matase, Luisa me odiaría.

—Era precisamente lo que iba buscando —reconoció con absoluta sinceridad Andrés.

Vencido por la actitud de su rival, fue hasta su mujer, y cogiéndola del brazo se encaminó hacia la puerta. Desde el pasillo ya, Luisa se volvió un segundo:

—¡Gracias, Curtis! Acabo de ver que eres todo un hombre...



EDITORIAL ROLLAN

brinda a sus lectores asiduos el GRANDIOSO
EXTRAORDINARIO número 100 de la Co-
lección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por **A L F M A N Z**

IV

MOTÍN BAJO EL TIFÓN



A noche fue larga, pesada, interminable para Curtis Hammond, que apenas logró conciliar el sueño un solo segundo. Estuvo un rato paseando por la cubierta. El mar estaba en perfecta calma y no soplaba la más pequeña brisa. Era la tranquilidad engañosa que precede a los grandes tifones. La atmósfera parecía cargada de electricidad y el calor era sofocante. En el camarote, los ventiladores removían el aire, sin conseguir refrescarlo.

Por la mañana se levantó cansado. Durante las horas de insomnio había estado reviviendo una y otra vez las dramáticas escenas en que le tocó representar un papel preponderante. Estaba

seguro ahora de que Luisa le quería; más aún: de que era digna de todo el cariño que un día sintió por ella, y que había resurgido centuplicado tras su charla de la noche anterior.

Cerca ya del mediodía, Malcolm

O'Neal,

hablando con él en un terreno confidencial, le puso en antecedentes de algo que se tramaba. A oídos del coronel Granger había llegado la noticia de la verdadera personalidad del supuesto Andrés Blasco.

—Supongo que le hará detener tan pronto como atraquemos en Kuodhsiang.

¿Cómo se había enterado el coronel?

O'Neal

lo ignoraba. Sólo cabían suposiciones. Unas horas antes, Granger había sido visto hablando sucesivamente con Sun-Li-Yen, Claude Griffith,

Tso-Ling

y Martin Whitney. Posiblemente, uno de aquéllos había reconocido al fugitivo.

—Creo que tiene razón, Malcolm. Y que ya sé quién dio la confidencia al coronel.

Resuelto, marchó en busca de Griffith. No estaba en su camarote ni pudo hallarle en cubierta. Al final, le halló en el bar, tomando unos «martinis» helados, en compañía del capitán del «Ocean» y tres o cuatro amigos.

—Quisiera hablarle, Claude; pero necesito hacerlo a solas. ¿Qué tal un paseo por la cubierta?

Griffith vio la expresión de Curtis y tuvo miedo. Se negó en redondo a acompañarle.

—Nada tengo que hablar a solas con usted. Puede hacerlo aquí, delante de todo el mundo.

—«Okay», Claude. En realidad, acabaré muy pronto: ¡eres un miserable!

—Eso...

—Es la verdad. Sólo un miserable procedería como tú lo has hecho. Y ahora defiéndete, porque estoy dispuesto a matarte de todas las maneras.

Echó mano a la pistola, y Griffith, al que no interesaba un duelo con quién tiraba cien veces mejor que él, dio un salto, para

escondese detrás de Hobbema. Secundado por varios de los presentes, el capitán del «Ocean» logró sujetar a Curtis.

—Guárdese de una vez la pistola, Hammond, y no vuelva a sacarla en mi barco si no quiere tener un disgusto. Pase por esta vez, pero la próxima tendré que encerrarle con centinelas de vista y entregarle a las autoridades del primer puerto en que toquemos.

Curtis obedeció, convencido de que la resistencia no serviría de nada práctico. Sin embargo, antes de salir del bar, hizo una última advertencia a Griffith:

—Deje en paz a la muchacha y procure no volver a cruzarse en mi camino. Podría resultar muy peligroso.

—Acaso lo sea más para usted —repuso Claude, recobrado ya el dominio de sus nervios— si el marido se entera.

Hammond comprendió que continuar la discusión era completamente inútil. Pensó un rato acerca de lo que convenía hacer y pronto vio que lo más práctico sería poner sobre aviso al interesado. Por un instante estuvo tentado de ir a su camarote y entrar. Se contuvo; verle en presencia de Luisa podría dar lugar a una pelea como la de la noche anterior, pero con peores consecuencias aún.

Optó por quedarse paseando por cubierta, en las inmediaciones del camarote ocupado por el matrimonio filipino. Su espera se prolongó durante una hora, pero al cabo se vio recompensada. Andrés salió y, sin mirar a un lado o a otro, echó a andar con paso rápido. Fue tras él hasta uno de los salones del «Ocean».

Se detuvo, sorprendido en la puerta, viendo que el filipino charlaba animadamente con Griffith, Whitney, Tso-Ling

y otro individuo al que sólo conocía de vista, pero que era, indudablemente, uno de los guardaespaldas de Claude. No era posible abordarle entonces y allí. Equivalía a provocar una nueva discusión con Griffith. No estaba seguro de poderse contener y de que su violencia no sirviera para que el capitán Hobbema cumpliera su amenaza de encerrarlo.

Volvió a la cubierta, a las proximidades del camarote de Luisa y su marido, esperanzado en que éste no tardaría en volver. Lo hizo, en efecto, y sólo por fortuna, al cabo de media hora. Al ver a Curtis cerca de donde se hallaba su mujer, los celos mordieron de nuevo

en el pecho de Andrés. Encarándose con el americano, le abordó, en tono desabrido:

—¿Qué hace por aquí? ¿Tratando de ver a Luisa durante mi ausencia?

—Debía conocerme mejor después de lo que hablamos ayer —repuso, con serenidad, Curtis—. He venido a hacerle un favor.

—¿A mí? Puede ahorrarse el trabajo. No quiero tener que agradecerle nada.

—«Okay», amigo. Pero ¿no pensará de distinta manera si le digo que alguien denunció su verdadera personalidad y que acaso le detengan tan pronto como atraquemos en Kuohsiang?

Los ojos de Andrés se inyectaron de sangre; palideció intensamente y apretó con furia los puños. Por un instante, Hammond temió que se le lanzase al cuello y recordó, estremeciéndose, aquel minuto de su primera entrevista en que creyó llegada su última hora. Por fortuna, el filipino logró contenerse. Con gesto de asco y desprecio preguntó:

—Y ese alguien fue usted, ¿no?

—¿Cree que vendría a avisarle si lo hubiera hecho? ¿Por qué iba a tener interés, además, en que la Policía le atrapase?

—Por varias razones, que conoce mejor que yo —repuso Vélez—. En primer término, es usted americano; ha sido, y creo que continúa siendo, agente del Servicio de Información...

—¿Usted cree? —inquirió, con una sonrisa burlona, Curtis—. ¿No le ha hablado de mí su «amigo» Griffith?

—Sí. Me ha dicho lo que todo el mundo parece saber en Manila: que fue expulsado de las fuerzas armadas por su conducta, que se dedica a negocios poco limpios, para lo cual realiza frecuentes viajes.

—¿Entonces...?

—A Griffith y a otros como él es fácil engañarles; yo soy un poco más desconfiado. Todos esos negocios sucios (contrabando, espionaje y cosas por el estilo) son una simple máscara. Le sirven para ganarse la confianza de ciertas gentes y laborar con mayor eficacia.

—Tiene usted una magnífica imaginación, amigo. ¡Qué lástima que no sea verdad! Por lo menos, no tendría tantos tropiezos con la Policía.

Andrés le contempló ligeramente desconcertado. O Hammond era un redomado embustero, que se creía sus propias mentiras, o estaba diciendo la verdad.

—Admitámoslo, aunque no le crea. De cualquier forma, siempre tendría un motivo para denunciarme: Luisa. Una vez que se haya desembarazado de mí, supone que podrá conseguirla con toda facilidad, ¿no?

—¿No hubiera sido más fácil tirar anoche a matar cuando pude matarle en legítima defensa?

—Desde luego. Pero de matarme anoche, Luisa le hubiese odiado tanto, que no tendría la menor esperanza de llegar hasta ella. En cambio, si me detienen en Kuohsiang y desaparezco del mundo de los vivos, sin la menor intervención suya en apariencia, la cosa varía por completo.

Hammond protestó en tono indignado. No negaba que había querido a la muchacha, que la seguía queriendo incluso. Pero jamás emplearía procedimientos tan indignos para conseguir su cariño.

—Haría mejor desconfiando de Griffith. Y, desde luego, preparándose para lo peor cuando lleguemos a Formosa.

—Procuraré recordarlo —repuso, fríamente, Andrés—, si llegamos.

—¿Si llegamos? —inquirió, sorprendido, Curtis—. ¿Qué pretende insinuar?

—Nada que a usted le interese. Adiós. Celebraré no volverle a ver. Y más aún, que no vuelva a molestar a mi esposa.

Se marchó sin esperar respuesta. Hammond anduvo un rato por cubierta pensando, más que en lo que personalmente le afectaba, en la última y extraordinaria posibilidad, insinuada en las palabras de Vélez: que no llegasen a Kuohsiang.

Podía tratarse de alguna oscura maniobra, cuya existencia se le había escapado en el curso de la charla o, simplemente, del temor a un fuerte tifón que les amenazaba. Todo el mundo sabía ya que el «Ocean» había desviado su ruta, tratando de eludir pasar por el centro mismo de la tormenta. También que la llegada a Formosa, señalada en principio para la mañana siguiente, sufriría un aplazamiento de veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

—Y lo peor es que no servirá de nada el retraso —afirmó Andy, el radiotelegrafista, hablando con Curtis—. De todas formas, el tifón

no tardará en cogernos de lleno.

A media tarde no quedaba duda posible de que les aguardaban horas de verdadera prueba. Las primeras ráfagas de viento encrespaban las olas, mientras nubes de un color violáceo corrían por el cielo cubriendo el horizonte. Era el tifón que habían estado rehuyendo durante dos días y que ahora se aprestaba a desatar todas sus iras contra los fugitivos.

—Parece muy preocupado,
O'Neal.

¿Acaso le teme a los tifones, con sus años y su experiencia?

—A los tifones hay que temerles siempre, Hammond. Pero no es la furia de la Naturaleza lo que me preocupa, sino la de los hombres.

—¿Sigue pensando en su viejo amigo de San Francisco? —
inquirió, con cierta ligera ironía, Curtis.

—Sigo pensando en muchas cosas. No me gusta la atmósfera que nos rodea en este viaje. Tengo la corazonada de que no terminará bien.

Jan Hobbema había aleccionado a los tripulantes para capear de la mejor manera posible el furioso temporal que se avecinaba. En el aspecto mariner, sus órdenes e indicaciones resultaban perfectas. Había soportado muchos tifones en sus muchos lustros de navegación por el mar de la China y sabía cómo bandearse en aquellas aguas peligrosas y turbulentas.

—En cambio, no hace nada por aplastar un posible motín. Y es precisamente lo que estoy temiendo. Quince o veinte hombres resueltos y bien armados pueden hacerse dueños del buque al amparo de la tempestad.

Había, en opinión de Malcolm, una manera fácil de impedirlo. Bastaba con redoblar la vigilancia en los rastrillos, armando a los vigilantes con fusiles ametralladores. También podía armarse a los viajeros de primera.

Fue a ver a Granger, aunque no guardaba muy buenos recuerdos de su anterior entrevista, y le habló con claridad meridiana. Necesitaba su concurso para convencer a Hobbema; Curtis, aisladamente, le haría mucho menos caso que a

O'Neal;

al coronel, en cambio...

—Bastaría sacar un par de ametralladoras del polvorín y emplazarlas convenientemente.

—Y ¿a quién piensa usted combatir con ellas, coronel? —inquirió, en tono burlón, el capitán—. ¿A las olas o al viento?

—A quienes puedan aprovecharse de la tempestad para intentar apoderarse del barco; según parece, hay aquí gentes que...

—¡Basta, Granger! —le interrumpió, violento, Hobbema—. Usted será coronel en tierra y podrá dar órdenes. Pero a bordo del «Ocean» soy yo el amo y no admito lecciones de nadie.

—Es que los chinos de la bodega.

—¡Deje de ver fantasmas! Esos cerdos no se atreverán a moverse. Y si alguno diera un solo grito, me basto yo sólo para tirarle por encima de la borda.

A la hora de la cena el tifón mostró, de pronto, toda su violencia. El comedor estaba casi lleno. Aunque hondamente preocupados por la tormenta que tenían encima, todos se esforzaban por disimular su nerviosismo. Los hombres se habían puesto sus «dinner-jackets»; las damas lucían trajes vaporosos y descolados. Mientras comían hablaban a un tiempo, dando voces innecesarias, como si con ellas quisieran ahogar el aullido del viento.

De pronto se escuchó un crujido siniestro, como si el maderamen del viejo barco estuviera a punto de ceder frente a la violencia desatada del mar. Las mesas, clavadas al suelo, permanecieron inmóviles, pero las sillas oscilaron con violencia y varios comensales rodaron por tierra. Luego, el barco subió y subió casi vertical, cual si una mano gigantesca tirase de él hacía lo alto; un segundo después caía en un abismo de hirviente espuma.

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

La puerta que daba a la cubierta de babor se abrió de repente y penetró una ola, acompañada del frenético silbar del viento enfurecido. Cuatro o cinco hombres se precipitaron hacia la puerta, cerrándola no sin gran esfuerzo.

O'Neal,

que se encontraba presente, procuró tranquilizar a los pasajeros:

—¡Calma! ¡Calma! No pasa nada; absolutamente nada.

Varias mujeres, con las ropas empapadas y un gesto de terror en las pupilas, lloraban apretujadas en un rincón del comedor. Varios

caballeros se esforzaban en tranquilizarlas, aunque tampoco su aspecto tenía nada de alentador. Unas y otros temían que, en cualquier instante, el buque saltase hecho pedazos y les tragasen las profundidades marinas.

—El comedor es el sitio más seguro —decía Malcolm, hablando al coronel Granger—. Sobre todo para las mujeres.

Tenían que hablar a gritos para que los rugidos del viento y el golpear de las olas sobre la cubierta y el casco del buque no apagasen sus palabras.

—¿Y los camarotes?

—Ofrecen mayor peligro. Cualquier golpetazo puede abrir las puertas; también penetrará el agua por los ventanillos.

El barco oscilaba como un cascarón de nuez. Tan pronto se inclinaba de un lado como de otro. Se oía crujir de maderas, gritos que nadie sabía de dónde surgían, toneladas de agua cayendo de golpe sobre el navío y amenazando hacerle zozobrar bajo su peso.

—No están aquí todos los pasajeros de primera —dijo Curtis, tras pasar rápida revista a los precintes, voceando al oído de O'Neal

—. ¡Y falta alguna mujer!

La mirada del primer oficial fue con cuidadosa rapidez, de uno a otro de los pasajeros que se hallaban en el comedor. Advirtió varias ausencias, la mayoría de las cuales le parecieron muy significativas. Sun-Li-Yen, Griffith, Tso-Ling,

Andrés Blasco y su esposa se habían quedado en sus camarotes. ¿Les asustó el tifón inminente o eran otros los motivos que les indujeron a no reunirse con los demás viajeros de primera?

—Habrà que traerlos aquí. Si les ocurre alguna desgracia, la responsabilidad sería nuestra.

—«Okay», Malcolm. Yo iré con usted a avisarles.

Pero cuando se disponían a salir se abrió la puerta que daba a la cubierta de proa para dar paso a Hobbema, que llegaba acompañado de dos marineros, que traían a rastras un pesado fardo.

Tras cerrar la puerta a su espalda, el capitán impuso silencio a los pasajeros y les habló, en tono sereno y enérgico:

—No deben alarmarse por lo que sucede. Lo peor del tifón es el primer golpe, y éste ha pasado ya. No ocurrirá nada. Al amanecer,

el mar estará de nuevo en calma y seguiremos tranquilamente nuestro viaje.

Hizo una breve pausa, obligado por un violento bandazo del buque, que le hizo dar unos cuantos traspiés. Luego volvió a hablar:

—Aunque viejo, el «Ocean» está acostumbrado a correr temporales y responde mejor que cualquier moderno trasatlántico. De todas formas, conviene que todos permanezcan aquí, que nadie se aventure por las cubiertas y que no se dejen ganar por el pánico.

A un gesto suyo, los marineros abrieron el fardo que habían traído a rastras. Contenía buen número de chalecos salvavidas. Sonriente, Hobbema explicó:

—Pónganselos. No significa que corramos peligro, pero es una medida obligada de precaución. Si cualquiera fuese arrastrado por una ola, tendría la seguridad de flotar hasta que pudiéramos echarle un cable.

Algunos sonrieron, irónicos, al escucharle. En plena tormenta, cuando el barco era arrastrado sin rumbo fijo por la violencia desatada de los elementos, el que se cayese al agua no podía tener esperanza alguna de salvación.

Malcolm

O'Neal

se acercó al capitán para hablarle de los pasajeros que seguían en sus camarotes y de sus propósitos de traerles al comedor. Hobbema dio su asentimiento.

—Tráigalos, pero ándese con cuidado, no sea que cualquier ola se los lleve a ellos y a usted.

El oficial se embutió en un amplio impermeable, dio otro igual a Curtis y le aconsejó:

—Vaya junto a mí, Hammond. Y agárrese con fuerza donde pueda cuando vea venir una ola o le dé una voz.

El coronel Howard Granger mantenía la calma en aquellos instantes dramáticos. No era marino, pero hizo la guerra en el Pacífico y le tocó soportar no pocos tifones para asustarse por uno más. Había algo que le inquietaba más que los elementos embravecidos: el peligro de motín de que oyó hablar unas horas antes.

—¿Se ha preocupado de cerrar bien los rastrillos, capitán? ¿Ha doblado usted la vigilancia en ellos?

—¡Métase en lo que le importe, coronel! —vociferó, iracundo, Hobbema—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. En el «Ocean» mando yo y se hace lo que quiero. ¿Entendido?

—Perfectamente —repuso, amoscado, Granger—. Pero si algo ocurre...

—No sería usted, sino yo, quien tendría que dar cuentas. ¡Pero no a usted, naturalmente! Si no está conforme...

Malcolm

O'Neal

y Curtis Hammond estaban ya en la cubierta. Caminaban despacio, agarrándose a las paredes, contemplando impresionados el dantesco espectáculo que se ofrecía a sus ojos. El cielo estaba negro como la boca de un lobo; el viento soplaba a una velocidad de varios cientos de millas; las olas parecían verdaderas montañas en incesante y amenazador movimiento.

Era como si las manos de un gigante implacable y colérico estuviesen rebañando el fondo del mar y lanzando el agua contra las nubes. El barco tan pronto parecía subir en busca de las estrellas ocultas, navegando sobre el inestable espinazo de una ola embravecida, como se precipitaba en simas de rugiente espuma.

El ruido era ensordecedor. Constantemente una ola seguía a otra, pasando sobre la cubierta y barriendo cuanto encontraba a su paso. Los dos hombres se asían con furia desesperada a la borda, a cualquier parte, tirándose en ocasiones al suelo para ofrecer menos blanco a los golpetazos del agua. Al fin, no sin vencer grandes dificultades, se encontraron en el pasillo de los camarotes de primera.

Tso-Ling y Claude Griffith ocupaban dos departamentos contiguos. Fueron los primeros que visitaron. Llamaron con fuerza, sin obtener respuesta. Insistieron con mayor violencia aún, en forma que tuvieran que oírles, pese al estruendo del temporal.

—Es raro que no contesten. ¡Hay que abrir para ver lo que sucede!

Tomando impulso, Curtis lanzó de golpe sus ochenta y tantos kilos sobre una de las puertas. Al tercer empujón, la cerradura saltó y Hammond cayó rodando por el interior del camarote. Era el de Claude Griffith y estaba vacío.

—¿Se lo habrá llevado una ola?

—¡Hum! —Gruñó, receloso,
O'Neal

—. Acaso fuera lo mejor para todos nosotros.

Dieron por descontado que también estaría vacío el departamento de

Tso-Ling

y no quisieron perder tiempo en abrirle. Avisarían a los otros pasajeros y luego correrían a dar cuenta al capitán de la sorprendente desaparición del chino y el tahúr.

Cuando llamaron en la puerta de Sun-Li-Yen, el comerciante les respondió desde dentro, pero negándose a abrir la puerta.

—Corre peligro quedándose ahí —gritó Curtis—. Si no quiere abrir, tendremos que echar la puerta abajo.

—¡Más peligro correré si salgo! Váyanse y déjenme en paz. No abriré a nadie ni me moveré de aquí mientras dure el tifón.

—Le sacaremos a la fuerza.

—No lo intenten. Tengo una pistola en cada mano y les recibiría a balazo limpio, fueran quienes fuesen.

No hubo forma humana de vencer la testarudez del chino, que, receloso y desconfiado, estaba dispuesto a recibir a tiros a quién pretendiese abrir la puerta. Tampoco era cosa de exponerse a recibir un balazo por librar a aquel tipo de un peligro más o menos inminente.

—¡Allá usted, amigo! Si algo le ocurre, la culpa será suya...

Corriendo por los pasillos, fueron hasta el camarote del matrimonio filipino. Al llamar no sabían lo que podían encontrarse: si con que ambos habían desaparecido, como

Tso-Ling

y Griffith, o con que desde dentro les amenazaban con empezar a tiros.

No ocurrió, sin embargo, ninguna de las dos cosas. A las primeras llamadas se entreabrió la puerta y en el umbral se recortó la silueta de Andrés Vélez. Estaba sudoroso, en mangas de camisa, con un gesto resuelto en el semblante y una pistola en la mano derecha. Al reconocer a Curtis estalló, furioso:

—¿A qué viene aquí? ¿Es que ni en pleno tifón puede dejarnos en paz?

—No se trata de eso, amigo —intervine

O'Neal

—. Hay orden del capitán de que todos los pasajeros de primera se concentren en el comedor. Es el lugar más seguro...

—Yo estoy más seguro aquí y no pienso moverme.

—Haga usted lo que quiera —chilló Curtis—, pero deje salir a su mujer. Por una testarudez suya no puede hacer peligrar su vida.

—Mi esposa está y estará a mi lado —repuso, colérico, el filipino

—. Nadie, y menos usted, puede meterse entre ella y yo. Si no se marcha en el acto...

Levantaba, amenazador, el arma que empuñaba. Hammond sintió vehementes deseos de saltar sobre él. Malcolm intervino para contenerle:

—Déjele. Allá él con lo que ocurra.

Curtis asintió. No era momento adecuado para empezar una nueva pelea. No conduciría a nada práctico. Ya habría tiempo y ocasión de decir unas cuantas cosas a aquel testarudo.

Andrés cerró de golpe la puerta y le oyeron correr por dentro el cerrojo. No había nada que hacer allí.

Volveremos para dar cuenta a Hobbema de la desaparición de esos dos tipos.

Nuevamente tuvieron que atravesar una parte de la cubierta, batida por las olas y el viento. El tifón alcanzaba entonces su punto culminante. Montañas de espuma de quince o veinte metros se alzaban repentinamente sobre el navío; otras, era el barco quien, subía hasta lo alto, impulsado por fuerzas gigantescas. De cuando en cuando, rompiendo la negrura del cielo, un rayo culebreaba en el horizonte, y el retumbar del trueno venía a sumarse a los estruendos del viento y el agua.

—El tifón pasará pronto —dijo

O'Neal,

en un momento que ambos se agazapaban tras uno de los botes atados a la cubierta para no ser golpeados por una ola gigantesca—. Antes del amanecer habrá vuelto la calma.

Pero aún faltaba mucho para que el sol disipara las sombras de la noche. Era posible que algo hiciera comprender a Malcolm que el temporal estaba próximo a amainar; para Hammond parecía más amenazado y peligroso que nunca.

—El capitán se marchó hace veinte minutos. Debe estar con el

timonel.

Era lógico que estuviera allí, dando órdenes y vigilando la marcha del buque a través de la tempestad.

O'Neal

fue en su busca para hablarle de los dos pasajeros cuyo paradero se ignoraba. Hammond prefirió quedarse en el comedor. Quitándose el impermeable, se dejó caer sobre uno de los sillones.

—Un doble de «*whisky*» me vendría de maravilla. Creo que lo he ganado.

Terminaba de bebérselo, cuando en la puerta apareció Claude Griffith. Presentaba un aspecto lamentable, con las ropas totalmente empapadas en agua. A Whitney, que acudió rápidamente a su lado, le explicó:

—Me quedé dormido en el camarote, seguramente porque bebí un poco más de la cuenta. Me despertó el tifón y no sé cómo he llegado aquí. Veinte veces distintas temí que me arrastrasen las olas.

Quienes le rodeaban, y Whitney en primer término, le creyeron sin la menor vacilación. Hubo uno que para reanimarle le entregó una botella de «*whisky*», a la que Claude dio, sin vacilar, unos largos sorbos. Fue entonces cuando se le acercó Curtis, que, mirándole fijamente, le dijo:

—Todo eso está muy bien, Griffith, pero es demasiado extraño.

—¿Podría saber por qué?

—Porque hace más de media hora que

O'Neal

y yo fuimos a su camarote; estaba cerrado, pero dentro no había nadie. ¿Dónde estuvo usted durante este tiempo?

Discutieron un rato, sin conseguir aclarar nada. Al principio, todos estuvieron pendientes de su charla. Al cabo, prestaron mayor atención a los ruidos del exterior. Pronto advirtieron que empezaba a disminuir la violencia del temporal. Los movimientos del buque eran menos bruscos y violentos.

—¡Gracias a Dios que pasa ese maldito tifón! —exclamó Carole Whitney, que había sido quizá la más asustada de cuantos se hallaban en el comedor.

Todavía golpeaban las olas con fuerza contra los costados del «Ocean» y se escuchaba de vez en vez el retumbar de los truenos.

Pero cada vez era mayor el espacio que transcurría entre uno y otro; se escuchaban, además, algo más lejanos.

—Sí; pronto terminará el «baile».

Fue entonces, sin embargo, cuando empezó el «baile» más desagradable. Por encima de todos los ruidos del temporal se oyeron de pronto algunos disparos sueltos. Sorprendidos y desconcertados se miraron unos a otros sin acertar lo que podían significar. Tan sólo los ojos de Griffith relucieron de una manera extraña.

Nervioso, el coronel Granger se puso en pie. Expresando en voz alta sus pensamientos, se oyó gruñir a Hammond:

—¡Ya están ahí!

Con gesto resuelto, quiso dirigirse hacia la puerta. Pero mucho antes de que llegase, ésta se abrió de par en par. En el umbral aparecieron las figuras de cinco o seis individuos, mandados por uno de los fogoneros del «Ocean». Todos eran chinos; empuñaban con aire resuelto sendas pistolas ametralladoras y las tendían amenazadoras, cubriendo con ellas a los pasajeros.

—¡Quietos! El que intente moverse...

En sus contraídos semblantes había un gesto de resolución. Tirarían sin la menor vacilación, barriendo a todos los pasajeros agrupados en el comedor. Asustados, la mayoría levantaron los brazos sin soñar en oponer resistencia alguna.

Curtis Hammond pensaba de distinta manera. Lanzó un grito de rabia al presenciar la irrupción de los chinos. Con movimiento rápido, pero procurando no ser visto por sus enemigos, sacó la pistola y se dispuso a tirar.

—No sea loco, amigo.

Uniendo la acción a la palabra, Claude Griffith golpeó con decisión la mano de Curtis, obligándole a soltar la pistola antes de que llegase a apretar el gatillo. Hammond se volvió, furioso, con los ojos relampagueantes. Chilló, irritado:

—¡Cobarde! ¡Traidor!

Howard Granger dio un paso al frente, dispuesto a echar las manos al cuello de Griffith. Con una torva expresión en la faz, Claude replicó:

—¿Qué pretendía, estúpido? ¿Matar a uno de esos tipos a cambio de que nos liquidasen a todos? ¿Olvida que hay aquí diez o

doce damas? Si quería que esos bestias las cosieran a balazos...



EDITORIAL ROLLAN

brinda a sus lectores asiduos el GRANDIOSO
EXTRAORDINARIO número 100 de la Co-
lección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por **A L F M A N Z**

CUATRO PERSONAS MORIRÁN...



moviendo de izquierda a derecha el cañón amenazador de la «Thompson» que empuñaba, el fogonero chino que acaudillaba el grupo de amotinados ordenó secamente en el «*pidding* english» característico de los puertos de Oriente:

—¡Déjense cachear todos! Nada les pasará si no hacen alguna tontería...

A un gesto suyo, tres de sus secuaces penetraron en el comedor. Otros cuatro llegaron procedentes de la cubierta a sustituirles en la

puerta, bien armados con rifles y pistolas.

Con movimientos rápidos, los chinos fueron de uno a otro de los presentes, arrebatándoles las armas de que disponían. Bajo la amenaza de quienes permanecían junto a la puerta, nadie se atrevió a resistir.

Uno de los amotinados —un chino menudo, andrajoso, de esquelética delgadez— se quedó contemplando, deslumbrado, la hermosura llamativa y provocadora de Carole Whitney. Luego, como si quisiera comprobar que la opulencia de sus formas no era algún artificio del modisto, alargó la mano para acariciarla, mientras en sus ojillos se encendía una lucecita y sus labios se contraían en un esbozo de sonrisa.

Al sentir el contacto de sus manos, Carole lanzó un grito de espanto y horror. Whitney no pudo contenerse. Cogiendo al chinito de un brazo, le hizo dar media vuelta y le asestó un puñetazo en pleno rostro que le obligó a retroceder, tambaleándose, hasta tropezar con una de las mesas.

La réplica fue inmediata. Otro de los chicos levantó el fusil que empuñaba y golpeó la cabeza de Whitney, que se derrumbó pesadamente, perdido el conocimiento ante la violencia del culatazo. Furioso, Curtis quiso atacar al agresor. Desde la puerta le llegó, amenazadora, la voz del fogonero:

—¡Quieto, o disparo!

Se contuvo con un esfuerzo. Era estúpido hacerse matar inútilmente. Convenía reservar las fuerzas y esperar alguna ocasión favorable. Tuvo que presenciar, impotente, cómo los chinos proseguían su registro. No se limitaban a llevarse las armas de quienes las tenían. También se apoderaron de varias carteras y de las joyas de algunas de las damas.

Mientras, los tiros habían cesado fuera. Era indudable que quienes resistían —Hobbema, O'Neal,

parte de los tripulantes o algún pasajero recluido en su camarote, como Sun-Li-Yen o Andrés Vélez— habían sido aplastados.

La mejor demostración la tuvieron minutos después cuando, custodiados por cinco o seis individuos, aparecieron Jan Hobbema y el timonel. Bastaba ver su gesto para comprender que habían sido sorprendidos y que no les dieron tiempo a defenderse. Les obligaron

a entrar en el comedor, mientras en la puerta seguían vigilando el fogonero y sus secuaces.

—Nos cogieron desprevenidos —explicó el capitán—. Antes de que pudiéramos sacar un arma nos tenían encañonados y no tuvimos más remedio que entregarnos. ¡No sé cómo ha podido ocurrir esto!

—Toda la culpa es suya, Hobbema —le increpó Granger—. Le advertí del peligro y no quiso tomar las medidas de precaución más elementales. Le pesará. En cuanto lleguemos a un puerto civilizado haré que le procesen por...

—¿Está muy seguro de que usted y yo llegaremos siquiera a vernos en libertad? —le interrumpió, con una sonrisa, el capitán.

Granger lanzó una maldición y le volvió, desdeñoso, la espalda. Sentía vehementes deseos de abofetear a aquel imbécil, a quién juzgaba principal responsable de lo sucedido, pero no quería proporcionar a los chinos el espectáculo de dos blancos pegándose en su presencia.

Curtis tampoco experimentaba la menor simpatía por el capitán, que no había sabido defender su buque. Si se acercó a él, fue para preguntarle por alguien que le interesaba:

—¿Qué ha sido de O'Neal?

—Lo ignoro. Estaba en el entrepuente momentos antes de empezar los tiros. Me pareció que sonaban por allí. Es posible lo peor, aunque tal vez haya conseguido salvarse.

—Lo dudo —replicó Hammond—.

O'Neal era bastante más hombre que usted. No se dejaría coger sin intentar una resistencia desesperada.

—¿Por qué no hizo usted lo mismo, si lo creía posible?

—Porque yo no mandaba el «Ocean» ni tenía la responsabilidad de cuanto sucediera a bordo.

Durante un rato dio por seguro que el primer oficial había muerto en el transcurso de la refriega. Por fortuna, sus negros presentimientos no tardaron en disiparse. Dos individuos, que traían casi a rastras a Malcolm, aparecieron en el umbral. De un violento empujón le arrojaron dentro del comedor.

O'Neal

avanzó tambaleante hasta cerca de una de las mesas y luego cayó al suelo.

Curtis se arrodilló inmediatamente a su lado. Malcolm tenía el cabello manchado de sangre. Alguien, posiblemente por la espalda, le había asestado un golpe en la cabeza. Hammond lavó lo mejor que supo la herida, que no parecía de gravedad; luego le dio a beber unos sorbos de «*whisky*», que bastaron a reanimarle.

O'Neal

contó lo que ya suponían. Había visto en el entrepuente a unos tipos en actitud sospechosa. Les dio el alto y le contestaron a tiros.

—Repliqué en la misma forma. De repente me sacudieron por la espalda y perdí el conocimiento.

Nada sabía de lo ocurrido a Sun-Li-Yen ni al matrimonio Blasco. Desde luego, estaba seguro de que los amotinados eran dueños del «Ocean». Medio atontado, sus agresores le obligaron a incorporarse para traerle al comedor. Aunque tuvo que recorrer parte del barco, no oyó un solo tiro, lo que indicaba que toda resistencia había cesado.

—Pasé por delante del camarote del «radio». Al pobre Andy lo habían liquidado. Estaba tendido en el pasillo en medio de un charco de sangre. Pero...

Se detuvo, vacilante, como si repentinamente se le hubiese ocurrido una idea salvadora. Curtis le apremió:

—¿Qué?

Malcolm miró, receloso, a uno y otro lado, temiendo ser escuchado. Cuando comprobó que nadie, salvo Hammond podía oír sus palabras, añadió, bajando la voz:

—¡El transmisor estaba intacto! ¿Comprende la importancia que tiene?

Como Curtis no respondiese en el acto,

O'Neal

siguió, nervioso y excitado:

—Debemos estar cerca de Formosa. La Séptima Flota americana patrulla en torno a la isla. ¡Si hubiera forma de enviarla un mensaje diciendo lo que nos ocurre...!

Hammond asintió con un leve movimiento de cabeza. Aquélla podía ser la salvación. Si se avisaba a los barcos americanos de lo que sucedía, algún destroyer se lanzaría inmediatamente en

persecución del «Ocean» y le alcanzaría antes de llegar a ningún puerto de la China continental.

—Estoy algo mareado aún. Pero con un poco de «*whisky*», podré recobrar las fuerzas y entonces...

Curtis no le escuchaba ya. Por su cerebro acababa de cruzar la idea de ser él quien lanzase por radio la llamada de socorro. Esperar a que

O'Neal

se repusiera sería exponerse a perderlo todo. Había que actuar con rapidez. Y debía ser él quien actuase, aprovechando la excesiva confianza que su fácil victoria inspiraba a los amotinados.

Con aire distraído empezó a dar largos paseos por el comedor. Al principio, alguno de los chinos le siguió, receloso, con la mirada. Luego dejó de interesarse por él. Curtis fue hasta la mampara del fondo. Había en ella un amplió ventanal, que daba sobre la cubierta de estribor. Estuvo cerrado durante toda la tempestad, para impedir que el agua penetrase a torrentes. Pero ahora el tifón se alejaba.

—Hace un calor insoportable, asfixiante —explicó, con una sonrisa, a uno de sus enemigos, mientras con gesto decidido abría el ventanal. Tres o cuatro fusiles y pistolas se alzaron amenazadores. Apartándose unos pasos, Curtis añadió—: Descuiden, muchachos, no pienso largarme. ¿Creen que podría ir a ningún lado ni correr más que sus balazos?

Su tranquilidad desarmó casi por completo los recelos que había suscitado al abrir. Pero tanto Granger como

O'Neal

comprendieron sus intenciones y se dispusieron a ayudarle. La mejor manera de distraer la atención del punto en que se hallaba Hammond era armar un pequeño escándalo en el lado opuesto.

—Oiga, amigo —dijo el coronel, enfrentándose resueltamente con el tipo que parecía acaudillar a los amotinados—: bien está que me hayan quitado la pistola, pero no que se hayan llevado la cartera. Quien lo hace sólo puede ser un ladrón.

—¿Te atreves a insultarnos, imbécil? —chilló, colérico, el fogonero.

—La verdad no es nunca un insulto. Si roban, tendré que llamarles ladrones, por eso, y nada más que eso...

Un violento puntapié en pleno vientre le impidió concluir la

frase. Lanzó un grito de dolor; luego, reponiéndose con rapidez, trató de acometer a su agresor. Dos o tres chinos se lo impidieron, descargando una lluvia de golpes sobre él. Se armó un terrible escándalo. Chillaban algunas mujeres; vociferaban, protestando, los blancos; corrían hacia el lugar de la pequeña refriega los secuaces del fogonero y todos se olvidaron un instante del ventanal y de Hammond.

Curtis aprovechó la oportunidad. Tomando impulso, pegó un salto de dos metros y cayó sobre la cubierta. Todo hubiera resultado bien, si en aquella parte no hubiera habido un individuo de vigilancia. Al ver a Hammond levantó la pistola que empuñaba e hizo fuego.

Estaba demasiado nervioso para hacer blanco y el balazo pasó a diez centímetros de la cabeza del fugitivo, pero la alarma estaba dada...

Sabiendo que todo era cuestión de segundos, Curtis echó a correr en dirección opuesta. El chino, al que no tardaron en sumarse cuatro o cinco más, corrió tras él. Salvando de un ágil salto una barandilla, cayó en el entrepuente.

Enfrente se abría el pasillo que conducía a la sala de radio. Antes de ganar la entrada del pasillo, tres o cuatro balazos siluetearon su figura, mientras varias voces le gritaban, imperativas, que se detuviera. Hammond siguió adelante.

Estuvo a punto de tropezar con el cadáver del pobre Andy, tendido aún en el mismo lugar en que le había visto O'Neal.

Saltó por encima y continuó más deprisa. Dos segundos después llegaba donde le interesaba. Una sola ojeada le bastó para comprender que todos los aparatos estaban intactos. Los amotinados asesinaron al radiotelegrafista, pero no consideraron, sin duda, que el transmisor ni los receptores pudieran significar el más remoto peligro.

Con movimiento rápido, Curtis cerró la puerta a su espalda. Sus perseguidores no le habían visto entrar. Posiblemente siguieran a lo largo del pasillo, buscándole por todas partes, aunque no tardarían en suponer que se hallaba en el cuarto de la radio. Pero si tardaban cinco minutos en pensarlo y en derribar la puerta, tendría tiempo suficiente para lanzar su mensaje.

Pegado a la puerta, oyó pasar corriendo y chillando al grupo de chinos. Echó el cerrojo, puso una mesa contra la puerta y empezó a manipular en el aparato emisor. Comenzó, naturalmente, por lanzar la llamada de socorro apremiante y urgente:

«S. O. S.».

Una y otra vez, con breves intervalos, las tres letras alarmantes:

«S. O. S.».

—No salió del pasillo. Tiene que estar por aquí, escondido en cualquier parte.

Eran sus enemigos, que volvían sobre sus pasos. Aunque hablaban en chino, Curtis entendía perfectamente el significado, si bien en todos los momentos y ocasiones simulaba una completa ignorancia. El regreso de aquellos individuos implicaba que tendría que darse mucha prisa.

Empezó a transmitir su mensaje. El sistema Morse tenía la terrible desventaja de su lentitud, pero no podía recurrir a otro. Todavía tropezaba con otra dificultad: no conocía la posición exacta del buque, porque el día anterior se habían desviado de su ruta para rehuir el tifón y probablemente la tempestad de aquella noche le hizo desviarse más aún. Sin embargo, era preciso avisar a todos los barcos que pudieran oírle acerca de su desesperada situación:

«S. O. S.

Motín a bordo del “Pacific Ocean” navegando de
Manila a Kuohsiang. Rebeldes chinos...»

—¡Está ahí dentro, manipulando la radio!

Llovieron los golpes sobre la puerta cerrada. Un instante, Curtis volvió la cabeza. Serenamente continuó:

«... chinos dueños del barco. Parte tripulación
asesinada. Pasajeros blancos, amenazados...»

—¡Abres o empezamos a tiros!

El grito iba dirigido a él. Quien hacía la advertencia hablaba en inglés. De no responder, los disparos comenzarían inmediatamente. Acaso le alcanzasen; pero quizá, también, le diesen tiempo a terminar su llamada de socorro. Prosiguió, imperturbable:

«... amenazados por “commies” amarillos. Pretenden llevarnos hacia un puerto continental, probablemente...»

Resonaron varios disparos. Iban encaminados primordialmente a cerrar el cerrojo y abrirse paso, aunque algunos fueran disparados con la esperanza de alcanzarle. Una bala silbó muy cerca de sus oídos. Sintió al propio tiempo que la puerta empezaba a ceder. Apresuradamente continuó:

«Cantón o Amoy. En el barco van quince mujeres blancas, cuya suerte...»

Los balazos seguían y la puerta crujió bajo los empujones de quienes se arracimaban en el pasillo. Un instante después, los chinos caerían sobre él, asesinándole. Pero si su aviso llegaba donde pretendía, el sacrificio no habría resultado inútil.

«Necesitamos ayuda inmediata. Cada minuto de retraso puede costarnos la vida a todos. Las unidades de la Séptima Flota americana...»

Oyó voces y gritos dentro de la habitación. Sin volver la cabeza, imperturbable, quiso continuar. Un objeto muy duro chocó con terrible violencia sobre su cabeza. Aún pretendió seguir Curtis, pero un segundo golpe le hizo caer de bruces sobre el transmisor, perdido por completo el conocimiento.

No podría decir cuánto tiempo permaneció sin sentido. Lo mismo pudieron ser cinco minutos que tres horas. Durante aquel tiempo no supo nada de lo que ocurría a su alrededor; ni siquiera dentro de sí mismo, porque permaneció hundido en tinieblas insondables. De pronto, en un rincón oscuro de su cerebro se encendió una débil lucecita. Con intervalos difíciles de calcular, a la primera luz vinieron a sumarse otras. Lentamente, Hammond retornaba a la vida.

Oyó voces a su alrededor. Sintió que le dolía mucho la cabeza y se llevó allí la mano. Luego abrió los ojos, paseando una mirada de sorpresa en torno suyo. Se encontró en el comedor del «Ocean». Estaban casi los mismos personajes que antes de su escapada. Pero

el ambiente parecía más tenso y enrarecido que nunca.

Malcolm

O'Neal,

bastante repuesto de su lesión, dio un paso hacia él, al advertir que había recobrado el conocimiento. Uno de los chinos se interpuso en su camino.

—Vuelve donde estabas o te sacudo.

Curtis se sentó en el suelo primero y se incorporó trabajosamente después. Vio que el coronel Granger, con la cara amoratada por los golpes recibidos, estaba sentado en uno de los sillones. Más allá, algo que le hizo estremecer: *mistress* Dewey tendida de espaldas, con la blusa manchada de sangre.

—¿Quién la ha matado?

Hacía la pregunta a Jan Hobbema, que se encontraba a su lado, pero el capitán no se molestó en responderle. Irritado, insistió:

—¿Por qué asesinaron a esa pobre señora?

—¡Silencio! Si continuas hablando, te pasará lo mismo.

Era uno de los chinos, cocinero del barco hasta unas horas antes, quien le daba órdenes, respaldado por la pistola ametralladora que empuñaba. Calló, pero miró en gesto de muda interrogación a los demás prisioneros. En todos los rostros se leía un profundo temor. No era difícil comprender las causas. Especialmente cuando cerca del ventanal por él que había saltado vio el cadáver de uno de los caballeros ingleses de

Hong-Kong

con un negro agujero en mitad de la frente.

En el comedor reinaba un silencio angustioso. Tan sólo los amotinados —habría doce o catorce repartidos por la estancia y vigilando en la puerta— charlaban entre sí, lanzaban alguna amenaza o reían, divertidos. Hammond pudo comprobar que el «Ocean» seguía su marcha. No resultaba aventurado imaginarse en qué dirección.

—¡En pie todos, perros! Viene el jefe.

Obedecieron, clavando los ojos en la puerta, curiosos por conocer al individuo que en aquellos momentos era dueño y señor de sus vidas. Como si temieran algún intento contra él, sus guardianes elevaron, amenazadores, fusiles y pistolas, cubriendo con sus negros cañones a los prisioneros.

En la puerta apareció, rodeado de un grupo de secuaces, Tso-Ling.

Bastaba mirarle y mirar a cuantos le rodeaban para saber que era el jefe. Venía sonriendo con aire triunfal y se detuvo un instante en el umbral contemplando con aire satisfecho a los pasajeros amedrentados.

—Lamento que hayan sufrido un pequeño susto, señores; pero no teníamos otro remedio. Altos intereses nacionales exigían que el «Ocean» sufriera una pequeña desviación en su ruta.

—Y esos altos intereses nacionales, ¿consistían, acaso, en robar sus joyas a las damas o en asesinar a Lucius Erskine y a *mistress* Dewey?

El coronel Granger hablaba con indignación difícilmente contenida, enfrentándose resueltamente con el jefe de los amotinados, sin importarle las consecuencias inmediatas de su acción. Uno de los chinos hizo ademán de lanzarse sobre él, dispuesto a hundirle en el vientre el largo «kriss» malayo que esgrimía. Tso-Ling le contuvo con un gesto, y mirando a, su interlocutor fijamente, repuso:

—No, coronel, y usted lo sabe. Hay algo en el barco que tiene para nosotros cien veces mayor importancia que todo eso. Que algunas señoras tengan que prescindir de sus joyas, incluso que alguna pierda la vida, son accidentes dolorosos, pero inevitables en circunstancias como éstas.

—¿Tiene el cinismo de llamar accidente al asesinato de una pobre anciana porque se resistía a dejarse robar?

—De los blancos aprendí a calificarlo así. Durante lustros y siglos, hicieron en China cuánto les pareció; millares de mujeres perecieron en lo que llamaban accidentes lamentables. ¿Cómo puede sorprenderle que ahora, que se han cambiado los papeles, yo hable en la misma forma?

Habló en tono pausado para exponer sus planes. El «Ocean» se dirigía a toda marcha hacia Cantón, donde esperaban llegar en menos de veinticuatro horas. Una vez allí, las autoridades examinarían la significación de todos y cada uno de los pasajeros blancos del buque. Nadie debía alarmarse por ello. La inmensa mayoría recobrarían su libertad; incluso podrían marchar en el propio navío hacía

Hong-Kong

o donde quisieran ir.

—No tenemos nada contra el capitán Hobbema, ni siquiera contra la Compañía propietaria del buque. Por ello procuraremos ocasionar el menor daño posible a sus legítimos intereses.

Curtis, que se había colocado junto al coronel, en un primer término, vio de pronto aparecer a Andrés Vélez. No venía como prisionero, desde luego. Nadie se había metido con él para nada, los chinos le contemplaban con gesto amistoso y hasta cambió algunas palabras en voz baja con algunos.

—Debí suponerme que era un traidor —gruñó sordamente Hammond—. ¡Pobre Luisa!

Si alguien le oyó no se molestó en contestarle. Pero probablemente nadie escuchó sus palabras. Todos estaban pendientes de lo que

Tso-Ling

decía, y sólo para él parecían tener ojos. Tras procurar tranquilizar a los pasajeros —lo que evidentemente solo consiguió en muy ligera medida—, el jefe chino concluyó, diciendo:

—Habrá cuatro personas que se quedarán en Cantón, naturalmente. Lamento que pueda darles pocas esperanzas de salvación, pero mentiría si dijese otra cosa. Son enemigos jurados de la República popular china y su vida constituye un serio peligro para nosotros. Por eso decidimos apoderarnos del «Ocean» y hacer cuánto ahora estamos haciendo.

—¿Y quiénes son esas cuatro personas? —preguntó Granger.

—No le será difícil imaginárselo, coronel, a menos que sea mucho más tonto de lo que suponía. La primera de todas, claro está, nuestro buen amigo Sun-Li-Yen...

—¡Sun-Li-Yen! ¿Y quiere hacerme creer que un pacífico comerciante de Formosa constituye un grave peligro para una nación de cuatrocientos millones de habitantes?

Una sonrisa despectiva floreció en los labios de
Tso-Ling.

Por un instante contempló en silencio a su interlocutor. Cuando habló, su voz tenía un tono marcadamente desdeñoso.

—¡No finja, coronel! Debía comprender que no serviría de nada. ¿De verdad supone que Sun es un negociante pacífico e inofensivo?

—¡Naturalmente! Todo el mundo puede decirle lo mismo en el barco. Y a menos que pretendan conseguir sus millones como precio del rescate...

—Ni habrá rescate ni nos importan sus millones. ¡Y basta de farsas! ¿Le sorprendería mucho saber que ese honrado comerciante es el jefe de la Policía secreta de Chang-Kai-Chek? ¿Le extrañaría enterarse de que fue a Manila para conferenciar con algunos jefes militares norteamericanos acerca de las actividades de los terroristas contrarrevolucionarios de Kuang-Tung?

—¡Fantasías! Si hubiese conferenciado con jefes militares americanos tendría que saberlo yo.

—¡Y lo sabe! ¡Como que usted es la segunda persona que nos interesa! Habló con

Li-Yen

en varias ocasiones y ahora iba a Formosa...

—A disfrutar de unas vacaciones.

La risa de

Tso-Ling

demostró una absoluta incredulidad. Hablando pausadamente, replicó:

—Debía comprender que no conseguiría engañarnos, coronel. ¿Quiere una prueba de que estamos enterados de todo? Pues se la voy a dar. Oficialmente, usted desempeña un puesto secundario y burocrático cerca del jefe de las fuerzas aéreas americanas destacadas en Filipinas. En realidad...

—Ése es mi único cargo.

—En realidad —continuó, sin hacer caso de su interrupción el chino—, es usted el jefe del Servicio de Información norteamericano en el Extremo Oriente. Estuvo en el Japón y en Corea antes de ir a Filipinas. Conoce muchas cosas que nos interesan y espero que nos las diga.

—Se engaña, amigo. No sé nada de lo que supone y aunque lo supiera no se lo diría nunca.

—¡Bah! Espero que mis métodos de persuasión no tarden en convencerle de lo contrario. Sentiría por usted que tardase mucho en convencerse; pero lo celebraría, porque me daría oportunidad para probar algunos procedimientos cuya eficacia me interesa constatar en un hombre de su temple.

Hizo una breve pausa. Luego, dirigiéndose a dos de sus secuaces, indicó:

—Llévadle donde sabéis. Y a usted, coronel, no le creo tan tonto como para soñar en resistir.

Convencido de la inutilidad de oponerse por la fuerza a sus designios, Granger se dejó llevar fuera del comedor por los dos chinos. Tso-Ling se disponía a seguir hablando, cuando Andrés Vélez le interpelló, señalando el cadáver de *mistress* Dewey:

—¿Por qué mataron a esa pobre señora?

Con cierta irritación en la voz, su interlocutor repuso:

—Esa vieja estúpida ofreció cierta resistencia a mis hombres. Un caso lamentable, pero suya fue la culpa.

—¿No sería que no quiso dejarse robar?

—Y aunque así fuera, ¿qué? Demasiado robaron las gentes de su raza en China; que ahora les tratemos en forma adecuada, no puede sorprender a nadie.

—A mí, si —contestó con entereza Andrés—. Lucho por la independencia de la tierra que me vio nacer; estuve dispuesto a prestarles mi ayuda desde el primer instante. Pero hay cosas que no pueden merecer mi aprobación ni mi aplauso.

—Puedo pasarme sin ambos —replicó fríamente

Tso-Ling

—. Hace unas horas tu descontento podía representar un peligro, porque conocías algo de mi personalidad e intenciones. Ahora que soy dueño de la situación, peor para ti si pretendes defender a quienes no vacilarían en colgarte si cayeras en sus manos.

—Que los demás sean injustos conmigo, no puede justificar nunca que yo me convierta en un asesino.

Tso-Ling se encogió de hombros, juzgando inútil proseguir la discusión. Hammond, en cambio, no pudo contenerse:

—Bien dicho, Vélez. Creo que eres todo un hombre.

Sin contestar una palabra, Andrés dio media vuelta para salir del comedor. El chino, por su parte, se enfrentó con el americano, hablando en tono que nada tenía de amistoso:

—Me alegra haberte oído, Curtis. Porque si el coronel era la segunda de las personas que nos interesaban, tú eres la tercera.

—¿Yo? ¿Por qué? —inquirió Hammond, simulando perfectamente la sorpresa.

—Demasiado lo sabes. Podría decirte que por haber intentado pedir auxilio por radio a la Séptima Flota americana. Sería suficiente para los demás, pero tú y yo estamos convencidos de que hay algo más y de mayor trascendencia.

—¿Te refieres a mis... negocios?

—Llamémosles negocios, si así lo prefieres. Pero no me refiero, naturalmente, a tus supuestos contrabandos, sino a tus efectivos servicios al

F. B. I.

Curtis Hammond soltó la carcajada al oírle. Sin dejar de reírse, replicó:

—¡Servicios al

F. B. I.

yo! Tienes una soberbia imaginación,

Tso-Ling.

¡Qué pena que no la aproveches para escribir historias increíbles y maravillosas!

—Imaginación, ¿eh? —repuso el chino, sin dejarse engañar por la actitud del americano—. ¿Negarás que hace más de tres años que perteneces al

F. B. I.,

como agente especial de contraespionaje destacado en el Extremo Oriente?

—¡Claro que lo niego! Sólo quien no tenga la menor idea de lo que es el

F. B. I.

ni de lo que soy yo podría creerlo. Ten la seguridad que para el

F. B. I.

será una alegría el día que me cuelguen.

—Pues, entonces, podrán alegrarse pronto —repuso con gesto torvo el chino.

Claude Griffith se creyó en el caso de hablar. No iba, naturalmente, a defender a Hammond, con el que tenía algunas cuentas pendientes. Pero en honor a la verdad —y se atrevía a intervenir, fiado en la amistad que le unía a

Tso-Ling

—, preciso era reconocer que tenía tan poco que ver con la Policía federal americana como él mismo. Hacía dos años que le conocía; se

habían encontrado muchas veces en determinados lugares de Hong-Kong,

Macao, Taipeh y Manila, acaso porque sus respectivos negocios tenían mucha semejanza.

—No siempre jugaba limpio y chocábamos en muchas ocasiones. En este mismo viaje tuvimos algunas pequeñas discrepancias. Pero de eso a que pertenezca al

F. B. I.

¿Crees que si lo hubiera sido seguiría yo en libertad a estas horas?

—Nunca es más peligroso el tigre que cuando esconde sus garras. Eso hacía Hammond. A mí mismo estuvo a punto de engañarme. Desgraciadamente para él, uno de sus secuaces cantó de plano hace veinte días en Cantón. Su confesión me interesa tanto como la de Sun-Li-Yen. Tendrá que darme los nombres de sus amigos en la China continental y de la clave que emplea para comunicarse con ellos.

—No sé cómo podré decirte lo que nunca he sabido.

—Es posible que no tardes en aprenderlo —luego, volviéndose hacía dos chinos corpulentos, ordenó—: Llévadle también.

Lanzándose sobre Hammond, los dos individuos le asieron por ambos brazos, dispuestos a arrastrarle fuera del comedor. Desde la puerta ya, Curtis pidió:

—¿No podrías esperar un minuto,
Tso-Ling?

Me gustaría saber quién es la cuarta persona que te interesa.

—Pues vas a saberlo en el acto. Es un buen amigo tuyo. Se llama Malcolm
O'Neal.

—¿Pretendes que también es un agente del famoso
F. B. I.?

—inquirió en tono burlón Hammond.

—No. Estoy seguro de que jamás formó en sus filas; también de que nunca realizó labor de espionaje alguna.

—¿Entonces...?

—Es un asunto personal. Acércate,
O'Neal.

Mírame bien. ¿Me reconoces?

Lentamente se acercó Malcolm. En silencio estuvo contemplando

a

Tso-Ling,

haciendo un violento esfuerzo por recordar. No lo consiguió. Pausadamente, replicó:

—No. Estoy seguro de no haberte visto hasta hace tres días, cuando subiste al «Pacific Ocean».

—Y, sin embargo, somos viejos conocidos. Hace tiempo, mucho tiempo, que nos encontramos por vez primera. Fue hace veintidós años, y en Frisco. ¿Recuerdas ahora?

O'Neal

recordó de pronto. No el rostro de su interlocutor, que apenas si mirase en aquel remoto pasado; sí un hecho vergonzoso que jamás se había borrado de su imaginación, que a todas horas torturaba su conciencia. Bajó la cabeza, abrumado.

—Sí. Es algo que no he podido olvidar.

—Yo tampoco —afirmó

Tso-Ling,

en tono agresivo—. Entonces me sentía feliz en San Francisco; tenía trabajo, un hogar, una mujer y un hijo. Una noche un blanco me invitó a beber en un «speakeasy»; me emborrachó. A la mañana siguiente desperté en la bodega de un barco que me devolvía a China. ¿No es cierto?

—Sí —reconoció, dolorido,

O'Neal.

—Un chino, rechazado por las autoridades de inmigración, se había escapado. Tú lo sustituiste por otro, y ese otro fui yo. En Frisco tenía una familia, la mía. Para evitarte un pequeño disgusto, me separaste de ella contra toda razón y derecho. No he podido volver a su lado; ni siquiera saber de ella. Es posible que tanto la mujer como el hijo hayan muerto de hambre. ¿Crees que lo puedo perdonar?

—No. Puedes disparar, matarme, si quieres. Lo merezco.

—¿Matarte? Durante veintidós años he acariciado mi venganza. ¿Me bastaría apretar ahora el gatillo? No. Sería demasiado dulce para ti. Morirás, sí. Pero antes sufrirás días, meses, años enteros. Y cada minuto de sufrimiento tuyo será de una alegría completa, de embriaguez triunfal para

Tso-Ling,

el pobre chino a quién hundiste en un infierno de odios...

VI

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE



UNQUE hacía ya dos horas que recobraba el conocimiento, Curtis Hammond no quiso siquiera volver la cabeza al oír pasos dentro del camarote. Supuso que sería el guardián que permanecía constantemente ante la puerta que se acercaba para ver si había vuelto en sí. O, lo que era peor, que

Tso-Ling

retornaba en unión de sus verdugos.

En las dieciséis horas transcurridas desde que le sacaron del comedor para meterle en uno de los camarotes de primera, había

tenido que soportar tres interrogatorios. En todos ellos hubo diez veces más golpes que palabras. Su obstinada negativa sacaba de quicio a

Tso-Ling,

y sus acompañantes pegaban con dureza y saña. Hammond había oído hablar en incontables ocasiones de los refinados procedimientos de tortura utilizados por los chinos. En este aspecto,

Tso-Ling

no hacía excesivo honor a su condición de oriental.

Las palizas que propinaba a sus prisioneros con el afán de hacerles declarar cuanto le interesaba tenían poco de refinadas y sí mucho de bestiales. Alegrementemente anunciaba que cuando estuvieran en Cantón utilizaría otros procedimientos, más lentos, pero más eficaces. Por el momento, ansioso de obtener cuanto antes una confesión, se contentaba con los palos.

—Es un método primitivo, pero eficaz. Los golpes acaban ablandando a los tipos más duros.

Los tres interrogatorios terminaron cuando el prisionero perdió el conocimiento. En realidad, sólo la primera vez se desmayó; las otras dos, lo simuló con tanta habilidad, que engañó a sus enemigos. Cada desmayo supuesto o real le proporcionó unas horas de descanso. Mientras le dejaban tirado en el suelo,

Tso-Ling

apaleaba por turno a los otros tres prisioneros. Los gritos de dolor que de cuando en cuando llegaban a oídos de Curtis indicaban que ni Sun-Li-Yen, ni Granger, ni

O'Neal

recibían un trato muy diferente del suyo.

—Soy yo, Griffith. Vengo a hablarte como amigo.

Hammond se volvió, sorprendido, a mirarle. Era Claude, en efecto. ¿Cómo le habían dejado entrar allí? La respuesta se la dio el propio interesado.

—Ya viste que hice lo posible por defenderte. Me negué a creer que fueras agente del

F. B. I.

y así se lo dije a

Tso-Ling.

Ahora, sin embargo...

—¿Lo crees ya?

—Sí. No es posible la menor duda. Ese tipo es más listo de lo que supones. Tiene en sus manos todas las pruebas. He tenido que rendirme a la evidencia.

—¿Y sólo para eso has venido?

—No. Quiero hablarte con absoluta sinceridad, de hombre a hombre. Empeñarte en negar, no servirá de nada. Si acaso, para que te destrocen a palos. ¿Por qué no confiesas de una vez?

Hammond le dirigió una mirada iracunda y no contestó una sola palabra. Griffith continuó:

—A

Tso-Ling

le interesa tu ayuda. No quiere presentarse ante sus jefes sin saber una sola palabra más de lo que ya sabía antes de echarle mano. Y a ti te conviene ayudarle.

—¿Por qué?

—Porque estás en su poder. Si facilitas su tarea te librarás de los palos de aquí y de las torturas que te esperan en Cantón. Ya sería suficiente con esto, pero aún hay más.

Hizo una pausa, esperando que Hammond mostrase el menor interés por saber en qué consistía su anuncio. Como el prisionero no se molestase en responder una palabra, continuó:

—He hablado con él y conseguí convencerle. Está dispuesto a interponer su influencia. Me dio su palabra de que no te ejecutarían. Pasarás una temporada encerrado y luego te dejarán escapar. Claro está que tú tienes que hacer algo a cambio. Si no...

Escupiendo con rabia y asco sus palabras, le interrumpió Curtis:

—Te creía un miserable, Griffith, pero nunca soñé que fueras tan canalla y traidor.

—¿A qué vienen esos insultos cuando me esfuerzo por ayudarte?

—Por ayudarte a ti mismo, querrás decir. Eres un cobarde y estás muerto de miedo. Por ganarte el favor de

Tso-Ling

no vacilas en servirle, traicionando a tu patria y a tu raza. ¡Largo de aquí! Si pudiera valerte, te echaría a patadas...

Cuando Griffith abandonó el camarote vomitando amenazas, Hammond esperó con resignación una nueva y más violenta paliza, como inmediata respuesta a su actitud. No sin cierta sorpresa

transcurrieron dos largas horas sin que nadie apareciera por el camarote, excepción hecha del individuo que vigilaba en la puerta, y que entró en cuatro ocasiones distintas para comprobar que el preso continuaba tumbado en el suelo con el mismo aire de no poder casi moverse.

Al cabo —serían alrededor de las seis de la tarde, aunque no tenía medio alguno de comprobar con exactitud la hora—, la puerta del camarote se abrió para dar paso a un nuevo visitante. Cuando Hammond volvió la cabeza, se incorporó de un salto, con fuerzas que nadie hubiera sospechado un minuto antes, dado su aspecto de total hundimiento, mientras un grito de sorpresa salía de sus labios:

—¡Luisa! ¿A qué vienes aquí?

—Me manda

Tso-Ling.

Tiene el máximo interés en hacerte confesar cuanto antes. Quiere que sea yo quien te convenza.

Aunque Curtis había hecho su pregunta en inglés, la muchacha le contestó en castellano. Hammond no hablaba bien este último idioma, si bien lo entendía a la perfección. Sin necesidad de explicaciones, comprendió por qué Luis utilizaba el español. El chino que vigilaba desde la puerta la entrevista no debía conocer una sola palabra de la lengua de Cervantes. Decidió, pues, seguir la charla en castellano. Con cierto aire de reproche, inquirió:

—¿Y te has prestado a su juego?

—Sí y no. Tso-Ling sabe que me quieres; más aún, que te quiero yo. Sin ahorrar detalle macabro, me ha explicado la suerte que te espera si te empeñas en callar. No voy a repetir lo que dijo. Es horripilante. Por poco que te quisiera, aunque fueras mi mayor enemigo, tendría que pedirte que hablaras por un sentimiento de humanidad. Pero...

—¿Qué?

—No te lo pediré. Peor que el sufrimiento es el deshonor. Sé que entre tú y yo no puede haber nada ya; también que militamos en campos opuestos. Aun así, te prefiero muerto a traidor.

—Gracias, Luisa —replicó, emocionado, Curtis—. No esperaba menos de ti.

Callaron un instante los dos. La muchacha parecía haber dicho cuánto tenía que decir. Tras una pausa, durante la que ambos se

miraron en silencio, como si quisieran adivinarse el curso atormentado de sus pensamientos, Hammond preguntó:

—¿Sabía Andrés que venías? ¿Te mandó él?

—No. Por su voluntad no estaría aquí. Tso-Ling lo alejó para hablar conmigo y para que pudiera visitarte.

—¿Están de acuerdo los dos?

—Lo estaban. Tso-Ling dirigía el envío de armas a los «hules». Fue quien preparó nuestra fuga de Manila en el «Ocean».

—Entonces, ¿qué papel jugó Griffith en todo esto?

La muchacha calló un instante, mientras sus ojos relampagueaban. Cuando habló dijo la verdad. Claude se encontró con Vélez, cuyas actividades en Filipinas conocía, a bordo del barco. La belleza de la esposa de Andrés le hizo idear una jugarreta para tener en sus manos a Curtis. Hablando aparte con Luisa, le presentó una especie de ultimátum: o accedía a ayudarle en un intento de chantaje contra un individuo que viajaba en el «Ocean» o denunciaba a su marido al llegar a Formosa.

—Tuve que aceptar, porque sabía que en ello iba la vida de Andrés. Luego me encontré contigo y sentí asco y vergüenza de mi misma. Si Griffith me hubiera dicho que se trataba de ti...

—¡Canalla! —murmuró Hammond, apretando con rabia los puños—. No sólo avisó a tu marido para que nos sorprendiera, sino que le denunció al coronel Granger cuando vio que no me había matado como esperaba. Merecía que yo...

Se detuvo, dándose cuenta de su situación. No estaba en condiciones de hacer nada. Quebrantado por los golpes recibidos, solo y desarmado, poco podía intentar mientras en la puerta vigilaba un individuo armado con una «Thompson» y en el barco había otros cincuenta prestos a barrer a quién se opusiera a sus desmanes. Griffith no tenía por qué temerle. De pronto, le asaltó una duda. ¿Estaría al servicio de Tso-Ling?

—No sabía una sola palabra, porque no se fiaban de él. Ahora está haciendo méritos, arrastrándose a los pies de los chinos, delatando a sus compatriotas. Es el tipo más repugnante que he visto.

—¿Y Hobbema?

—Estaba comprado por

Tso-Ling.

Sabía lo que se preparaba y facilitó el triunfo de los amotinados. Ha jugado con habilidad y tiene la esperanza de que nadie sospeche todo lo turbio de su conducta.

Luisa no ocultaba su espanto e indignación por lo sucedido en las últimas horas. Aparte de *mistress* Dewey, otras tres mujeres blancas habían sido asesinadas por los chinos. Todos los pasajeros sin excepción fueron despojados de cuántos objetos de valor llevaban encima.

—Peor aún ha sido lo de Carole Whitney. Se la llevaron del comedor cinco o seis «coolies» entre grandes risotadas. Cuando volvió esta mañana se había vuelto loca. Puedes imaginarte lo que harían con ella.

—¿Y su marido?

—No sé si lo era, en realidad. Creo que se trataba de un tahúr de no muy buenos antecedentes. Pero, al menos, reaccionó como un hombre. Se lanzó sobre los que se llevaban a Carole a patadas y a puñetazos. Le vencieron, naturalmente. ¿Y sabes qué se les ocurrió para castigarle? Colgarle de la borda, en forma que fuera arrastrado con el agua a la cintura. A las tres horas se dieron cuenta de que había muerto: un tiburón le arrancó, de una dentellada, las dos piernas.

—¡Miserables! Ni con veinte vidas qué tuvieran pagarían todos sus crímenes. ¿Cómo es posible que Andrés esté de acuerdo con esos salvajes?

Luisa movió en gesto negativo la cabeza. Vélez no aprobaba unos procedimientos que repugnaban su conciencia. Había discutido violentamente con

Tso-Ling,

sin conseguir otra cosa que hacerse sospechoso.

—Lo tienen vigilado de cerca, sin permitirle moverse por el buque. Nada me extrañaría que al llegar a Cantón le asesinaran, igual que a vosotros.

Algo de esto le había dado a entender el propio jefe de los amotinados. Insinuó, incluso, que sólo de convencer a Curtis para que hablase podía esperar que a su marido no le ocurriese nada irreparable.

—¿Y a pesar de todo eso me pides que calle?

—Sí. Estoy segura de que si Andrés lo supiese opinaría igual que yo. Las circunstancias han podido hacer que, momentáneamente, estuviéramos al lado de

Tso-Ling

y sus huestes. Les creíamos exaltados y fanáticos, pero patriotas y honrados. Ahora hemos visto que no pasan de ser una partida de asesinos y ladrones.

—Cuando ya es demasiado tarde para hacer nada —suspiró Hammond—. Creo que al amanecer llegaremos a Cantón. Y entonces, «lasciate ogni speranza».

—¡Quién sabe! —exclamó Luisa—. No debemos perder la esperanza mientras alentemos —luego, bajando la voz, y tras comprobar que el centinela, cansado de una conversación que no entendía, miraba distraído hacia el pasillo, preguntó—: ¿Podría servirte de algo este cuchillo?

Con movimiento rapidísimo, Curtis hizo desaparecer el arma entre sus ropas. Era un cuchillo de reducidas dimensiones, pero de hoja fuerte y punta aguzada. Muy poco, en apariencia, para hacer frente a individuos provistos de armas automáticas; mucho, dada la absoluta desesperanza en que Hammond se debatía cinco minutos antes.

—Gracias, Luisa. Quizá sea suficiente.

—Lo deseo de todo corazón.

—¿Aunque pudiera tener consecuencias desagradables para Andrés?

—Aun así —repuso, tras una ligera vacilación, la muchacha—. Creo que nada sería peor que el triunfo de la barbarie personificada por

Tso-Ling.

Respondiendo a las preguntas de Curtis, dio algunos detalles acerca de la situación. Sun, Granger y

O'Neal

estaban encerrados en los camarotes contiguos al suyo. Ninguno debía encontrarse en muy buenas condiciones, porque todos habían sido concienzudamente apaleados en diferentes ocasiones. Li-Yen tenía que estar casi destrozado, porque se ensañaron con él y porque recibió un balazo que le tronchó el hombro derecho en la pelea que precedió a su detención.

—Tienen un centinela de vista cada uno. A veces salen al pasillo, pero casi siempre están en los camarotes.

Había otros chinos vigilando en el entrepuente, en el comedor —donde seguían concentrados todos los pasajeros blancos y los tripulantes que no quisieron sumarse al motín—, en las bodegas y en la sala de máquinas. Pero muchos de ellos...

—Han bebido para celebrar el triunfo y están borrachos. Acaso por ello resultan doblemente peligrosos para las personas inermes, aunque no serán capaces de ofrecer una seria resistencia a un grupo de hombres decididos y audaces.

Cuando Luisa se hubo ido, Curtis se dispuso a actuar. No le sobraba mucho tiempo. Era de suponer que tan pronto como la muchacha comunicase a

Tso-Ling

el fracaso de su intento, el jefe chino volvería a presentarse en compañía de sus secuaces. Si el cuchillo de que ahora disponía podía servirle de algo frente a un enemigo aislado, resultaría totalmente inútil al pretender enfrentarse a un tiempo con seis o siete. Por otro lado, una nueva paliza haría por fuerza que sus guardianes descubrieran el arma en que ahora ponía todas sus esperanzas.

—¡Hum! Parece que los palos no te han hecho mucho efecto.

El centinela —el mismo excocinero del, «Ocean» que ya una vez le amenazase en el comedor— le contemplaba desde la puerta con gesto receloso. Le había visto tumbado, aparentemente desmayado, hasta el instante mismo de entrar la muchacha. Luego le sorprendió el cambio sufrido por el prisionero.

—No me fío de las mujeres. A ver si esa...

Avanzó unos pasos, «Thompson» en mano, en dirección a Hammond, que le aguardaba sereno y expectante en el fondo de la estancia. Tenía, evidentemente, la intención de cachearle temiendo que Luisa hubiera podido entregarle cualquier arma. De pronto le asaltó el miedo. ¿Y si al acercarse el prisionero se lanzaba sobre él? Podría verse en un apuro, encontrándose solo. Dando media vuelta, se dirigió hacia la puerta, murmurando:

—Avisaré. Siempre es conveniente que alguien...

Curtis no le dio tiempo a terminar la frase. En una fracción de segundo midió las consecuencias que tendría el hecho de que el

cocinero llegase hasta la puerta para llamar a sus compañeros. Si entraban tres o cuatro a registrarle estaría perdido. Y con él, muchas cosas que importaban más que su propia vida.

El cuchillo apareció en sus manos. El chino debió sospechar algo, porque en aquel preciso instante volvió la cabeza y lanzó un pequeño grito de sorpresa y terror. Hammond no vaciló. Arrojó el cuchillo de punta, midiendo exactamente las distancias. La hoja de acero se hundió hasta la empuñadura en el costado izquierdo del cocinero.

La «Thompson» se le escapó de las manos. Permaneció en pie un par de segundos, con los ojos saliéndosele de las órbitas, la boca entreabierta y un gesto de sufrimiento y angustia en el semblante. Movi6 los labios en un vano intento de decir algo, pero no llegó a emitir sino un ahogado estertor. Luego dio un traspié y extendió los brazos en gesto desesperado, tratando de encontrar algún punto a que asirse.

En dos saltos, Curtis estuvo a su lado. Le cogió para impedir que el ruido de su caída alarmase a los otros chinos que vigilaban en los camarotes cercanos. Cuando le dejó suavemente en el suelo, el cocinero estaba muerto.

—Lo siento, muchacho, pero no tenía otro remedio.

Le quitó el cinturón con varios cargadores para la «Thompson» y dos granadas de mano. Recogía la pistola ametralladora del suelo cuando oyó pasos que se acercaban. Sólo tuvo tiempo de pegarse a la pared, junto a la entrada del camarote.

—¿Ocurre algo, Yeng?

Quién preguntaba lo hacía en chino y dirigiéndose, evidentemente, al cocinero muerto. Al no recibir respuesta, se decidió a entrar. Abrió la puerta y se quedó vacilante en el umbral. Llevaba una «F. N.», en la mano y lanzó un gruñido de asombro al ver a su compañero tendido en el suelo.

Pretendió retroceder para dar la alarma. Hubo algo que se lo impidió. La culata de la «Thompson» que Hammond empuñaba cayó con terrible violencia sobre su cabeza. Había perdido el conocimiento antes de saber con exactitud lo sucedido.

Curtis se dio buena prisa en meterlo en el interior del camarote y despojarle de sus armas. Hizo más aún: quitarle la ropa, que se apresuró a ponerse. Embutido en ella, bien encasquetado el

sombrero de paja con que se cubría, sería difícil que en la penumbra del pasillo nadie pudiera descubrir su verdadera personalidad.

Tras asegurarse de que el chino desmayado tardaría mucho rato en volver en sí, Hammond salió al pasillo. A unos pasos, en la puerta de otro de los camarotes, vio a un individuo de vigilancia con un rifle en la mano. La luz era escasa, porque ya estaba anocheciendo. Aquel sujeto le tomó por uno de sus compañeros. En chino le preguntó:

—¿Qué le pasaba a Yeng?

Curtis se abstuvo de contestar. Aunque entendía el chino, lo hablaba en forma que nadie podía dudar al oírle de que no pertenecía a la raza amarilla. Se limitó a lanzar un breve gruñido, avanzando al encuentro del que la preguntaba. Pronto estuvo a su lado.

—¿Qué te pasa, Yuan? Parece que...

—¡Quieto! Un movimiento, un grito, y te liquido...

Sintiendo contra su costado la presión del cañón de la «Thompson», el individuo se estremeció de pies a cabeza, pero se apresuró a levantar los brazos sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

—¡Entra rápido delante de mí! ¡Y cuidado con cualquier intento!

El chino obedeció tembloroso. Penetraron en el camarote, ante cuya puerta había estado de vigilancia. Dentro había un hombre, cuyo rostro mostraba claras huellas de los golpes recibidos, que se restregó los ojos incrédulo ante la escena que se desarrollaba a su vista. Era el coronel Granger; tenía una ceja partida, grandes brechas en los pómulos y la cara manchada de sangre.

—¡Curtis Hammond! ¿Pero cómo diablos...?

—No chille, coronel. El cómo importa poco ahora. Dese prisa a ayudarme.

Howard le secundó con rapidez, desarmando al chino, al que Curtis mantenía encañonado. Alentado por el rifle que empuñaba ahora, gruñó rencoroso:

—Me parece que

Tso-Ling

va a tener que pagar muy pronto los palos que me dio.

—¡Calma, coronel! Estamos en el principio y aún nos queda lo más difícil. Si no andamos con tiento...

Sin dejar de hablar había atado a su prisionero las manos a la espalda. Luego, en voz muy baja, le hizo algunas preguntas que el chino contestó en el mismo tono de voz, impresionado por la punta de un cuchillo que pinchaba las carnes a la menor vacilación. En el pasillo quedaban otros dos centinelas. Uno en el camarote inmediato, vigilando a

O'Neal;

el otro en el que servía de prisión y cámara de tortura a Sun-Li-Yen.

—Vas a llamarles por turno, amiguito. Primero uno y luego el otro. Asomará la cabeza y les pedirás que vengan. Acudirán confiados si les dices que no pasa nada. Si se te ocurre advertirles la verdad... ¡Bueno, no verás el final! ¿Entendido?

El chino, que a cada instante temía que fuese el último de su existencia, dio su asentimiento sin la menor vacilación a cuánto le exigieron. Su actitud facilitó extraordinariamente el trabajo de Granger y Hammond. Los dos centinelas de los camarotes vecinos entraron en el que se encontraban los americanos sin recelar nada. Cuando quisieron reaccionar resultó demasiado tarde; uno había perdido el conocimiento, víctima de un culatazo en la sien derecha; el otro se dejó desarmar y prender sin ofrecer la menor resistencia.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero ver si podemos contar con Sun-Li-Yen y

O'Neal.

Después, intentar apoderarnos del buque en un golpe de audacia, al amparo de las sombras de la noche y de la sorpresa.

Una simple mirada bastó para comprobar que Sun no podía serles de ninguna ayuda en sus planes. No sólo tenía rota la clavícula derecha de un balazo, sino que los apaleamientos sufridos habían tenido tal grado de salvajismo, que no era capaz de sostenerse en pie.

—Déjeme una pistola cargada. Podré manejarla con la mano izquierda y liquidar a cualquiera que aparezca por aquí. Otra cosa...

Malcolm

O'Neal,

había soportado también dos palizas. Pero las suyas fueron mucho menos violentas que las de sus compañeros de tortura. De él,

Tso-Ling

no quería ni necesitaba averiguar nada; no tenía prisa; deseaba que

el primer oficial del «Ocean» durase lo más posible, porque cada minuto que viviera podría sufrir más. Como daba por seguro que le sobraría tiempo, le interesaba prolongar el tormento para saborear con mayor deleite el placer de su venganza.

—«Okay», amigos. Creo que podré ser muy útil. Y no tanto por mí, que en cierto sentido tengo bien merecido lo que me ocurre, sino para salvar la vida de muchos inocentes.

Una breve charla bastó para ponerse de acuerdo acerca del camino a seguir. Los dos guardianes conmocionados fueron atados y amordazados; los otros dos habían de dirigirse al comedor, precediendo al grupo integrado por los tres blancos.

—Si dais una sola voz, si hacéis un gesto que despierte las sospechas de los suyos, no viviréis para contarlo. Cogidos entre dos fuegos seríais los primeros en caer.

Temblando de pies a cabeza, los dos amarillos tuvieron que obedecer las instrucciones que recibieron. Iban sueltos, sin ligaduras que obstaculizasen sus movimientos. Pero pisándoles los talones marchaban Hammond, Granger y O'Neal.

El primero empuñaba una «Thompson»; los otros llevaban una pistola en cada mano. Y por mucha que fuese la ligereza de sus pies, siempre correría más una bala.

—¿Dónde está
Tso-Ling?

¿En el comedor?

—No. Debe estar en la cabina de mando comprobando la marcha del buque.

Jan Hobbema se hallaba con él. Lejos de las miradas de los pasajeros que podían denunciar posteriormente su traición, servía incondicionalmente al jefe chino. Antes de salir de Manila se había hecho pagar una parte del premio prometido por su traición; la otra, la recibiría a su regreso a Filipinas.

—¿Y Griffith?

Los dos prisioneros no lo sabían. Estaban enterados de que se le había separado de los demás pasajeros y podía moverse libremente por el barco; pero ignoraban dónde podría hallarse en aquel instante.

En cuanto a los amotinados, varios de ellos trabajaban en la sala

de máquinas para mantener en pleno funcionamiento las calderas del «Ocean» o vigilar a los fogoneros que no se sumaron a su causa; otros dormían la borrachera, tumbados en cualquier parte; sólo seis o siete montaban guardia en ciertos puntos de la cubierta y otros tantos custodiaban a los pasajeros y tripulantes encerrados en el comedor.

—Por sorpresa, podemos vencerles con facilidad. Entonces no seremos tres, sino treinta. Y treinta hombres decididos y resueltos bastan para terminar con todos los secuaces de

Tso-Ling.

Dieron un rodeo a través de los pasillos de los camarotes de primera para evitar pasar por delante de la cabina de la radio, donde habían colocado unos chinos de guardia luego del fracasado intento de Curtis. Sabían que sería fácil dominarlas; pero no querían correr el riesgo de que un disparo sembrase la alarma antes de que tuvieran a su lado quienes pudieran secundarles con eficacia.

Avanzaban lentamente por uno de los pasillos cercanos al comedor, cuando de repente sonó una voz amenazadora a su espalda:

—¡Quietos! No intenten volverse. Suelten las armas o disparo.

Hammond reconoció la voz en el acto. Sintió que la rabia encendía la sangre en sus venas. ¡Claude Griffith! Hizo ademán de volverse sin soltar la «Thompson», a diferencia de sus compañeros, que, desconcertados por la amenaza, acababan de levantar los brazos. La misma voz le frenó en seco:

—¡Cuidado, Curtis! Te apunto a la espalda y para mí sería un gran placer apretar el gatillo.

—¡Traidor!

—¡Basta! Suelta de una vez la metralleta o disparo.

—¡Suelta tú la pistola o te levanto la tapa de los sesos!

Griffith sintió que un objeto duro y frío se apretaba contra su nuca. Aunque de mujer, la voz que amenazaba era firme, segura y no dejaba lugar a dudas respecto a sus intenciones. Claude no tenía nada de valiente. Si se atrevió a intentar dominar a Granger, Hammond y

O'Neal

fue por sorprenderles a traición y tener la seguridad de poder hacer fuego antes de que sus adversarios tuvieran tiempo de darse la

vuelta. Pero ahora alguien le había cogido a él en la misma forma.

—¡Deprisa! Obedece o...

Pálido, con un temblor nervioso que agitaba su corpachón, tuvo que obedecer. Para entonces, ya Curtis se había dado la vuelta, mientras el coronel y Malcolm advertían a los dos chinos que su vida pendía de un débil hilillo. Hammond vio a Griffith levantando los brazos, con los ojos reflejando un pánico sin límites, y tras a él a Luisa Logan con una «German Luger» en la mano derecha.

—¡Gracias, Luisa! —murmuró emocionado—. Otra vez me salvas la vida.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, ¿no?

—¡Seguro! Pero tú eres mujer y... Más ¿cómo diablos llegaste tan a tiempo?

En pocas palabras lo explicó la muchacha. Se hallaba en su camarote esperando la visita de

Tso-Ling

para darle cuenta del resultado de su entrevista con Curtis, cuando se presentó Griffith. Se había ganado la confianza del jefe chino y venía a recibir la respuesta de Hammond.

—Traté de ganar tiempo, mintiendo, pero comprendió mi juego y se marchó amenazándome con denunciar toda la verdad a

Tso-Ling,

haciéndolo en forma que tanto yo como Andrés tuviéramos que sentirlo. Desesperada, busqué una pistola de mi marido y salí tras él...

Le vio de lejos agazaparse en un recodo del pasillo y aguardó oculta en la entrada de un camarote vacío. Cuando vio pasar a Curtis y sus compañeros adivinó las intenciones de Claude. Se acercó procurando no hacer el menor ruido.

—Pude llegar a tiempo, por fortuna.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó impaciente el coronel.

—Seguir adelante —repuso Hammond—. Sólo que ahora serán tres, en lugar de dos, los que nos sirvan de escudo protector. ¡Colócate entre los dos chinos, Griffith!

Asustado, con la muerte reflejada en el rostro, obedeció Claude. Luisa quiso acompañarles. Curtis se opuso:

—No. Ya has hecho demasiado. Es posible que nos reciban a tiros y no podría luchar tranquilo sabiéndote en peligro.

Como la muchacha se resistiera aún, hubo de emplear otro argumento: su marido. Posiblemente volviera corriendo al camarote al sonar los primeros disparos. ¿Qué pensaría si no la encontraba allí? ¿No se lanzaría a la lucha con una furia ciega, haciéndose matar por unos u otros?

—Debes estar a su lado y convencerle para que no se mezcle en nada. No tiene por qué ligar su destino a una partida de forajidos. ¿El pasado? Es posible que todo pueda arreglarse.

Luisa acabó accediendo y Hammond y sus acompañantes pudieron acometer la parte más arriesgada y dificultosa de su empresa. La emprendieron con ánimo resuelto y decidido.

Tres minutos después se hallaban en la parte de la cubierta de babor a la que se abría la entrada principal del comedor. Ante ella montaban la guardia dos individuos con sendos fusiles al alcance de la mano. No recelaron nada al ver aproximarse el grupo. Viendo a Griffith y a los dos chinos delante, supusieron que nada tenían que temer.

Cubrirles con las pistolas, desarmarles y reducirles a la impotencia antes de que pudieran lanzar un solo grito, resultó un juego de niños para Curtis y

O'Neal,

mientras Granger se preocupaba de que no escapasen ni dieran la voz de alarma los tres prisioneros que les precedían.

Desgraciadamente, el coronel se descuidó una décima de segundo. Fue suficiente para que uno de los «coolies» atravesase de un salto el umbral del comedor y penetrase dando voces en demanda de auxilio.

Furioso, Hammond se lanzó tras él, seguido por Granger y O'Neal.

Ante sus ojos se ofreció entonces el cuadro esperado. Pasajeros y tripulantes habían sido amontonados en un extremo del amplio comedor, lo más lejos posible de la puerta. Frente a ésta se hallaban cuatro amotinados, a los que acaudillaba un malayo corpulento y mal encarado.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Uniando la acción a la palabra el malayo empezó a disparar; sus secuaces le imitaron sin vacilaciones. Granger lanzó un grito de dolor cuando una onza de plomo le atravesó el brazo izquierdo;

O'Neal

cayó de rodillas, medio atontado por un rasponazo de bala en la sien izquierda; Curtis mismo oyó silbar los proyectiles en todas las direcciones y hasta sintió una ligera quemazón en el costado derecho.

—¡Malditos cerdos!

Sin perder la serenidad, apretó el gatillo haciendo girar lentamente la «Thompson» de izquierda a derecha. El efecto fue inmediato. Segados por una guadaña de plomo, sus cinco enemigos se doblaron sobre sí mismos para rodar un instante después por el suelo estremeciéndose en horribles convulsiones agónicas.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! Cojan las armas y prepárense. Aún nos queda lo peor.

No eran necesarios sus gritos para animar a pasajeros y tripulantes. Como un solo hombre todos corrieron a recoger las armas perdidas por los amotinados muertos, una vez pasado el primer instante de estupor y asombro. Durante las últimas veinticuatro horas todos habían sufrido lo suficiente para ansiar vengarse y para no hacerse demasiadas ilusiones respecto a su destino si los secuaces de

Tso-Ling

continuaban siendo dueños del «Ocean».

No había armas para todos. Pero sí pudieron hacerse con cuatro rifles diez pistolas y dos fusiles ametralladores, que afortunadamente no tuvieron tiempo de manejar los chinos sorprendidos por la inesperada irrupción de Hammond y sus acompañantes. Aparte de las armas de fuego, disponían de diez o doce granadas de mano y unos cuantos cuchillos.

—Por lo menos ahora no podrán sacrificarnos como corderos en el matadero.

Sin esperar a que se repartieran las armas, sin mirar a sus amigos heridos, sin detenerse siquiera a examinar el rasponazo sufrido en el costado, Curtis salió de nuevo a la cubierta empuñando la «Thompson» —a la que apresuradamente colocaba un nuevo cargador—, temeroso de que Griffith hubiera aprovechado aquellos breves segundos para emprender la huida.

No le engañaba su presentimiento. Al ganar la puerta del comedor, pudo ver que dos de los chinos permanecían inmóviles y

asustados, con los brazos en alto y sin saber qué hacer. En cambio, el otro prisionero —el que había apresado en el camarote donde le estuvieron apaleando— subía a todo correr una escalerilla siguiendo a Claude, que le precedía pegando gritos capaz de sembrar la alarma en todo el barco.

Sin pensarlo dos veces hizo fuego. El chino lanzó un alarido agónico y cayó desde lo alto de la escalerilla. Pero Griffith siguió adelante y desapareció de su vista antes de que pudiera tirar contra él. Iba hacia el puente de mando a poner sobre aviso a

Tso-Ling

y Hobbema.

—¡No pierdan un solo segundo! —gritó volviéndose a los que ahora aparecían armados en la puerta del comedor—. Que me sigan tres o cuatro; los otros que vigilen el entrepuente y las escotillas de la sala de máquinas y de las bodegas. No dejen salir a nadie y tiren sin vacilaciones contra el primero que asome las narices.

Echó a correr hacia la cabina de mando sin preocuparse de si alguien le seguía. Su ímpetu estuvo muy cercano a costarle la vida. Corriendo se adelantó demasiado a los que habían de secundar sus planes. Y ofreció a los amotinados la mejor oportunidad de librarse del más peligroso de sus enemigos.

Pisaba el puente de mando, trepando por la estrecha escalerilla, cuando se encontró de cara con los que iba buscando. Allí estaban, aparte de otros dos marineros, Jan Hobbema,

Tso-Ling

y Claude Griffith. Pero se hallaban parapetados convenientemente y cubriéndole con sus pistolas, mientras Curtis se encontraba solo y al descubierto.

—¡Duro con él! No tiene escape posible...

Los cinco tiraron a un tiempo con ansias de matar. Lo habrían conseguido, evidentemente, si en el último segundo, de una manera puramente instintiva —porque no hubo tiempo para el más rápido razonamiento—. Hammond no hubiese comprendido la situación en que se hallaba y que en aquel punto no tenía defensa posible.

Al coronar la escalerilla vio de una sola ojeada a sus enemigos prestos a disparar; también que sus disparos le barrerían inevitablemente porque no tenía lugar donde parapetarse. Sin pensarlo dos veces, sin temor a las consecuencias, saltó hacia atrás.

Al caer sobre la cubierta inferior, y más al hacerlo de espaldas, corría grave riesgo de partirse la cabeza o troncharse la columna vertebral. Pero peor sería aún que Griffith y sus amigos le cosieran a balazos.

Como su salto y su caída coincidieron con el resonar de los disparos, Jan Hobbema dio por seguro que le habían alcanzado de lleno. Incorporándose satisfecho exclamó:

—Ese idiota ya tiene bastante. Seguro que no vuelve a cruzarse en nuestro camino.

—Puede jurarlo, amigo —confirmó Griffith—. Y tiene importancia porque era el jefe.

—Pues ahora, sin jefe —comentó sonriente

Tso-Ling

—, veremos lo que nos duran los demás.

Abandonando sus improvisados parapetos fueron sin demasiada prisa hacia el punto por dónde asomó Curtis para derrumbarse un segundo después, posiblemente con el cuerpo acribillado a balazos.

Pero Hammond no había sufrido ninguna herida. Supo saltar hacia atrás en el momento preciso, y aunque fue una caída de espaldas de cuatro metros de altura, cayó en forma que ni sufrió un duro porrazo, ni perdió el conocimiento ni tuvo que lamentar ninguna fractura. Incluso tuvo la serenidad precisa para conservar en las manos la «Thompson», y al quedar tendido de espaldas apuntó hacia el final de la escalerilla, donde esperaba que no tardasen en aparecer sus enemigos, dándole por muerto.

De pronto advirtió que saliendo de entre unos bates, el tercer oficial del «Ocean» y otros cuatro individuos armados se disponían a correr en su ayuda. Con gestos les indicó que no se movieran, que se parapetasen tras una de las barcasas y que tuvieran cuidado con los que no tardarían en aparecer en la cubierta superior. Sonrió satisfecho al verse obedecido.

—Me parece que esos caballeros van a tener una buena sorpresa.

Sus esperanzas no tardaron más de dos minutos en tener plena confirmación. Desde arriba, inclinándose sobre la barandilla, Hobbema, Ling y Griffith buscaban su cadáver.

—Tuvo que caer al pie de la escalera. Estoy seguro de que le alcancé en mitad de la frente.

—Ahí está. ¡Cuidado! Creo que...

El aviso de Jan Hobbema llegó demasiado tarde. Curtis había visto la cabeza y el tronco de sus tres enemigos. Sin moverse del suelo, con una furia silenciosa, apretó el gatillo de la pistola-ametralladora, haciéndola girar levemente de arriba abajo. Por encima del tableteo de los disparos se escuchó un triple grito de agonía.

Herido en la frente y mejilla izquierda por dos balazos mortales de necesidad, Claude Griffith cayó dando volteretas por la escalerilla hasta quedar tumbado e inmóvil a tres pasos del lugar en que se hallaba Hammond. Hobbema, por su parte, con la garganta atravesada por un disparo, se apartó de la barandilla y echó a correr. Tan sólo consiguió dar cinco pasos. Al sexto le fallaron las fuerzas y se hundió pesadamente, revolcándose en el charco que iba formando su propia sangre.

Tso-Ling no pudo ir tan lejos. Cuatro balas le abrieron en la cabeza y el pecho los agujeros por dónde se le escapó la vida. Murió en el acto, antes incluso de llegar a saber de dónde le llegaban los proyectiles mensajeros de la muerte. Cayó sobre la barandilla con medio cuerpo fuera y los brazos extendidos balanceándose a impulsos del aire de la noche, como un muñeco de trapo al que de pronto se le han roto los resortes que le mantenían en pie.

—¡Vamos por los otros! Hay que terminar con ellos...

Subió en tres saltos la escalerilla, anticipándose al tercer oficial y a sus acompañantes. Iba con la «Thompson» en posición de disparar, dispuesto a barrer a cuantos se opusieran a su paso y apoderarse de la cabina de mando. No tuvo necesidad de apretar de nuevo el gatillo. Los dos secuaces de

Tso-Ling

que habían quedado con vida, espantados por la suerte de su jefe, no soñaron en ofrecer la menor resistencia. Tiraron las armas y levantaron los brazos, suplicando a gritos que no les matasen.

—¡Atadlos bien! Ya veré lo que hacemos con ellos...

Dejando al tercer oficial y a uno de los pasajeros en la cabina de mando, volvió al comedor con los otros tres y los dos primeros, llevándose las armas que inútilmente habían pretendido utilizar los jefes del motín.

En el comedor recibió una serie de noticias agradables. Los forajidos habían sido barridos de cubiertas y pasillos. Tan sólo

resistían aún en las bodegas y en la sala de máquinas, respondiendo a los disparos que se les hacían a través de las escotillas.

—Bastará tirarles el cadáver de

Tso-Ling

para que comprendan que la resistencia es inútil.

El coronel Granger tenía el brazo izquierdo atravesado por un disparo. Pero una vez vendado apresuradamente por el doctor Peters, estaba en condiciones de dirigir la lucha y de dar órdenes acerca de lo que convenía hacer.

—Usted,

O'Neal,

debe tomar el mando del «Ocean». Muerto Hobbema a usted, como primer oficial, le corresponde ocupar su puesto.

Malcolm, que ya estaba totalmente repuesto del mareo producido por el rasponazo de una bala, empezó a tomar las primeras medidas. Disponía, afortunadamente, de la mayoría de la tripulación. Tan sólo siete u ocho individuos —todos ellos de raza amarilla— habían secundado al capitán en su traición.

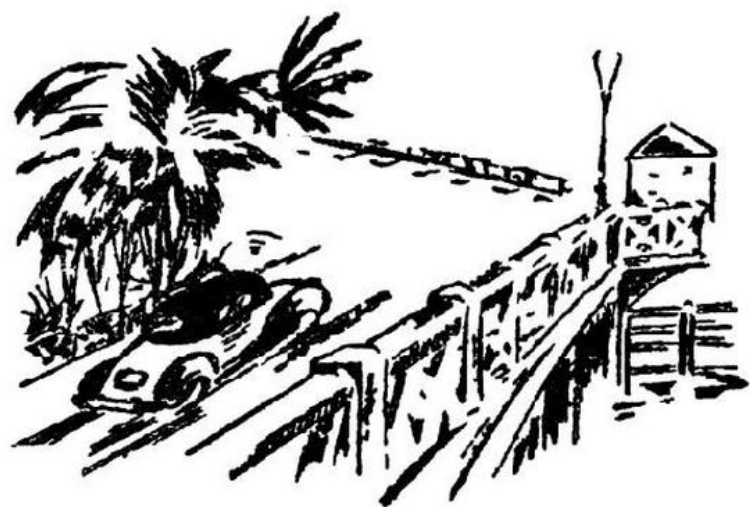
—Me encargaré de avisar por radio a la Séptima Flota. Procuraré ponerme en comunicación con el contraalmirante Bentley. Es un buen amigo y conoce la importancia de que el «Ocean» llegue pronto a Kuohsiang.

Antes de que llegase a la cabina de la radio se oyeron algunas explosiones. Pronto supieron de qué se trataba. Para acabar con quienes resistían en la sala de máquinas, fue preciso arrojar tres granadas de mano.

—Se han entregado en el acto. Desgraciadamente se produjo una avería que tardaremos varias horas en reparar. Hasta entonces hemos de permanecer parados.

Granger logró establecer comunicación con las unidades de la Flota americana que vigilaban entre Formosa y la China continental.

—Estamos a la entrada de la bahía de Cantón. Dos destroyers vienen hacia aquí a toda marcha. Llegarán a primera hora de la mañana. Pero ya ahora podemos considerarnos a salvo...



VII

SACRIFICIO



A bahía de Cantón, formada por el estuario del Si-Kiang o Río de las Perlas, tiene una longitud de sesenta y ocho kilómetros y una anchura que oscila entre veintisiete y cuarenta y tres. Muy al fondo, remontando las aguas cenagosas del río, se encuentra la gran ciudad de la China del Sur, asentada sobre ambas márgenes del Si-Kiang y aun sobre la corriente misma. La entrada aparece dominada al Este por un grupo numeroso de islas, entre la que destaca la inglesa de Hong-Kong;

del lado opuesto se alzan el territorio y la población portuguesa de Macao.

El «Pacific Ocean» se hallaba detenido frente a la bocana de la bahía, al oeste de las islas de Lantano y a corta distancia de Macao. En línea recta, apenas si veinte kilómetros le separaban de la ciudad portuguesa. Asomándose a la borda era posible distinguir en la lejanía la luz de un faro que rasgaba las tinieblas de la noche.

—¿Qué habrá sido de Luisa y su marido?

Malcolm comprendía las razones de Curtis para no ir personalmente en busca de Andrés y de la muchacha. Después de todo lo ocurrido, de los choques con el esposo y el amor que había sentido por la joven, resultaría de una terrible violencia hablar con ellos ahora, cuando la rebelión en que Vélez puso quizá sus últimas esperanzas de salvación había sido aplastada. ¿Cómo reaccionaría al saber que el interés de Luisa por librar a Hammond de la tortura fue la causa determinante del fracaso?

—Iré yo a verlo.

Volvió a los diez minutos. Ni la mujer ni el marido habían sufrido el menor daño. Andrés, influenciado posiblemente por su esposa, no había intervenido para nada en la lucha desarrollada en las últimas horas.

—Están un poco preocupados. Saben que el coronel y Sun-Li-Yen conocen ya la verdadera personalidad de Vélez y no le perdonarán su actuación en Filipinas.

Curtis lo temía también. Para abogar en su defensa fue en busca de Granger. Durante media hora argumentó con habilidad y elocuencia, señalando que Andrés era un patriota honrado, que se apartó de la «huks» cuando comprendió que procedían como bandoleros. Por otro lado, no era un secreto para nadie que había criticado con dureza los métodos de

Tso-Ling

y que a la intervención de su mujer debían el estar vivos aún.

—Lo siento —replicó el coronel—. Tiene usted razón en cuanto dice, pero no puedo hacer nada. Andrés Vélez hizo armas contra las fuerzas americanas en Luzón. Está reclamado por las autoridades filipinas y tendremos que entregarle a ellas.

—¿Para que le fusilen?

—Es lo más probable. Está considerado como uno de los principales cabecillas y la ley es dura. Lamento profundamente tener que pagar de esta forma el favor que su mujer nos hizo. Por

desgracia, el cumplimiento del deber no me deja alternativa posible. Ni a usted tampoco, naturalmente.

Curtis tuvo que darle la razón. Era un agente especial del F. B. I.

destacado en Extremo Oriente, entregado a una tarea arriesgada y dificultosa. Por encima de sus sentimientos personales tenía que poner el cumplimiento inexorable del deber. Aunque en este caso concreto les trajese aparejado el desprecio y el odio de la mujer que amaba aún más que a nadie en el mundo.

Estaba muy cansado, agotado, casi deshecho por los palos y las violentas emociones de las últimas veinticuatro horas. Sin embargo, no quiso irse a dormir. Sabía que no lograría conciliar el sueño, atormentado por los más angustiosos pensamientos. Prefirió quedarse paseando por cubierta. El mar estaba en calma y soplabla una brisa fresca y acariciante. Con los ojos fijos en la luz del faro que a intervalos rasgaba las tinieblas en la lejanía, pensó en Luisa y su marido. Allí, casi a un paso, estaba Macao; para ellos significaba la salvación. Y, sin embargo, Andrés tendría que resignarse a perecer.

Anduvo de un lado para otro. Nadie dormía en el barco. Los amotinados que no perecieron en la lucha estaban encadenados abajo, en una de las bodegas, con centinelas de vista. Aquí y allá, grupos de marineros blancos o de pasajeros de la misma raza montaban la guardia con las armas en la mano. Sun-Li-Yen, ya curado, charlaba en su camarote con el coronel Granger; Carole Whitney, perdida por completo la razón, lloraba y reía a gritos.

—La avería estará arreglada a las nueve. A esa hora aproximadamente llegarán los destroyers. Escoltados por ellos iremos directamente a Kuohsiang, donde se hará una investigación completa de lo sucedido.

Pasadas las tres de la madrugada, resolvió tumbarse un rato. Marchó a su camarote, el camarote que no ocupaba desde antes de comenzar los dramáticos sucesos de la noche anterior. Sorprendido, advirtió que la puerta estaba entornada y que había luz dentro. ¿Quién estaría esperándole?

Pistola en mano, abrió de par en par la puerta y miró al interior. Al descubrir a quién le aguardaba, bajó el arma mientras a sus labios asomaban unas palabras de sorpresa.

—¡Luisa! ¿Tú aquí otra vez...?

—Como la primera noche, ¿no? —repuso la muchacha, poniéndose en pie—. Pero ahora con una misión muy distinta.

—¿Te envía Andrés?

—No. Lo dejé durmiendo y no sabe que he venido. Pero necesitaba hablarte. ¿Te sorprende?

—En absoluto.

O'Neal

me habló de la preocupación de tu marido. ¿Vienes a pedirme que le salve?

—Sí. El coronel quiere entregarle a las autoridades filipinas. Ya sabes lo que eso significa, dada la historia de Andrés. Tú tienes que salvarle.

—¿En pago obligado a lo que hiciste por mí?

—No. Si te ayudé fue por ti, sin pensar en pasar ninguna factura. Tú también debes hacerlo por mí. Si fusilasen a mi marido, no podría seguir viviendo.

—¡Cómo le quieres! —exclamó dolorido e impresionado Curtis.

—No se trata de cariño —repuso la muchacha—. En realidad, es a ti a quién quiero. No te he podido olvidar a lo largo de estos años; ahora, al verte de nuevo, he comprendido que eres el verdadero y único amor de mi vida.

—¿Entonces...?

—¿No comprendes mi situación? —clamó desesperada Luisa. El cariño que siento por ti me impulsó a poner un cuchillo en tus manos primero, a desarmar a Griffith cuando os amenazaba por la espalda después. Con mi intervención, hice que el motín fuera aplastado.

—Es cierto. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo otro?

—Mucho. Si dentro de quince días o de un mes fusilan a Andrés, entre tú y yo se habrá abierto un abismo insondable. Yo pensaré que por salvarte a ti le hundí a él; que fui yo misma quien asesinó a mi marido y tendré que odiarme como una mujer indigna y despreciable.

Ponía en sus palabras un acento de sinceridad desgarradora. Había lágrimas en sus ojos y sollozos en su voz. Curtis se estremeció al mirarla. Estaba más bonita que nunca. Tras una breve pausa para dominarse, Luisa continuó:

—Tú puedes salvarle. Macao está cerca. Podrá estar allí en tres o cuatro horas, antes de que nadie se dé cuenta de su fuga.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré aquí, contigo. Seré lo que tú quieras, lo que tú desees.

—¿Por la gratitud de haberle salvado?

—No. Queriéndote cómo te quiero, no puedo seguir al lado de Andrés. Le estaría traicionando a todas horas con el pensamiento. Prefiero decirle la verdad de una vez. Sé que sufrirá mucho, pero en Macao podrá rehacer su vida y yo no tendré sobre mi conciencia la amargura de su muerte. ¿Qué me respondes?

Hammond meditó un instante. Miró a la muchacha y vio en sus ojos lo que necesitaba saber. Decidió:

—Está bien. Procura que esté dentro de una hora en la popa, al lado de la gasolinera. No sé cómo podré arreglármelas, pero se irá antes del amanecer.

—Gracias, Curtis. Procuraré pagarte, haciéndote todo lo feliz que mereces... ¡y siéndolo yo a tu lado!

—Lo serás.

Acompañó a la joven hasta el extremo del pasillo. Al despedirse, Luisa le dio un beso precipitado antes de echar a correr. Pensativo, Hammond la vio alejarse. Luego cabizbajo y meditabundo, tornó lentamente a su camarote. En el umbral se detuvo desconcertado. De pie, en el centro de la cabina, estaba Andrés Vélez. En movimiento instintivo echó mano a la pistola.

—Dispara si quieres —dijo el filipino con una triste sonrisa en los labios—. No pienso defenderme y me harías, acaso, el mayor favor. ¡Para lo que vivo ya...!

Curtis se guardó la pistola y penetró en el camarote. Mirando fijamente a su interlocutor preguntó:

—¿A qué has venido? ¿A pedirme que te salve?

—No. Se lo pediría a cualquiera, menos a ti, de tener alguna esperanza, pero no la tengo. Sé que Granger piensa entregarme a las autoridades filipinas. No lo conseguirá, porque antes me levantaré la tapa de los sesos.

—¿Qué quieres entonces?

—Hablarte. Sé que Luisa ha estado aquí. No te molestes en negar; sería inútil. Vi de lejos cómo te besaba en el pasillo al

despedirse. ¿La quieres, verdad?

—Sí —repuso Hammond, incapaz de mentir en aquel instante.

—Lo sé. También —y es cien veces más doloroso para mí—, que ella te quiere a ti, como yo no logré que me quisiera nunca. Por eso he venido.

—¿A matarme?

—No. Es tarde, demasiado tarde para eso. Sólo serviría para que Luisa maldijera mi memoria durante todos los días que le quedasen de vida. Y yo la quiero demasiado para desear su odio. ¿Lo comprendes?

—Sí —contestó Curtis, acaso porque a él le ocurría lo mismo.

—Por eso vengo a pedirte algo increíble; lo más que un hombre puede pedir a otro. ¡Que veles por ella y la hagas todo lo feliz que yo no supe hacerla!

—¿Qué dices? —inquirió Hammond sobresaltado, sin acabar de dar crédito a sus oídos.

—Lo que oíste. Quiero que cuides de ella y la hagas muy feliz. Sé que me quedan pocas horas de vida. La muerte no me asusta: pero sí lo que pueda ser de Luisa. ¡Y ahora, adiós!

Dando media vuelta avanzó hacia la puerta. Saliendo de su estupor, Curtis le preguntó:

—¿Y si hubiera alguna posibilidad de salvación para ti?

—¡Que la hagas muy feliz, Hammond! En cuanto a salvarme, he perdido todas las esperanzas.

—¡Quién sabe! Habla con Luisa. Acaso ella...

—Hablaré aunque nada espero. Pero no olvides mi petición. En cualquier caso, cuídala mucho.

Hundido en uno de los sillones, con la cabeza entre las manos, Hammond permaneció atormentado por los más contradictorios pensamientos. Cuando se levantó, había tomado una resolución.

—¿¡Para qué diablos necesita la gasolinera, Curtis!? —preguntó, sorprendido, Granger, que se hallaba en compañía de Malcolm O'Neal, tras escuchar la extraña petición de Hammond.

—Tengo un agente en Macao al que he de poner sobre aviso sin tardanza de algo del mayor interés. Si utilizo la gasolinera puedo estar de vuelta antes de las nueve. ¡Y es cuestión de vida o muerte para muchos!

Expuso con amplitud sus planes. Iría y volvería solo. Recelaba que entre los tripulantes o pasajeros pudiese haber, todavía en libertad, algún espía de los «commies» chinos. Por eso necesitaba que nadie fuera del coronel y

O'Neal

se enterasen ahora de su proyectada excursión.

—¿Y no será que le interesa salvar a algún pasajero en peligro?

—Inquirió receloso Granger, pensando en que la gratitud y el amor por Luisa acaso pesaran más que el cumplimiento del deber en el ánimo del agente especial.

—No —mintió Curtis—. Ustedes dos vendrán conmigo para lanzar la gasolinera y verme partir. Así se convencerán de que no me acompaña nadie.

Tras un rato de vacilación, el coronel acabó dejándose convencer. Era posible que hubiese algo de verdad en lo que Curtis decía. Aunque colocado bajo sus órdenes, se movía con cierta libertad dada la índole especial del trabajo que tenía encomendado. Cuando hacía una cosa, sabía por qué la hacía. ¿Cómo, además, poner cortapisas a un hombre cuyo heroísmo acababa de librarles de una muerte espantosa?

—Sea. Vamos allá.

La parte de popa estaba en aquel momento totalmente desierta. Ayudado por

O'Neal

—con su brazo en cabestrillo Granger no podía serles de mucha ayuda—. Curtis lanzó al agua la gasolinera, luego de comprobar que el motor estaba en perfectas condiciones y el depósito lleno de nafta.

—¿A qué espera para saltar a la lancha? Si quiere estar de vuelta antes de las nueve...

—¡Quietos! Levanten los brazos y no den un solo grito o tendría que disparar.

Sorprendidos,

O'Neal

y Granger vieron que Hammond tenía una pistola en la mano y les amenazaba con ella en gesto que no admitía lugar a dudas.

—¡Está usted loco!

—Quizá. Pero hagan lo que he dicho o tiro a matar.

Tuvieron que obedecer. Levantando la voz, Curtis preguntó, mirando hacia las sombras de una escotilla cercana:

—¿Estáis ahí?

—Sí —respondió una voz femenina.

Un instante después se acercaban dos personas. Granger las reconoció en el acto. Una era Luisa, la mujer a quién debían la vida; otra, Andrés Vélez, el jefe de «huks» reclamado por las autoridades filipinas. Sordamente murmuró:

—Mal asunto, Hammond. Esto le costará muy caro.

—Es posible, pero ahora cállese —luego, dirigiéndose a Vélez le apremió—: Salte deprisa a la gasolinera. No podemos perder un minuto.

Andrés vaciló un segundo. Luego, tras estrechar entre sus brazos a la mujer, se dispuso a saltar mientras decía en tono emocionado:

—Recuerda mi petición, Curtis. ¡Haz muy feliz a Luisa!

Una sonrisa irónica entreabrió los labios de O'Neal.

¡Diablo con Hammond! Salvaba al marido a cambio de quedarse con la muchacha. Acaso le costase un disgusto con el coronel; ¿pero no lo merecía todo una chica como aquélla? De pronto, todas sus deducciones se vinieron a tierra.

—Te equivocas, Andrés. Luisa se va contigo.

Vélez se volvió a mirarle. Iluminada por la luna era fácil ver que había lágrimas en sus ojos. Con un esfuerzo denegó:

—¿Para qué? Es a ti a quién quiere y...

—Te engañas tú, pero yo no puedo engañarme. Cuando hace una hora estuvo en mi camarote afirmó que me quería más que a nadie en el mundo y que sería feliz a mi lado. Por desgracia para mí, no es verdad. Estaba dispuesta a sacrificarse para salvarte. ¿Querer? Sólo te quiere a ti... a su marido.

Luisa comprendía la grandeza del gesto de Curtis y lloraba en silencio, sin saber qué determinación tomar. Hammond la apremió:

—¡No pierdas tiempo, Luisa! Cada segundo es una esperanza menos de salvación.

Andrés estaba ya en la gasolinera. Luisa le siguió. Marchaba con su marido, pero acaso nunca estuvo tan enamorada como en aquel momento de Hammond. Cuando la gasolinera se puso en marcha, por encima del ruido del motor pudieron escuchar los sollozos

desgarrados de la muchacha.

—¡Adiós!

Inclinado sobre la borda, Hammond permaneció inmóvil hasta que el ruido de la gasolinera murió en la lejanía. Granger y O'Neal

le contemplaron en silencio, impresionados por la escena desarrollada ante sus ojos.

—Aquí está mi pistola, coronel. Deténgame. No haré nada por defenderme ni ahora ni cuando me juzguen.

Granger no hizo ademán de coger la pistola que Curtis le tendía. Ni siquiera pareció haber oído sus palabras. En tono conmovido preguntó:

—¿La quiere mucho, verdad?

—¿A Luisa? Más que a nada en el mundo. Por ella sería capaz...

—De lo que he visto; de lo que sólo un hombre muy hombre puede hacer: renunciar a una mujer para que siga con su marido. Créame, Curtis: le admiré por su heroísmo durante la lucha; ahora le admiro cien veces más...

—¿No va a detenerme? —inquirió, sorprendido, Hammond.

—¿Por qué? Ha hecho usted lo que acaso debimos hacer nosotros: poner el corazón por encima de la cabeza. Tanto O'Neal

como yo debemos la vida a Luisa. ¿Sería justo que la pagásemos dejándola viuda?

—Pero yo dejé escapar a Andrés Vélez.

—Vélez se fugó sin ayuda de nadie. Sólo Malcolm y yo sabemos que no es así, pero no diremos una sola palabra. ¿Castigarle a usted por lo que ha hecho? Debíamos levantarle un monumento. Al fin y al cabo, en este mundo egoísta, interesado y turbulento no abundan los hombres de su temple, capaces de jugárselo y de perderlo todo por el amor de una mujer... ¡que se va con otro...!

FIN

LA ARAÑA VERDE

es el apodo de un ser misterioso y malvado
que se desenvuelve entre las brumas sangrientas del hampa, sembrando el terror y
baciendo frente a los audaces agentes especiales del F. B. I.

LEWIS HAROC

es el creador de esta obra pletórica de
acción dinámica y de escenas apasionantes.

¿QUE ES LA COLECCION NOVELISTAS de HOY?

Es una serie de novelas inéditas, con temas de palpitante actualidad, forjada por EDITORIAL ROLLAN con la colaboración de los mejores escritores contemporáneos, de presentación artística, y al bajo precio de CINCO PESETAS.

¡TODOS LOS LECTORES DE TODAS LAS CLASES SOCIALES PUEDEN FORMAR UNA BIBLIOTECA DE NOVELAS DE ARGUMENTOS INTRIGANTES, DE GRAN VALOR LITERARIO Y DE AMENIDAD SIN PAR!

Ptas. 5

